

SOLEDAD PUÉRTOLAS

Mi amor en vano



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Índice

Portada

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Créditos

A Polo

La primera vez que Violeta se detuvo en medio de las escaleras, yo subía y ella bajaba. Se apartó un momento para dejarme pasar, siguió con los ojos los movimientos de mis muletas, como asegurándose de que no me iba a caer, y finalmente me dijo que vivía en el quinto izquierda. No le gustaba tener que esperar a que el ascensor llegara hasta su piso, siempre había alguien que se lo quitaba en el camino y eso la ponía nerviosa, así que se lanzaba escaleras abajo al menor inconveniente. Violeta me dio esas informaciones y siguió hacia abajo.

Cada vez que coincidía con ella por las escaleras, se detenía un momento y me contaba algo. Cosas de su familia, como si yo le hubiera pedido que lo hiciera o como si creyera que, en mi condición de nuevo vecino de la casa, yo tuviera necesidad de recabar datos sobre los otros, los vecinos de siempre y todos los que habían llegado antes que yo.

¿Será así, después de todo?, me pregunté más tarde, ¿habré venido a caer en este edificio de viviendas que he escogido medio a boleo –aunque reunía las cualidades que necesitaba–, entre los pisos que mi padre me había ofrecido, para conocer a estas personas que de otro modo jamás hubiera conocido? Porque aunque mi tendencia a buscarle sentido a todas las cosas, aun a las más insignificantes, parecía haberse quebrado después del accidente, todavía aleteaba en el fondo de mi ser el deseo de unidad, de conexión.

Violeta no sólo fue la primera persona de la vecindad con quien crucé unas palabras, sino que no tardamos en hacernos amigos. Me asombró la velocidad con la que se instaló entre nosotros esa confianza que tantas veces había buscado en vano en mis viejos amigos. Pero enseguida me di cuenta de que se trataba de un caso raro, de una excepción. Una mañana entré en El Mercurio, el bar del barrio, para tomar un café y la vi, apoyada en la barra y absorta en la lectura del periódico. Aunque durante un segundo dudé si le parecería bien que me sentara a su lado, decidí acercarme. Algo me decía que, de lo contrario, saldría perdiendo. Dentro de la naturalidad con la que ella, desde el primer momento, me había tratado, se presentía la existencia de un raro don.

En ese instante, Violeta desvió los ojos del periódico y me saludó, en absoluto extrañada de verme.

Hasta mi llegada, no tenía amigos en el edificio, me confesó algo más tarde, en otro de los encuentros casuales de El Mercurio, que poco a poco se hicieron rutinarios, como si fueran premeditados. Nunca del todo. Simplemente nos despedíamos con un «Hasta mañana» que dejaba en el aire la promesa de una cita.

La conversación de Violeta solía referirse a sus propios asuntos, el trabajo que tenía entre manos, sus múltiples proyectos o la historia de su familia. Hacía arreglos de ropa, y siempre andaba cargada de las bolsas de los encargos que se traía de la tienda para la que trabajaba y que, en opinión de su madre, dijo, eran casi una excentricidad, porque le pagaban poquísimos, pero ella alegaba que le gustaba coser y que tenía muchas ideas al respecto y que, además, se llevaba muy bien con la dueña. También hacía collares, pulseras y pendientes, y siempre andaba pensando en cómo venderlos, estaba considerando abrir su propia tienda en Internet, no sólo para vender bisutería sino incluso ropa de su creación. Entre la descripción de esas ocupaciones y el relato errático y lógicamente fragmentado de la vida de sus padres, que aún eran jóvenes —eso le dije yo—, a Violeta nunca le faltaba conversación. El pasado de los padres fascinaba a la hija. Habían sido luchadores antifranquistas, decía con orgullo, ácratas. Verdaderos ácratas, subrayaba. Nada de partidos, nada que ver con eso. Iban por su cuenta.

Aunque pareciera mentira, yo no me cansaba de escucharla. Me interesaba algo más la vida de sus padres que sus ideas sobre la ropa que tuneaba, o sobre los collares que hacía y deshacía, pero, por encima de todo, lo que me gustaba era estar sentado a la barra de El Mercurio al lado de Violeta, bebiendo cerveza o cocacola, y echar de vez en cuando una ojeada al resto de la clientela, sentirme parte de ella. Mientras Violeta hablaba, yo sentía nacer en mi interior un casi incontenible deseo de hablarle de mí mismo. Pero tenía la impresión de que el interés que la vida de sus padres despertaba en Violeta se correspondía con una total indiferencia hacia las demás personas. Al resto del mundo nos miraba sin vernos del todo, aunque hubiera un fondo de piedad en sus ojos, que prefería darnos sin más ni más, sin que le pidiéramos nada.

Eso no significaba que no fuese selectiva, que tratara a todo el mundo por igual. Observé que había vecinos a quienes no saludaba, seguramente porque no los veía o había decidido no verlos, a otros les dirigía un saludo fugaz, con

otros, como conmigo, siempre se detenía a hablar un momento. Pareciera que su comportamiento respondiese a un sistema, a una clasificación, y sentí un íntimo regocijo al comprobar que los vecinos a quienes ni siquiera saludaba, a quienes en realidad ni miraba, eran precisamente los que me resultaban más antipáticos, aunque no me hubieran dado motivos para ese rechazo.

Me gustaba entrar en El Mercurio y ver a Violeta sentada a la barra. Enseguida me di cuenta de que, mientras ella bebía lentamente su café, sumergida en una absorbente lectura del periódico, el padre de Violeta, a quien llamaban el Piloto, solía andar por allí. Pero Violeta nunca se sentaba con él. El Piloto, que era periodista deportivo, tenía su propio grupo de amigos. Padre e hija se saludaban de lejos, y, podría decirse, hasta con manifiesta indiferencia, que bien podía ser intencionada, para mantener cada uno, dentro del territorio del bar, su propio espacio. En El Mercurio, Violeta saludaba con más convicción, pero tampoco allí había hecho amigos, me dijo. Iba para leer el periódico sentada a la barra, y cruzar dos frases con el camarero, que le caía bien. Así la solía encontrar yo, enfrascada en la lectura de las cartas al director, la sección que le interesaba más que ninguna y que leía de cabo a rabo.

Se me ocurrió que Violeta iba a El Mercurio para asegurarse de que su padre estaba allí. Puede que todos lo pensáramos. Un día, algo después, ella misma me lo confirmó. Había sido un gran periodista, me dijo, periodista deportivo, especificó. Todavía lo era, pero había fumado y bebido demasiado. Ya no fumaba —el médico había conseguido asustarle—, pero el alcohol no lo podía dejar. Sí, ella había asumido la tarea de vigilar a su padre, y no le importaba que él se diera cuenta. Era, en el fondo, lo que quería. Que su padre supiera que ella le vigilaba. Que no se habían desentendido de él y que sabían —ella y su madre, puesto que lo que Violeta sabía era inmediatamente conocido por su madre— dónde se encontraba y qué hacía: en El Mercurio, jugando al póquer y bebiendo coñac. Así eran como concluían las tertulias del Piloto. No era lo mejor que podía hacerse en el mundo, pero tampoco era lo peor.

Curiosamente, los ojos de Violeta pasaban muy deprisa por encima de los artículos que escribía su padre. Le alegraba ver su nombre impreso, me dijo, eso significaba que, a pesar de que parecía que no hacía otra cosa que beber, hablar con sus amigos y jugar al póquer, trabajaba, seguía siendo un excelente cronista deportivo. Sus artículos se destacaban. ¿No los lees?, le pregunté una

vez. Sólo el primer párrafo, me contestó, rotunda, como si eso fuera lo que hubiera que hacer. Nada más.

Descontando que luego nos hiciéramos amigos, Violeta fue la primera persona de la vecindad que se dirigió a mí, como dándome la bienvenida, pero lo cierto es que el resto de los vecinos me daban continuamente muestras de amabilidad. Mi condición de inválido –más aún, de inválido joven– era sin duda la causa de su actitud. Las pocas veces que utilizaba el ascensor –para acceder a mi piso sólo debía salvar un tramo de escaleras, exactamente siete escalones–, siempre se apartaban a un lado, me abrían la puerta e incluso esbozaban una pequeña sonrisa, un amago de sonrisa, en sus labios. Yo les saludaba y les daba las gracias en un murmullo. No podía dejar de saludarles, de agradecerles su amabilidad, mi naturaleza tiende al saludo, al intercambio de palabras, por breve que sea. Estos mínimos detalles siempre han sido esenciales para mí, como si formaran una delgada pero apretada red cuyo objeto fuera sostenerme sobre la nada, el temor a ser nada, a desaparecer.

De pronto, nadie me ignoraba, nadie me dirigía una mala palabra. Ese descubrimiento era, quizá, lo que, sin saberlo, había venido a buscar a la nueva vivienda. Todos los matices de la vida que mi condición de inválido me imponía eran nuevos, estaban sin estrenar, todo resultaba diferente ahora. Incluso si alguien me hubiera empujado o no hubiese respondido a mi saludo o, quién sabe por qué, me hubiera dicho algo en mal tono, todo eso habría tenido un valor completamente distinto. Habría significado volver a la normalidad. Hasta me podría hacer un poco de gracia. Comparado con lo que acababa de padecer, ese golpe que me había cambiado la vida y la había convertido en una lucha constante, los desaires y pequeñas ofensas cotidianas quedaban reducidos a cenizas.

Ahora que, curiosamente, estaba rodeado de amabilidad, veía que la amabilidad tenía también muchos matices. Podía ser espontánea o forzada, terriblemente falsa. No me importaba que fuera falsa, no podía reclamar espontaneidad, claro que no, pero la falsedad resultaba muy reveladora. La forma de la amabilidad era un indicador de la personalidad, una ventana por la que asomarme al interior de los otros. A veces me fastidiaba un poco, porque un inválido –más aún, un inválido joven– no es alguien a quien haya que compadecer siempre, a quien haya que tratar siempre con exagerada consideración. En el aire flotaba la gran verdad, todos la veíamos y nadie la

debía mencionar: ellos, los no inválidos, se encontraban en mejores condiciones que yo.

Había miradas terribles, miradas veladas por una suavidad heladora: se detenían en un punto de mi cuerpo –hacia la cintura– y ya no se permitían avanzar. ¡Qué horror les producía la ignorancia, no conocer con exactitud mi invalidez! No querían saberlo, desde luego. La imperfección siempre asusta. Eran, como todas las personas que se consideran normales, adictos a la normalidad, por eso me sonrían y apartaban enseguida la mirada de mí.

Más o menos, todos debían de saber quién era yo y qué hacía entre ellos. Los rumores vuelan por las escaleras. Mi reputación era bastante buena a causa del coche, especialmente adaptado para mi invalidez, que se guardaba en el garaje del edificio. El piso donde vivía –lo sabía el presidente de la comunidad de vecinos– pertenecía a mi padre. Todos tranquilos.

Era muy consciente de mi categoría de nuevo vecino de la casa. Me había mudado para eso: para hacer esos pequeños descubrimientos, para enredarme en una nueva cadena de rutinas y sorpresas. Había estado a punto de morir. No sabía qué sentido tenía esa supervivencia e intuía que era mejor no preguntármelo. Todo lo que podía hacer era mirar, estar muy atento, buscar. Me parecía bien, si ése era el trato. Así lo entendí en el hospital, cuando me enteré de que la muerte me había rozado y, finalmente, me había apartado de un empujón. No muy fuerte, un leve empujón, pero suficiente.

Mientras escuchaba a Violeta, y su vida y la de sus padres –esos míticos Dayana y Eugenio, el Piloto, a quienes por entonces sólo conocía de vista o de unos saludos lanzados al aire– se me iban acercando, poco a poco yo iba venciendo el deseo de hablar, de contarle a mi vecina cosas de mi vida anterior, que ya no existía, y de hacerla partícipe de los retos y descubrimientos a los que me aferraba ahora. No sabía por qué ella había decidido convertirme en receptor de sus fragmentarias crónicas familiares, quizá por la simple razón de mi edad, que parecía próxima a la suya, y la ausencia en la vecindad de personas como nosotros. La mayoría eran mucho mayores, a excepción de los niños, el otro grupo numeroso. Tal vez si ella me conociera un poco más, o me hubiera conocido de antes, me decía yo, nunca me habría hablado, quién sabe. No sabía nada de mí, sólo buscaba un interlocutor. Más adelante, me dijo que, en cuanto me vio, sintió algo por

dentro, una especie de señal. Yo era el amigo que había deseado tener desde siempre. Lo llevaba mucho tiempo esperando. Estaba segura de que un día aparecería.

Aunque se me venía a la cabeza la idea de hablarle a Violeta de mi vida y de relatarle las circunstancias del accidente, me reprimía, no por temor a no ser entendido o incluso rechazado –Violeta no era persona que pareciera escandalizarse de nada–, sino porque, de hacerlo, probablemente sería yo quien me rechazaría a mí mismo. Sólo podrían salir quejas de mi boca. Si hablara, hablaría del dolor. Y eso era, precisamente, una de las cosas por las que luchaba más: no ser un inválido que se queja.

Cada vez que me asaltaba la tentación de quejarme, me acordaba de Fermín, mi compañero de colegio. Usaba muletas, tenía las piernas débiles y desiguales, y todos le compadecían, pero a él no le molestaba que le compadecieran, parecía haber llegado a la conclusión de que ése era el camino que estaba más a su alcance, el más seguro para que le prestaran atención. Sobre todo, las chicas. Las miraba con ojos de bondad infinita, de indefensión total, y ellas se volcaban. Pero yo sabía que su corazón era frío como el hielo y que todas las caricias que ellas le prodigaban no tenían para él otro valor que el de los juguetes y caprichos menos perdurables. Antes del accidente, yo también me había apoyado algunas veces en mi propia debilidad y en mis limitaciones como si fueran ventajas. Ahora no podía caer en esa tentación. El recuerdo de Fermín se convirtió en símbolo de todo lo que no había que hacer si quería mantener dentro de mí algo que me diera fuerzas y seguridad.

No me habría gustado que Violeta me preguntara qué era lo que había ocurrido para que me encontrara así, qué había en el origen de mi invalidez, porque de eso era precisamente de lo que no quería hablar, quería borrarlo de mi memoria, como si mi verdadera vida empezara en ese momento y todo lo anterior hubiera sido un preámbulo sin importancia alguna. Pero ¿echaba de menos que alguna vez me preguntara, aunque fuese como mera fórmula, por mi salud, por mi estado de ánimo? En cierto modo, siempre estaba a la espera de que Violeta pronunciara unas simples y casi protocolarias palabras, algo como «¿Qué tal estás?». Pero ella sólo decía «Hola» y luego arrancaba a hablar. Tampoco –y esto fue lo que en nuestros primeros encuentros en las escaleras me llamó más la atención, lo que me hizo mirarla con retraimiento y hasta con

un poco de temor— sonreía nunca. Era una chica profundamente seria, como si siempre anduviera absorta en sus cosas.

Desde el principio, tuve la impresión de que mi amistad con ella me situaba un poco al margen de la vida de la vecindad, porque Violeta vivía dentro de un mundo que no compartía con nadie. No se trataba de un mundo superior. Los arreglos de ropa que siempre tenía entre manos y los collares que nunca la dejaban satisfecha y que se colgaba al cuello, uno o varios, siempre distintos cada día, como para probar el efecto, no sugerían asuntos de gran trascendencia. Sus padres eran populares en el barrio. El Piloto pasaba muchas horas en El Mercurio. Dayana, una mujer muy comunicativa y aún guapa, salía varias veces al día a sacar a sus perras, dos labradoras grandes y afectuosas cuya máxima ambición, a juzgar por el jaleo que metían cuando bajaban las escaleras, era alcanzar la calle. Pero Violeta no era como sus padres. Vivía instalada en una especie de reserva, aparentemente volcada en sus creaciones de joyas y ropa y sus continuas ideas de rehacerlo todo. Conmigo había hecho una excepción. Me lo había dicho, y poco a poco comprendí que era completamente cierto.

A la vez, tuve la impresión de que la comunidad de vecinos aprobaba nuestra amistad. En cierto modo, Violeta se había erigido en su representante para darme la bienvenida. La comunidad había delegado en ella. Aquellos primeros encuentros con Violeta me dieron una sorprendente impresión de integración. No recordaba haber albergado nunca un sentimiento parecido. Era una sensación completamente nueva. Además, la persona que respaldaba mi integración —insólita para mí— era, sin lugar a dudas, la más indicada. Nadie hubiera podido desempeñar ese papel con mejores resultados. Ya presentía lo que luego se me fue confirmando: la indiscutible autoridad que Violeta tenía entre la vecindad. La respetaban porque, con su estafalario aspecto y su mirada indiferente, seguía al lado de unos padres que inspiraban en todo el barrio impulsos de simpatía y cierto deseo de protección. Sin duda, imaginaban que la evidente tendencia del Piloto a beber en demasía ponía en peligro su trabajo, sabían que la vida de Dayana estaba hecha de esfuerzos y sacrificios. Más incluso que a organizar la vida doméstica de su marido y de su hija, Dayana se dedicaba, como Violeta me comentaba con una mezcla de admiración y censura, a atender a su madre y a su suegra, dos ancianas caprichosas y difíciles a quienes visitaba todos los días y que, a pesar de sus continuas quejas, parecían obstinadas en seguir cumpliendo años.

Todos esos matices de la personalidad de Violeta y algunos más se me fueron revelando poco a poco, a lo largo de los lentos días del otoño, pero desde los primeros encuentros con ella en las escaleras, en El Mercurio, en el supermercado, en la plaza o donde fuera, sentí que la amistad que Violeta me ofrecía y que, según me confesó, era para ella misma algo excepcional, me situaba a mí en un lugar privilegiado dentro de la pequeña sociedad en la que yo trataba de iniciar una nueva vida. Mientras las aceras se iban llenando de hojas secas y los días se hacían más cortos y oscuros, yo iba encontrando, junto a Violeta, un lugar en la vecindad. No importaban los asuntos de los que hablaba, importaba ella, la misteriosa y atractiva entidad que se adivinaba en todos sus gestos, en su mirada, en la forma en que se acariciaba el collar o se colgaba del hombro la gran bolsa cargada de ropa que siempre llevaba con ella.

Su madre, me informó Violeta, era la mujer de los perros, mejor sería decir, de las perras, porque eran hembras. Bajaban y subían por las escaleras tres veces al día, así que la tenía que conocer, porque las perras metían un jaleo espantoso, algunos vecinos habían protestado, pero ¿qué se podía hacer?, las perras se volvían locas de alegría cuando presentían la proximidad de la calle. Las lleva de paseo tres veces al día, me dijo Violeta, en invierno y en verano, haga el tiempo que haga, así caigan rayos y truenos como que luzca un sol abrasador, no dice nada, no comenta nada, sabe que es la hora de las perras y salen de casa.

Aprovecho la ausencia de las perras, dijo, para poner orden en mis cajas de abalorios, para sacar las cosas del armario y buscar algo que se me haya perdido. De vez en cuando me gusta poner todas mis pertenencias encima de la cama para recordar que existen, porque hay cosas que no quedan a la vista, que se han ido sepultando poco a poco entre las otras, y de las que me olvido por completo, así que luego vuelvo a guardarlo todo en el armario ordenadamente y de forma que se vea con más facilidad. No sólo la ropa, aclaró, sino las telas que me voy comprando porque me han gustado, sin saber aún qué destino darles. Con las perras en casa eso es imposible, porque en cuanto ven algo o a alguien encima de una cama saltan a ella inmediatamente, dando por sentado que lo has puesto allí o estás allí para jugar con ellas. Lo que más les gusta a las perras es subirse a las camas y los sofás. Parecen creer que una vez que toman posesión de esos lugares ya son como nosotros.

Como todos los vecinos de la casa, yo conocía a las perras de la madre de Violeta. Imposible no hacerlo. Antes de salir de casa, abría la puerta y me asomaba para comprobar si no se escuchaba algún ladrido por el hueco de la escalera. Prefería evitarlas. De pequeño, había tenido mucho miedo a los perros. Quizá fuera parte del miedo que sentía hacia todos los seres que se movían con más rapidez y decisión que yo, sin imaginar que los años de mi infancia serían recordados después del accidente como una oportunidad perdida. Una vez me había mordido un perro. Sólo recuerdo que se abalanzó sobre mí, salido de no se sabía dónde. Me escogió entre el grupo de chicos

que merodeábamos por el camino que bordeaba el río, y clavó los dientes en mi tobillo desnudo. La sensación de estar atrapado, de estar, literalmente, bajo el poder de otro, un ser al que no podía hablar, al que no podía convencer de que me soltara, se quedó durante mucho tiempo dentro de mí. Sin duda, al fin el perro me soltó, pero esas secuencias inmediatamente posteriores se me borraron y volvió a guardarse en mi memoria otro momento: cuando el practicante llegó a casa y me puso la inyección contra el tétanos. Experimenté un profundo alivio. Fue una inyección corriente, aunque dolorosa, y no, como siempre había oído decir, en la tripa.

Antes de saber que la mujer que bajaba por las escaleras en la ruidosa compañía de las perras era la madre de Violeta, había algo en el grupo que formaban que me producía cierta envidia. Era un grupo extraordinariamente compacto. Las veces que sus tres componentes habían pasado junto a mí – porque no siempre conseguía evitarlas, algunas veces venían de la calle y, por alguna razón, no las oía hasta que estaban dentro del portal y yo en el primer escalón del tramo de mis escaleras–, las tres, la mujer y las perras, me miraban un momento. Las perras restregaban contra mis piernas el hocico y seguían después su camino hacia arriba o hacia abajo, según tocara, moviendo la cola, al parecer, muy contentas. Nunca se me encaramaban, seguramente porque las muletas les imponían respeto. Un respeto emparentado con el miedo, como les sucedía a los niños del edificio, que, cuando se cruzaban conmigo, me lanzaban una mirada algo temerosa.

Pero, naturalmente, era ella, la mujer, quien había despertado mi curiosidad. Si Violeta no me lo hubiera dicho, nunca se me habría ocurrido pensar que esa mujer de andar ligero y mirada juvenil que muchas veces iba canturreando y siempre tenía una palabra o un gesto agradable para los demás, pudiera ser su madre, no sólo porque no se parecieran nada la una a la otra sino porque Dayana no tenía aspecto de ser madre de nadie. Aunque el paso de los años estaba impreso en su cara, sus movimientos estaban llenos de agilidad. Aún era joven, aún salía a la calle, incluso cuando iba acompañada de sus perras, con ese brillo en la mirada y ese punto de arreglo en la ropa y en el pelo que revela cierta expectación ante lo desconocido, lo que va a suceder cada día. Como muchas personas que vivieron la juventud con cierta sensación de esplendor y que pasan el resto de su vida a la sombra de esos felices recuerdos, lo que las mantiene a distancia del continuo fluir de los gustos y las normas estéticas, Dayana se mantenía más o menos fiel a la estética de veinte,

quizá treinta, años atrás. Llamaba la atención porque no se parecía a ninguna mujer de su edad. Al menos, en la vecindad. Había sido una joven moderna, y no había renunciado al placer de querer llamar un poco la atención. La vida le había ido haciendo más y más demandas y ciertamente había perdido parte de aquel antiguo interés por su propio aspecto físico que había sido esencial en los años juveniles, pero aún se percibía la seguridad y la felicidad que le había dado ese pasado.

Había sido actriz, me informó Violeta, modelo en la Academia de Bellas Artes y para pintores, ya en sus estudios o talleres, cantante, bailarina... Se había casado –con Eugenio, el Piloto– muy joven, y, hasta el nacimiento de Violeta, habían llevado una vida ambulante y bohemia, una vida de militantes anarquistas. Habían tenido la suerte de no haber pasado nunca por la cárcel, pero sí habían hecho frecuentes visitas a sus amigos encarcelados, acusados de fabricar bombas caseras y, lo que es peor, de arrojarlas contra los muros de ciertos edificios públicos. Leían libros y libelos de filosofía libertaria. No se contentaban con el posible –y, según habían creído siempre, inminente– derrocamiento del régimen franquista, habían soñado con la revolución, con el triunfo del individuo sobre el Estado.

Mientras Violeta me hacía esos resúmenes del pasado de sus padres, yo recordaba a los héroes anarquistas de las novelas de Pío Baroja, cuyas *Obras completas*, encuadernadas en piel de color granate, se guardaban en la biblioteca de mis padres. Tanto había insistido mi padre en que las leyera, que al fin, unas vacaciones de Navidad, no sé por qué motivo, me adentré en ellas para darle, finalmente, la razón a mi padre y convertirme, ante la sorpresa de mis profesores de lengua y literatura, en el perfecto ejemplo de lector. Dayana y Eugenio, el Piloto, para mí, estaban más cerca de esos personajes barojianos que de ninguna otra persona que yo hubiera conocido.

Ese pasado estaba lejos. El Piloto, que había sido un líder revolucionario o algo parecido, imaginaba yo, se había convertido en un personaje decadente, incluso problemático, si bien aún conservaba cierta autoridad porque, aunque ya no escribía tanto como antes, sus artículos seguían siendo muy buenos. Yo sí me había convertido en un lector suyo y, en general, estaba de acuerdo con lo que decía, aunque me molestaba un poco su tendencia a echar mano de citas literarias o históricas.

Pero era Dayana quien había tenido que adaptarse más a los cambios de la vida, según se deducía de las crónicas que me hacía Violeta. En primer lugar,

debía cuidar de su madre, una anciana de noventa años con quien jamás se había llevado bien, viuda desde hacía veinte años y empeñada en vivir sola, o medio sola –una asistenta iba por las mañanas a su casa– en su casa del centro de Madrid. No soportaba la idea de compartir su piso con otra persona, decía, ni, mucho menos, mudarse de barrio y dejar de tener sus pequeñas conversaciones con el frutero, el carnicero, la farmacéutica... Se encontraba bien, la cabeza le funcionaba a la perfección, declaraba, todo lo que pedía era que su hija la fuera a recoger por las tardes para dar un paseo. ¿Qué mejor cosa tenían las dos que hacer, sino estar juntas, hablar, detenerse ante un escaparate, sentarse en un banco, en la silla de un café? Se pasaba el día, decía, esperando la llegada de Dayana. Ésa era su máxima ilusión. Dayana había conseguido espaciar un poco sus visitas. Ya no iba a ver a su madre todos los días, me dijo Violeta, sino un día sí y otro no. No le importaría verla todos los días, decía Violeta, si se llevara bien con ella, pero la madre de Dayana era muy exigente con su hija –insoportable, puntualizó Violeta–, y esos ratos que pasaban juntas no resultaban nada placenteros para Dayana. Disminuir la frecuencia de las visitas había producido un pequeño trauma en sus relaciones, pero Dayana había conseguido imponerse sobre su madre.

Pero la madre de Eugenio también vivía medio sola, aunque no demasiado lejos de nuestra casa. De hecho, después de enviudar, se había mudado para estar más cerca de su hijo y de su nuera. También rondaba los noventa años. A veces, se le iba un poco la cabeza, pero eran ratos muy breves y, además, nadie tenía miedo de que hiciese una locura, porque era una mujer muy temerosa. Se cuidaba mucho, me dijo Violeta, a pesar de lo cual siempre estaba medio enferma, así que continuamente llamaba a su nuera para que la acompañara al hospital por uno u otro motivo. Las mujeres de la limpieza que pasaban por su casa duraban poco. Era muy mirada con el dinero y no se fiaba de nadie. Al igual que la madre de Dayana, la de Eugenio tampoco soportaba la idea de vivir con una desconocida. Era lo único que una y otra tenían en común. A lo largo de sus vidas, habían tenido muchas oportunidades para hacerse amigas, pero nunca habían congeniado. La madre de Dayana era muy autoritaria. Expresaba sus ideas, extremadamente conservadoras, con gran determinación y sin preocuparse de cómo fueran a ser recibidas. Eran buenas ideas, las únicas posibles. La madre del Piloto, a su lado, parecía el colmo de la duda, la inseguridad y la fragilidad. Se había especializado en la tiranía

indirecta, en el chantaje. Las ideas sobre la sociedad le habían dejado de interesar. Su único objeto de atención era ella misma.

Mis padres, dijo Violeta, algunas veces aún hacen bromas sobre la posibilidad de meter a mis dos abuelas en un solo piso, pero saben que eso es irrealizable. No se gustan, eso es lo que pasa.

El caso es, dijo, que estas dos mujeres se han apoderado de la vida de mi madre. Las trata con una paciencia infinita, hasta con buen humor. No puedo entender cómo, pero parece que mi madre ha aceptado que tiene que ocuparse de ellas, dedicar la mayor parte de su tiempo a hablar con ellas, ir de una casa a otra, acompañarlas al hospital, a la consulta del médico o de compras. Como comprenderás, no tiene tiempo para nada más. Ésta es la vida de mi madre. Eso y las perras, claro. A veces, se queja de las abuelas, pero de las perras nunca.

Conforme fui conociendo estos y otros datos de la vida de los padres de Violeta, la intriga que, desde el principio sobre todo Dayana, la madre, me había producido, en lugar de disminuir, aumentó. ¿Cómo se conciliaba ese pasado agitado, incluso mundano, que sin duda había tenido Dayana, con un presente limitado a los cuidados familiares? ¿Cómo habría sido ese pasado? Incluso el nombre, pronunciado Dayana y no Diana, sugería un halo de luz, de alegría y de frivolidad que, ciertamente, no se correspondía con las obligaciones que ahora pesaban sobre su vida. Más tarde, supe que había sido la misma Dayana quien, en determinado momento, había decidido que la llamaran así.

¿Por la canción?, le pregunté a Violeta. Frunció levemente el ceño, como si no supiera de qué le estaba hablando. Luego, dijo: Sí, puede ser. Y no me preguntó a qué canción me refería.

Como de costumbre, me perdía en esas elucubraciones. ¿Cuántas horas había permanecido inmóvil sobre la cama o sentado delante de la mesa sobre la que se desparramaban los libros y los cuadernos de los deberes escolares soñando, imaginando, perdiéndome por laberintos que se iban construyendo solos, unos dentro de otros, muros y muros que daban vueltas, que me empujaban a seguir, no para encontrar una salida, sino para llegar a una cámara secreta cuya existencia se presentía todo el tiempo, cuya luz se adivinaba a veces! Mi infancia estaba poblada de esos ratos en los que la

imaginación se perdía más allá de los límites de la realidad. Lo sabía, sabía que me estaba alejando, pero no me importaba lo más mínimo, todo lo contrario, me sentía cada vez más feliz, más alejado de todos.

Ahora llamaba infancia a todo ese tiempo, cuando desperdiciaba mi capacidad para moverme de un lado para otro y viajar con la mente era mi ocupación favorita. Por aquel entonces, me enorgullecía de mis ensoñaciones y las consideraba una elección, un privilegio que los demás no acababan de admitir, que me reprochaban todo el tiempo. Aunque los reproches, siendo constantes, no eran excesivos y yo los soportaba sin comentarios ni réplicas, huía a mi cuarto, a mi reducto, donde nadie me molestaba.

Entonces no me planteaba qué iba ser de mayor, a qué me iba a dedicar, como hacía la mayoría de mis compañeros de clase. Cuando les escuchaba y mencionaban esas futuras ocupaciones y profesiones, médico, arquitecto, empresario, no acababa de entender por qué les resultaban tan atractivas. Eso era dejar de vivir, centrarse en una sola cosa. Yo quería absorberlo todo, pensar sobre todo lo que veía o imaginaba que existía. Pero a la vez les envidiaba un poco porque sabía que tenían unas capacidades que los hacían aptos para unas cosas u otras. ¿Para qué servía yo?, ¿cuál era mi capacidad? Lo único que había llamado la atención de mis profesores del instituto era que había leído las novelas de Baroja.

Ya no hacía ninguna falta que me hiciera esas preguntas. El accidente había dado a mi vida un sentido: el objetivo era aprender a vivir con mis limitaciones y mi dolor. La vida me había situado en un margen. A partir de ahora, pertenecía al amplio, disperso y dolorido grupo de los inválidos, de quienes luchan por incorporarse a la vida, sabiendo que eso es lo que harán siempre, luchar por incorporarse a la vida.

Ya no podía cruzarme por el pasillo de mi casa con mis padres o mi hermano pequeño. No conocía de nada a mis vecinos. Ellos tampoco me conocían. Las calles que estaban alrededor de la nueva vivienda podrían pertenecer a un barrio de cualquier ciudad. Uno de esos barrios que, con cierta pretensión de lujo, o de medio lujo, quedan atrapados entre autopistas de circunvalación. Había bares y cafés, quioscos de periódicos, supermercados, farmacias, había de todo en esas calles, como en las otras, las de mi barrio de mi vida anterior, el barrio que mi padre había escogido para vivir con su familia nada más nacer yo, el primer hijo. Siempre le había gustado esa zona de Madrid, nos decía, la zona norte. El Paseo de Rosales había sido siempre

para él el lugar perfecto para vivir. Era centro, a pesar de encontrarse en el límite de la ciudad. Aquellas calles, que salían del paseo y se internaban en el núcleo de la ciudad, ahora parecían muy lejanas. El piso con vistas a la sierra donde yo había vivido hasta hacía unos meses, esa gran terraza que en los últimos veranos había sido el escenario de fiestas que había olvidado de golpe, parecía haberse borrado del mapa, como si jamás hubiera existido. Desde allí se contemplaba, como si fuera un observatorio, el cambio de las estaciones. Los árboles amarilleaban y se preparaban para el invierno. Era un proceso que se seguía diariamente. Por primera vez, me lo estaba perdiendo. En el nuevo barrio, el invierno irrumpía a ráfagas, casi por sorpresa.

En mi cuarto estaban las cosas de siempre. Libros, el equipo de música, el ordenador. Pero era un reducto que no se sabía bien lo que significaba, a qué me ligaba. Ahora lo principal era acudir diariamente al Centro de Rehabilitación, a unos doscientos metros de casa, conducir el coche que los mecánicos habían adaptado para mí, ir al supermercado, hacerme la comida, limpiar y ordenar un poco el piso. Ésa era mi tarea, aprender a ser un sobreviviente. De pronto, experimenté un extraordinario interés por esa tarea.

Descubrir dentro de mí un interés tan grande me produjo una gran emoción, como si se me hubiera ofrecido una oportunidad única. Pero el dolor me vencía muchas veces y me hundía durante horas en el abismo.

Cuando me encuentro con personas que han conocido a mi madre en el pasado, me dijo Violeta, reteniéndome junto a ella en la barra de El Mercurio, tengo la impresión de que se lo inventan todo, y que esa persona de la que me hablan no es mi madre. Creo que ella misma se asombraría si yo le dijera que hay gente que la recuerda, gente para la que ha significado algo. Antes aún se lo decía algunas veces y ella me miraba con algo de asombro, quizá con ilusión, como si de pronto estuviera contemplando un espejismo, pero ya es inútil hablarle de eso, del pasado. Eso es algo que se ha desprendido completamente de ella.

Hubo una temporada en la que viajaba mucho. Le salieron, muy seguidos, una serie de trabajos de actriz, nunca para el papel principal, pero un papel importante, de reparto, para representar una obra de teatro en varias ciudades. Hacía las maletas y se iba encantada. Abría el armario y se sentaba sobre la cama, contemplándolo, sin decidirse. Luego empezaba a sacar ropa, hacía montones según los colores, esto va con esto, decía, esta falda o estos pantalones con esta blusa, esta chaqueta con estos zapatos. Disfrutaba haciendo el equipaje. Acariciaba las telas, se probaba un vestido por delante, sin descolgarlo de la percha, volcaba sobre la colcha toda su bisutería, los chales, los pañuelos, los bolsos. A última hora de la tarde, se teñía el pelo. Lo decidía de repente, después de haberse mirado mucho en el espejo, con el ceño fruncido, mientras examinaba las raíces más oscuras. Con el tiempo, se hicieron blancas, porque a mi madre le aparecieron canas muy pronto. Tiene el pelo completamente blanco, ya lo ves. Nunca le ha gustado ir a la peluquería. Yo no sé cuántos tintes habrá utilizado en su vida, pero la verdad es que tiene un pelo muy resistente. De lo contrario, estaría completamente quemado. Bien es verdad que la jena, según dicen, no daña el pelo sino que le da brillo, y ella se daba mucha jena. Recuerdo ese olor entre dulce y amargo, muy potente, que provenía del cuarto de baño, donde mi madre llevaba a cabo la lenta operación, y que se apoderaba de la casa. Y las manchas oscuras de la jena en el lavabo. Ella se pasaba el resto de la tarde, lo poco que quedaba de ella y casi hasta medianoche, porque solía decidirse cuando faltaba poco para ir a

dormir, con la cabeza envuelta en una toalla. Finalmente, como en un truco de magia, una vez que se desprendía de la toalla y se lavaba y arreglaba el pelo, emergía resplandeciente, blandiendo una melena castaña, rojiza, como una llamarada.

Pero los momentos más felices se producían cuando la contrataban para cantar. Tiene una voz un poco ronca, llena de matices, capaz de adaptarse a muchos estilos. Las canciones tristes son su especialidad. A mí me gusta más cuando canta en francés o en inglés, quizá porque entonces la puedo ver desde más lejos, casi como si no fuera mi madre.

He viajado con ella algunas veces, dijo Violeta, no en sus giras de teatro, que eran más largas, sino en sus actuaciones como cantante, que podían durar dos o tres días. Yo me quedaba entre bastidores, a un lado del escenario. Me asombraba su transformación. La mujer que cantaba no era mi madre, aunque yo pudiera reconocer las canciones. Eran las mismas que tarareaba cuando limpiaba la casa, cuando cocinaba y cuando se arreglaba para salir, pero ahora las cantaba con una fuerza que me estremecía, como si creyera en ellas, como si, de hecho, fuera en lo único en lo que creyera, lo más importante de su vida. Yo conocía los trajes que llevaba, los había visto sobre la cama, cada vez que ella prácticamente vaciaba su armario antes de un viaje. La mujer que estaba en el centro del escenario, bajo los focos, era mi madre, lo sabía, pero ahora eso no contaba, el vínculo se había desvanecido. En la oscuridad, me preguntaba vagamente, con un temor difuso pero invasor, si luego ella podría volver a su vida de siempre, si otra vez el hecho de ser mi madre se convertiría en algo objetivo, indiscutible.

En aquel momento, el futuro que nos aguardaba, eso que, previsiblemente, iba a ocurrir en breve –mi madre y yo, cogidas de la mano, andando por la calle hacia el hotel, seguramente silenciosas las dos, ella todavía lejana y cansada por el esfuerzo y yo aún desconcertada por su transformación y muriéndome de sueño de repente–, me parecía casi imposible. La única verdad en ese momento era la distancia que nos separaba, la luz que envolvía a mi madre, sus ojos perdidos entre el público, su voz llena de emociones intensas y desconocidas, sus brazos desnudos moviéndose suavemente al ritmo de la canción.

Yo sabía, casi en el mismo instante en que ella me decía que nos iríamos de viaje, que luego habría tiempos vacíos, casi desolados, porque ya había comprobado que mi madre, fuera de casa, desprendida de la vida familiar, no

era la misma que en casa, cuando nos tenía a mi padre y a mí tan cerca. Pero esas imágenes quedaban lejos, ahora tocaba preparar el equipaje. Yo era todavía muy inocente. Durante unos días, yo también soñaba con el viaje.

Se pasa el día hablando sola o con las perras, siguió Violenta, volviendo al presente. Les deja lamer el plato en el que han comido, ¡hasta la taza ya acabada de su café es lamida por las perras! Les habla, en un murmullo suave, cantarín, continuamente. Les dice: Ahora hago esto y esto otro y luego iremos a dar nuestro paseo. Las tiene al tanto de cada detalle de su vida, como si creyera que las perras no pudiesen vivir sin ella. Pero quizá sea al revés, quizá sea ella quien no soporte que las perras la dejen sola un instante.

A la casa de la abuela Carmen no las puede llevar, porque sólo los ciegos pueden ir con su perro en el metro, y para ir a su casa lo mejor es coger el metro, que va de puerta a puerta, sin necesidad de hacer transbordos. Además, los taxistas, por lo general, no aceptan perros en el coche, y si lo hacen, es a regañadientes. Pero no tendría ningún sentido llevar a las perras a casa de la abuela Carmen, porque la abuela odia a los animales, a todos. Especialmente, a los perros, claro, ya que sabe que son la debilidad de su hija. A veces, mi madre va con las perras a casa de la abuela Inés, que vive cerca de casa. Puede ir dando un paseo. La abuela Inés es mucho más tolerante para todo, y trata bien a las perras, las acepta, incluso las acaricia. Pero, claro, no se puede llevar a las perras al hospital, ni al médico, a todos esos sitios a los que hay que ir con la abuela Inés.

Me gusta oírla cantar por la casa, el aire se llena de alegría. No sé cómo puede estar siempre contenta con esas dos mujeres amargándole la vida, se preguntó Violeta. Una vez, siguió, entré en el cuarto de baño creyendo que no había nadie porque la puerta estaba entreabierta, y me la encontré sentada en el borde de la bañera. Daba la impresión de que se había dejado caer mientras se miraba en el espejo del lavabo, de que había sufrido un desánimo repentino, como un pequeño desmayo. Tenía la cara tapada con las manos. Se sobresaltó y me miró y vi sus ojos llenos de lágrimas y una tremenda expresión de dolor en ellos, de vencimiento. Se levantó con enorme rapidez, se lavó la cara y me sonrió. Incluso me apartó un poco al salir, como si no quisiera que yo le impidiera el paso o le hiciera algún comentario.

Muy pocas, poquísimas veces, nos ha pedido a mi padre o a mí que la ayudemos en las tareas con las abuelas. Pedírselo a mi padre sería un poco inútil. No me lo imagino cuidando de nadie. Ni siquiera es capaz de cuidarse a

sí mismo. Así que no es tanto por egoísmo como por incapacidad, aunque algo de egoísmo hay, de eso no hay duda. Mi padre es como un niño grande, ha hecho siempre lo que ha querido. Aún se siente ácrata, declara de vez en cuando, y está en contra del Estado y de toda organización social. No entra en su cabeza la idea del compromiso. Sólo aspira a la libertad. Es la única idea que entiende, declara.

En cuanto a mí, si mi madre me ha pedido tan pocas veces que la ayudara, creo que es para evitar que las abuelas tengan poder para fastidiarme. Me quiere poner a salvo de sus garras y sus tentáculos. Es algo que más o menos me ha dicho o me ha dado a entender. No podemos vivir todos pendientes de ellas, ése es el tipo de cosas que dice. Todo parece indicar que a ella no le cuesta demasiado ir de aquí para allá, aunque a veces se queje. Mi madre es una persona que, en cierto modo, vive sola. Es autosuficiente. Pero le gusta que estemos cerca de ella. Ha existido una especie de pacto entre ella y nosotros. Como si todos supiéramos que la vida es, en el fondo, un recorrido que ha de hacerse a solas. Una vez comprendido eso, hay que reconocer que resulta más agradable tener a alguien cerca.

Sin embargo, recuerdo muy bien algo que me dijo durante una enfermedad.

Declaró, como delirando, que era inmensamente feliz, que nos quería a mi padre y a mí de un modo que nunca podríamos imaginar. Era muy feliz, insistió, no creía que esa felicidad que sentía ella estuviera al alcance de muchas personas, se consideraba una privilegiada.

Esa declaración de mi madre me estremeció. No entendí lo que me quería decir, hubiera preferido que no me hablara así. Intuí que dentro de esa felicidad extraordinaria que proclamaba se escondía algo doloroso, una especie de ahogo, de limitación. Sin embargo, ella la sentía profundamente y necesitaba expresarla. Su cara resplandecía, sus ojos estaban llenos de emoción.

Puede que fuera feliz. Me lo dijo a mí y creo que no se lo dijo a mi padre. No sé en qué momento empecé a sospechar que ella había dejado de confiar en él y presentí que cada vez se hablarían menos y hasta se verían menos, porque ya cada uno tenía su propio cuarto. Cada vez compartían menos cosas, menos espacios. Aunque ella aún apoyaba de vez en cuando la mano sobre los hombros de mi padre y le sonreía un momento cuando él venía de la calle. Siempre lo hace. Nos sonrío un momento cuando nos ve.

Le dije un día que daba igual, que, hiciese lo que hiciese, yo estaría a su lado, dijo Violeta. De su lado. No sé por qué se me ocurrió decírselo, no sé qué intuí, me salió de dentro, sin pensarlo. Si mis palabras no le hubieran producido a mi madre tanta impresión, no las recordaría. Pero ella me miró con profundo asombro y me abrazó, callada, sin llorar. Me tuvo así un rato, apretada contra su cuerpo. Por eso pensé que yo había dicho algo importante, algo que estaba en las palabras mismas. Yo las había pronunciado, pero no sabía bien qué querían decir.

Supongo que intuí que mi madre se avergonzaba de algo, que se arrepentía. Cuando el arrepentimiento produce tanto malestar es que el rechazo es muy profundo. No se sabe cómo salir de allí, porque no se trata de borrar un hecho determinado, que por lo demás tampoco se puede, sino de eliminar una parte de uno mismo, un comportamiento o una inclinación. Es precisamente eso, el comportamiento o la inclinación, lo que nos parece vergonzante, no tanto como los hechos en sí, que son bastante corrientes, cualquiera habría podido ejecutarlos. Los hechos no nos pertenecen del todo, no explican casi nada, lo que de verdad cuenta está por detrás de ellos.

Siempre he tenido la impresión de que mi madre se avergonzaba de ser como los demás, de ser, en suma, tan débil y vulgar como todo el mundo. A mí, siendo muy niña, me habría gustado decirle que ella era distinta, que yo le iba a consentir todo, porque lo que ella hacía nunca podía ser vulgar, siempre sería algo único, algo que sólo podía hacer ella. Le hubiera debido decir que su voz era maravillosa, y que sus gestos y la forma en que se movía mientras ensayaba los papeles de los personajes que iba a representar eran únicos y poderosos, y estaban llenos de convicción. Hubiera debido decirle que era guapísima, que su cuerpo era una especie de milagro, tan delicado, tan frágil, con esas curvas tan suaves, todo tan asombrosamente armónico... Era perfectamente lógico, perfectamente natural, que recibiera llamadas de pintores para que posara desnuda para ellos, y a mí eso me parecía bien, yo no tenía celos de esos pintores, yo la admiraba aún más que ellos y la tenía en casa, desnuda y vestida. Sólo quería que ella me quisiera, porque imaginaba que me quería, todo indicaba que me quería, pero deseaba más certezas. Le hubiera debido decir que el color castaño rojizo de su pelo le favorecía mucho y que me gustaba el olor de la jena, que todas las joyas que tenía eran tesoros fascinantes, aunque no fueran muy valiosas, y que admiraba e incluso compartía su alegría, su excitación, cuando le llovían las solicitudes para una

u otra cosa. Por encima de todo, le hubiera debido decir que me parecía perfecto, más que perfecto, que se lo pasara bien cada vez que salía de casa y se dirigía hacia esos mundos que tanto le gustaban, tenía que haberle hecho saber que yo prefería que lo pasara bien, que nunca se me ocurrió pensar que no me quería cuando lo pasaba bien. Ni siquiera me importaba que no me quisiera todo el tiempo. Sólo cuando estaba conmigo. Pero una niña no puede decir estas cosas, no sabe cómo hacerlo, le falta experiencia, sabiduría.

Ha habido otros hombres en su vida, dijo Violeta. He conocido a algunos de ellos. He vivido con el miedo de que uno de esos hombres se empeñara en resolver su vida y la arrancara de nuestro lado. Estoy segura de que ella llegó a dudar alguna vez, esa separación estuvo a punto de suceder, tuvo que haber alguien que se enamorara de ella y le ofreciera una vida distinta, más interesante de la que tenía con nosotros.

No sé lo que pensaba mi padre, es difícil para mí penetrar en su mente, es difícil saber lo que ve o lo que se calla. Habla mucho, pero no de sí mismo, sino de lo que escribe, los deportes y los deportistas, sus héroes. No le gustaba viajar con ella. Me parece que nunca llegó a acompañarla en uno de sus viajes. Mi madre se lo proponía, incluso se lo llegó a pedir alguna vez, pero mi padre no quería ir. Alegaba siempre excusas de trabajo, excusas razonables y verosímiles, pero por alguna razón parecían falsas, artificiales.

Lo cierto es que mi padre no es un hombre transportable, no puede desligarse de su mundo. Sus artículos, sus amigos, sus pequeñas costumbres, son importantísimos para él. Cualquier cambio le perturba y fastidia, está absolutamente incapacitado para alterar el menor de sus hábitos. Se aferra a cada uno de los pasos que da, que se conoce de memoria, como si, fuera de su ruta habitual, pudiera extraviarse. Eso no lo podría soportar. Su recorrido se ha ido haciendo más y más corto conforme los años han ido dejando de lado muchas cosas. No me imagino a mi padre lejos de casa, en otro barrio, en otra ciudad. Su refugio, ya lo sabes, es El Mercurio.

No sé si es desdichado o si está atormentado por algo. Sus crónicas deportivas ocupan todas sus energías. A mi madre y a mí siempre nos ha parecido que abusan de él, de su interés, de su capacidad de entrega.

Hubo un tiempo en que a mi madre le llovían las ofertas. Pero ella nunca confió. Cuando mi padre y yo le comentábamos que al fin todos se habían dado

cuenta de lo extraordinaria que era su voz y de lo muy convincentes que resultaban sus actuaciones, mi madre se encogía de hombros. No conocéis el mundo del espectáculo, decía. Los elogios no cuestan nada. En este mundo todos tienen una gran tendencia a entusiasmarse, a aplaudir, a enviar ramos de flores, pero no hay que fiarse, son entusiasmos fugaces. Y yo no sé retenerlos, suspiraba. No puedo retenerlos porque nunca me los he acabado de creer.

Le pregunté a Violeta a qué se debía el sobrenombre de Piloto que todo el mundo le daba a su padre. Era su nombre de guerra, me dijo. No olvides que mis padres estaban en guerra con el sistema, con la organización social, con todo lo que sugería poder y autoridad. Entre sus conocidos todos se llamaban con apodos, con nombres raros. No creo que fuera una regla sino casi una diversión. Era como si quisieran rechazar, negar, los nombres que les habían dado sus padres. Si no hubiera habido bombas de por medio –aunque fueran de fabricación casera– ni cárceles ni cargas policiales por la calle, aquello, así contado, parece más un juego de niños que otra cosa. Claro está que pasaban mucho miedo. El miedo era parte esencial en sus vidas. Vivían medio escondidos, como fugitivos. Una vez dormían aquí y otra allí. Desaparecían del panorama durante días. Llevaban una vida muy misteriosa, nadie sabía nunca dónde estaban ni dónde residían. No sé quién le puso a mi padre el mote del Piloto, probablemente fue por su afición a los aviones de colección. Los tiene desde niño y aún se compra alguno de vez en cuando. Siempre me ha asombrado la cara de felicidad con que los mira, con que nos enseña su nueva adquisición a mi madre y a mí.

Uno de los mejores amigos de mis padres era Daniel Ruiz, siguió Violeta. Fue el primero de todos ellos en dejar de lado la lucha política. Supongo que también él debió de tener un apodo, no lo sé. Durante los años en que estuvo más cerca de nosotros siempre le llamábamos Dani. Era un adicto a la música y acabó haciéndose representante. Se ocupó de la carrera de mi madre, no sólo de la musical, sino de la teatral. No le gustaba que posara como modelo de artistas. Eso le parecía, le oí decir muchas veces, una pérdida de tiempo. Pero a mi madre le gustaba posar, le gustaba que los artistas la llamaran y la reclamaran, así que no le hacía caso. Esa actividad la hacía por su cuenta, y en ese campo nunca le faltaba trabajo.

Soy su hija, claro, y mis palabras pueden parecer exageradas, dijo Violeta, pero mi madre fue una mujer guapísima. Todavía lo es, pero no te imaginas cómo era entonces. Todos los amigos de mis padres estaban enamorados de ella, pero mi padre tenía mucha autoridad sobre ellos, ya ves qué ironía, él,

que no es nada autoritario, y se mantenían a distancia. El caso de Dani fue distinto. En cierto modo, dependíamos de él. Aparecía por casa a cualquier hora del día, era como uno más de la familia. Mi madre era feliz con todas aquellas oportunidades de trabajar en lo que tanto le gustaba. Sobre todo, cuando la contrataban para actuar a solas, para cantar. Daba saltos de alegría, nos abrazaba a todos. Fue eso lo que me hizo ponerme en contra de Daniel Ruiz: la forma en que abrazaba a mi madre. No soportaba ver sus manos sobre los hombros, la espalda, la cintura de ella, como si fueran suyos, como si los conociera muy bien.

Me fui llenando de recelo hacia él. Le vigilaba. Encontraba un doble sentido en todo lo que decía. Lanzaba a mi madre miradas de complicidad delante de mi padre y de mí. Y se las arreglaba para aparecer por casa cuando mi madre estaba sola.

Muchas veces, de vuelta del instituto, me lo encontraba merodeando por ahí, con la excusa de ayudar a mi madre en la cocina. Se esforzaba por ser simpático conmigo, por hacerme bromas. A mí no me hacía ninguna gracia. Pero él no se daba por enterado. Era muy hablador, gesticulaba mucho. Fumaba un cigarrillo tras otro. Bebía café, vino, licores, lo que fuera. Siempre tenía las manos ocupadas en algo. Se sentaba en uno de los sillones del cuarto de estar con una naturalidad que a mí me resultaba ofensiva. Y allí me lo solía encontrar de nuevo, a última hora de la tarde, cuando venía de estudiar en casa de alguna amiga. Durante aquellos días, esa temporada que en el recuerdo me parece muy larga, mi padre se pasaba el día y parte de la noche trabajando para el periódico. No sé a qué hora regresaba a casa, tampoco sé si cuando él llegaba, Daniel Ruiz seguía ahí, hablando con mi madre. Son cosas que se han escapado de mi memoria, quizá porque la sensación de fastidio que sentía yo, de inquietud, de disgusto, era tan intensa que no daba cabida a nada más. Mi capacidad de observación se paralizaba. O puede que optara por paralizarse, como cuando se cierran los ojos en la escena culminante de una película de miedo.

A pesar del rechazo que a mí me producía, y que yo creía perfectamente justo, porque Daniel Ruiz era un hombre sin atractivo alguno —ni siquiera quiero describirlo, no me apetece nada, puntualizó Violeta—, tenía, al parecer, éxito con las mujeres. Éxito y, sobre todo, poder, que en realidad era lo que más le gustaba. Mandar, dominar, controlar. No sé si se lo escuché decir a él o a mi madre, pero probablemente fuera verdad que las mujeres pululaban a su

alrededor. Él se creía guapo, un conquistador. Una vez le pregunté a mi madre si a ella le parecía guapo. No, me dijo, no me gusta nada. Eso me tranquilizó un poco, aunque el fastidio y el disgusto que me producían sus visitas no disminuiera.

¿De qué habláis tanto rato?, le pregunté a mi madre en otra ocasión, pero ella no me contestó. A veces, les sorprendía riéndose. Quizás era un hombre ameno e ingenioso, aunque no lo pareciese. Más tarde, me dijo mi madre: Es hábil para las relaciones, para los contactos, se maneja muy bien en ese mundo, tiene una gran influencia. Con él, nunca falta el trabajo. Pero es un gran manipulador y abusa de las necesidades y las ilusiones. He visto con mis propios ojos cómo trata a las pobres chicas que están empezando y que, para congraciarse con él, están dispuestas a todo. Conmigo, lo tengo que reconocer, siempre ha sido distinto. Le conocemos de toda la vida, eso es lo que pasa.

A casa, siguió Violeta, siempre solía venir con algo, unas flores o una caja de bombones que luego, al abrir, él mismo alababa. Decía, casi maravillado, ¡qué bombones!, ¡no hay otros bombones como éstos! Si lo que había traído era un ramo de flores, se extendía en alabanzas hacia las flores, y decía que la floristería donde las había comprado era la mejor, donde tenían las flores más frescas y los colores más vivos. Si se trataba de un licor, lo mismo, era el mejor licor que se podía encontrar, el mejor destilado, de forma artesanal, de absoluta confianza.

Me repelía su glotonería, dijo Violeta, la forma en que se sentaba en la butaca, con las piernas abiertas. Comía, bebía y fumaba al mismo tiempo, como si no pudiera prescindir de nada, de ningún detalle que le proporcionara placer. Cuando hablaba de la belleza de las flores y de la calidad de los bombones y el licor, se podía percibir que todo su ser se ensanchaba, tenía el corazón puesto allí. Yo tenía la impresión de que mi madre era para él como uno de esos objetos que él regalaba y que acababa de elogiar, una caja de bombones, un ramo de flores, una botella de licor o un perfume. Sospechaba que esos susurros indescifrables contenían declaraciones y promesas hechas con el propósito de comprar a mi madre, de llevársela para siempre con él, y lo imaginaba hablando después con sus conocidos, con otros representantes, empresarios, directores, artistas, presumiendo de haber conquistado a mi madre, alardeando de sus dotes de seductor.

Un atardecer, nada más irse él de casa, salí al pasillo con esa vaga curiosidad que me causaba el momento de la despedida. Mi madre me cogió

de la mano y fuimos juntas al cuarto de estar. Abrió las ventanas. Poco a poco, el aire de la calle se fue llevando el olor de Daniel Ruiz, ese concentrado de tabaco negro, colonia y todos los olores que llevaba pegados a la tela de sus trajes. Poco a poco, el cuarto volvió a ser nuestro. Mi madre llevó el jarrón con las flores a algún lugar donde no lo pudiéramos ver constantemente, al pasillo o a la misma cocina. Me dije que no había ningún peligro, que ella jamás se iría con él. Sin embargo, al día siguiente, o al otro, Daniel Ruiz volvió y mi madre le abrió la puerta. Sin duda lo recibió con una sonrisa, lo condujo hasta la mesa camilla, le agradeció el regalo, puso las flores en agua o abrió la caja de bombones o la botella de licor.

Yo me preguntaba si mi padre estaría al tanto de esas visitas, dijo Violeta. En todo caso, podía adivinarlas. Quedaba siempre en el aire un resto del humo del tabaco y del olor de la colonia dulzona que usaba Daniel Ruiz y, a veces, las flores en algún rincón. Yo sentía hacia mi padre una mezcla de pena y de odio, por su pasividad y su silencio, por esa entrega absurda, así me lo parecía, a su trabajo, esas crónicas deportivas que eran el fundamento de su vida. Asuntos triviales, juegos de niños. No podía evitar compadecerle, pero a la vez me irritaba, me indignaba, ¿cómo consentía que ese hombre horrible, por muy amigo suyo que hubiera sido hacía unos años, pasara tanto tiempo con mi madre?, ¿por qué no aspiraba a puestos mejor remunerados dentro del mismo periódico, por qué se conformaba con escribir sus crónicas, que, además, le obligaban a ir siempre de un lado para otro? Cientos de veces le oíamos decir que de ninguna manera quería un trabajo de despacho, aunque estuviera mucho mejor pagado. Para él todo eso no era un asunto de dinero sino de vocación. Yo hubiera preferido tener un padre distinto, ser una familia como todas las demás, una familia donde el padre fuese la figura central e indiscutible, el protector, el benefactor. La vida de mi padre estaba fuera de casa y era una vida bohemia, de hombre irresponsable, como si no tuviera familia. Incluso lo proclamaba, sin darse cuenta de que esas declaraciones me herían, me dejaban a mí en un lugar confuso, sin protección. Presentía que tenía celos del éxito de mi madre, que no quería saber nada de su carrera de actriz y cantante, que prefería ignorarlo, vivir de espaldas a esa evidencia, la ambición de mi madre.

A veces, llegaba a odiarle, a despreciarle. Me invadía un sentimiento de rebeldía y, finalmente, no sabía a quién odiaba o despreciaba más, a mi padre o a Daniel Ruiz, o quizás a mi madre, que estaba atrapada entre ellos y no

podía decidirse por ninguno, mantenía a su lado a los dos, adaptándose a lo que uno y otro querían de ella, sonriéndoles a los dos, mirándoles con un fondo permanente de miedo. ¿Qué era lo que temía? No confiaba del todo en sus propias fuerzas, como había confiado en plena juventud, ya no estaba segura de la realización de los sueños, se estaban volviendo improbables y lejanos. Yo hubiera querido apoyarla, y que ellos la apoyaran también.

Yo, confesó Violeta, necesitaba esos sueños, esa confianza, necesitaba saber que las flores, los bombones, el perfume o el licor no significaban nada para mi madre, y que la huida constante de mi padre, su desinterés por todo lo que a ella le ilusionaba y su entrega algo infantil a su trabajo, no le restaban fuerzas ni deseos de triunfar. Pero ella se fue replegando cada vez más dentro sí misma, fue perdiendo sus sueños y su confianza, como si ése fuera el precio que tuviera que pagar para librarse de Daniel Ruiz y de la soledad en que mi padre la dejaba. Al fin, Daniel Ruiz desapareció, se esfumó.

Muchas veces pienso que mis padres se han mantenido unidos a través de mí, apoyados en mí, dijo Violeta. No sé si, de no haber existido yo, ellos habrían permanecido juntos, cada uno en su habitación, es cierto, y casi sin hablarse, pero sabiendo el uno que el otro estaba muy cerca, que respiraba muy cerca. De no haber existido yo, no sé si se habrían comprometido, mutua y tácitamente, a esa permanencia. He sido su coartada, su excusa. Ninguno de los dos ha querido perderme, los dos han hecho explícita muchas veces su voluntad de mantenerme a su lado. Cada uno a su modo, me han retenido y me han hecho ver que quizá yo fuera lo más importante de sus vidas. No todo el tiempo, ni mucho menos, pero con la suficiente frecuencia y, sobre todo, con la suficiente intensidad como para que yo lo percibiese.

Nunca me había caracterizado por mi capacidad de escuchar a los demás. Cualquier cosa me distraía siempre. Mi vida se desarrollaba a cierta distancia de los otros, me creía incapacitado para vivir de otra manera, y eso me gustaba, porque me gustaba la idea de ser diferente de los demás. Me hacía sentirme a salvo de la mediocridad o de la vulgaridad. Ahora me dolía esa distancia, me dolía no saber escuchar. Me dolía tanto o más que mi propio dolor. Tras el accidente, era mi propio dolor lo que me distraía, lo que me impedía prestar atención a los demás.

Siempre me había considerado un poco ajeno a todos, débil y singular a la vez. Por las noches, el miedo a la soledad se agudizaba. Trataba de concentrarme en el ruido de la respiración acompasada de mi hermano pequeño, con quien compartí el cuarto durante los primeros años de su vida hasta mi adolescencia, cuando reclamé un cuarto sólo para mí, y a veces extendía la mano para tocarlo y tratar de apoyarme en su calma y su confiado abandono. El miedo se disolvía conforme la noche avanzaba y se vislumbraba el amanecer, pero muchas veces me despertaba cansado y desanimado de mí mismo, de todo lo que habitaba en mi interior y me impedía dormir. Esas sensaciones se transformaban luego, durante el día, en instantes felices, de una gran seguridad interior, como si el alejamiento y el desánimo llevaran consigo una recompensa.

Por aquel entonces no me dolía nada, eso era lo que, al recordarlo, más me asombraba después del accidente. Estaba libre de dolores. Ahora me venían a la cabeza episodios o instantes del pasado y me sorprendía que el niño que los protagonizaba fuera aparentemente normal.

Al recordar las incomodidades y dolores que las típicas enfermedades de la infancia me habían dado a conocer y el reposo al que me obligaban sus correspondientes convalecencias, no encontraba en ellos ninguna pista que me proporcionara una sensación de continuidad con mi nueva vida. Aquellos malestares y prescripciones no tenían nada que ver con el dolor permanente que ahora me poseía. Los recuerdos no podían ayudarme.

Lo esencial de ese presente que había escapado a las aventuras de mi

imaginación y que se me había impuesto con una contundencia que apenas dejaba lugar al asombro, eran las horas pasadas en el Centro de Rehabilitación. Allí me encontraba no sólo con los médicos y los enfermeros, sino con personas de todas clases, también condenadas, por una u otra razón, a luchar y superarse. Nos mirábamos unos a otros con profunda complicidad y sin duda experimentábamos también cierto rechazo mutuo, porque nadie quiere –y un inválido, menos que nadie– hacerse cargo de las molestias y lesiones de los otros, nadie quiere que su dolor caiga en un saco y acabe por ser indiferenciado y común.

El rumbo de mi vida había cambiado radicalmente. No existía más que un problema, el dolor constante. El resto era accesorio, soportable. La sensación de desgracia me poseía. Sólo podía vivir negando mi propia existencia, como si no existiera, sabiéndome al margen de la verdadera vida, porque vivir no podía ser esa tremenda, agotadora lucha contra el dolor. Estoy dentro de la muerte, me decía, en su morada, de manera que es innecesario que desee morir. Los suicidas no saben lo que es la muerte, me decía, por eso acuden a ella, pero yo ya la he conocido, no conozco ya otra cosa, a lo más, estos pedazos de vida que a veces obtengo, pequeños pedazos de vida insignificante, nada gloriosa, pequeños sentimientos de fugaz bienestar que de repente me atraviesan. Sí, también conozco un poco esto, esta vida que viene a mí y que me rescata por unos instantes de la muerte.

Ya no pensaba en morir, sino en seguir, en desplazarme con todos mis dolores a costas de mi casa al Centro de Rehabilitación y del Centro de Rehabilitación a mi casa. Eso era todo.

No quería que nadie interfiriera en mis planes. A veces, en el cumplimiento de los planes, encontraba esa fugaz felicidad en la que tenía que apoyarme. Le prohibí a mi madre las visitas. Necesitaba palpar mi soledad, vivirla hasta el fondo. Eso era lo único que me remitía a la emoción que la vida podía producirme.

No puedo apartarme de todo esto, lo que ahora tengo, me decía. Debo aferrarme a las nuevas señales indicadoras de mi vida. A solas.

Me perturbaban las comidas familiares en casa de mis padres, pero prefería ir yo a su casa a que vinieran ellos a verme. No me sentía capaz de soportar su presencia en mi mundo. No quería testigos. En el transcurso de las comidas en la casa familiar, mis padres me hacían muy pocas preguntas concretas, a la espera de que yo quisiera contarles algo. No me forzaban. Era curioso el

nuevo respeto que les inspiraba a todos. El accidente había tenido esta consecuencia, me había situado en un lugar que era exclusivamente mío. Sólo mi hermano pequeño parecía no aceptar del todo la nueva situación, sólo él me pedía que le enseñara mi nuevo piso, mi nueva vida. Más adelante, le decía yo.

Mi madre tenía la pequeña satisfacción de haber dado con la forma de ayudarme un poco. Cuando acudía a comer a casa de mis padres, su asistenta, aprovechando mi ausencia, iba a mi piso y lo limpiaba a fondo. Solía ir acompañada de su hija o de su marido. A mi regreso, el piso resplandecía. Mi madre me ofrecía, después de cada una de mis visitas, ese regalo, esa recompensa, encontrar que mi mundo había sido perfectamente ordenado. Unos seres invisibles se habían ocupado de hacerlo.

Mientras me dirigía al Centro de Rehabilitación, trataba de prepararme para el encuentro con todas aquellas personas que sólo conocía desde hacía unos meses y que habían entrado en mi vida de forma abrupta e imprevista, porque el centro creaba entre todos nosotros una casi obligada intimidad, una complicidad casi proclamada. Allí éramos todos víctimas, todos seres más o menos incapacitados –o discapacitados–, y con una sarta de limitaciones, trabas y penalidades a nuestras espaldas. En ese ambiente, todos se desahogaban y se despachaban a fondo, compitiendo en dolores y problemas.

Allí, donde se hubieran aceptado todas mis quejas como la cosa más natural del mundo, porque lo raro, lo antinatural, era encontrarse bien, yo apenas hablaba ni me desahogaba con nadie. Todas esas personas que me trataban con tanta familiaridad, que no tenían el menor pudor en mostrarme las heridas, deformaciones y mutilaciones de sus cuerpos, incluidas las mujeres –mujeres jóvenes que no dejaban, pese a todo, de ser atractivas, porque eran jóvenes y estaban llenas de vida–, todas esas personas, por el solo hecho de tener que encontrármelas en el centro diariamente, de haberme sido impuestas desde fuera, me resultaban profundamente ajenas y antipáticas.

El recuerdo de Fermín, mi compañero de clase, acudía de vez en cuando a mi cabeza. Aquella complacencia en la debilidad y hasta en el horror que a todos nos producía la deformidad de su cuerpo era un peligro que, en el centro, en mayor o menor medida, nos rondaba a todos. Allí me encontraba no sólo rodeado físicamente de personas semejantes a Fermín, sino que yo mismo

era como él. Quizás acabara comportándome como él lo hacía, quizás, si todos los otros remedios se me iban revelando, como ya intuía, estériles, pudiera ser que al fin optase por rendirme y sacar provecho de las debilidades ajenas, de la culpa y los remordimientos de los otros.

Un día, en la sala de las máquinas, coincidí con una mujer que se me quedó mirando con los ojos llenos de lágrimas. Eran azulados, un poco grisáceos.

Cada día me encuentro peor, dijo al fin.

Le pregunté qué le pasaba, qué le dolía.

Sus dolores eran insoportables, me dijo, no podía apoyar en el suelo la pierna izquierda, por las noches se despertaba y se subía a la buhardilla, donde escuchaba música a través de los auriculares para no despertar a su marido y a sus hijos. Tenía el ánimo por los suelos. Había tenido que dejar de trabajar –en una empresa de marketing, dijo, sin especificar cuál era su tarea– después de una operación que la había dejado peor de lo que estaba y a la que habían sucedido muchas otras. Muchas, suspiró, ya no las quiero ni contar. Primero había sido una vértebra aplastada, una hernia. A partir de ahí, todo habían sido complicaciones. Se había decidido a pasar por el quirófano porque tenía hijos pequeños. Cuatro. El pequeño ahora tenía tres años. La mayor, una niña, acababa de cumplir diez. Había querido eliminar el mal de raíz, y ¿qué tenía ahora? Había perdido su trabajo y ni siquiera podía atender bien a sus hijos, ese dolor constante estaba acabando con ella.

Ya sé que hay quien está mucho peor que yo, dijo, quizá refiriéndose a mí, pero me gustaría que al menos mi marido me entendiera. Me dice continuamente que me anime, que haga esto y aquello, que no me preocupe por las cosas que no puedo hacer porque ya las hace él, pero no resulta tan fácil animarse, eso él no lo comprende.

Mientras la escuchaba, no pude por menos que preguntarme cómo habría sido esa mujer antes de toda esa serie de operaciones, antes de padecer los dolores que la habían llevado varias veces al quirófano, porque ahora, a pesar de que casi estaba llorando y de que sus ojos expresaban una gran desolación, me parecía rebosante de vida, y su cuerpo, cuyos contornos se podían apreciar con bastante exactitud porque llevaba puesto uno de esos trajes como de baño que usan las mujeres para hacer gimnasia, era aún joven y flexible. A mí, que me conocía sólo de vista, me estaba hablando de asuntos íntimos y personales,

me decía que no podía dormir, y yo la podía imaginar desvelada, dando vueltas en la cama, levantándose al fin, subiendo a la buhardilla, ajustándose los auriculares para escuchar música sin despertar a nadie. Estaba llena de vida y de rencor.

Me estremecí. De repente, la encontré muy hermosa. Los rasgos de su cara, muy afilados, el color tan pálido de su piel, el pelo oscuro que sin embargo no conseguía borrar la impresión de que era una mujer rubia, y los ojos grises que expresaban una indignada desolación se me clavaron dolorosamente en el corazón mientras la miraba de verdad por primera vez. Hasta ese momento, no la había mirado. Había estado allí, día tras día, durante el largo, inacabable, invierno, y mi mirada no se había fijado en ella, ¿cómo podía ser? Sólo podía explicármelo por mis limitaciones, mi incapacidad de mirar y escuchar, incluso de ver. Le fui preguntando cosas, las mínimas, para que ella siguiera hablando. No necesitaba muchos estímulos, algo la empujaba desde dentro, y me pareció que, del mismo modo en que ahora me estaba mirando a mí y hablando conmigo, podía mirar a cualquier otro, hablar con cualquier otro. Un hombre, en todo caso, porque era una mujer que se dirigía, por encima de todo, a los hombres.

Al irse, al abandonar la sala de las máquinas, me sonrió. Nuevamente me pregunté cómo habría sido esa mujer antes de las operaciones, porque su sonrisa iluminó de tal modo su cara que borró de ella todo rastro de dolor. Sus ojos, antes desbordados por las lágrimas, se transformaron súbitamente y, en lugar de transmitir desolación y tristeza, expresaron una alegría ilimitada. No sólo eran prometedores, sentí, porque el contacto con la alegría siempre nos da un grado de esperanza, sino que remitían a un pasado feliz.

Ha sido feliz, me dije. Esta mujer que acaba de pasar un rato hablando conmigo, lamentándose de su vida, con una confianza y una sinceridad sorprendentes, ha sido enormemente feliz y la felicidad que ha experimentado no ha desaparecido, aún la tiene. Tuve el presentimiento de que esa felicidad no se la habían dado su marido y sus hijos, sino que había sido ella quien se la había dado a ellos, y quizá la tristeza que la invadía ahora se debía no sólo al dolor constante que incluso le impedía dormir, sino a que sabía que ya no podía darles nada, que lo poco que tenía debía guardarlo para sí misma.

De camino hacia casa, no podía dejar de pensar en la mujer del Centro de Rehabilitación. Ese descubrimiento me hizo mirar a mi alrededor de otra manera. De pronto, me di cuenta de que el invierno casi estaba concluyendo.

La luz duraba más y tenía una prometedora calidez. El aire estaba lleno de nuevos olores. Bajé la ventanilla del coche y respiré profundamente, como si ese aire pudiera proporcionarme la confirmación de mi propia existencia y, hasta el momento, por inconsciencia, por dejación o por enfermedad, no la hubiera necesitado.

Todavía no conocía el nombre de la mujer. Pensaba en su cuerpo perlado de sudor, haciendo los ejercicios en la máquina, ese cuerpo que se presentía espléndido, rebosante de vida, bajo el brillante maillot negro pegado a su piel. Cuatro hijos, me había dicho, había tenido cuatro hijos muy seguidos, uno detrás de otro –dos niñas, primero, dos niños después–, por eso había decidido operarse, porque con aquel dolor no podía cuidarles. Y a mí, ahora, esos cuatro hijos que habían nacido de su cuerpo y que muy probablemente habrían dejado marcas indelebles en él, me producían una excitación inexplicable. Al marido lo imaginaba muy vagamente y no me interesaba en absoluto. No competía con él, no era mi rival. Pero los hijos, por alguna razón, me inquietaban mucho. No sé si los envidiaba por haber sido parte de ella o me parecían odiosos por haberle quebrantado la salud, o todo a la vez. Sentía celos de ellos y luego, de pronto, imaginé que hubieran podido ser también mis hijos.

Era imposible, por supuesto. Si yo hubiera conocido a esa mujer cuando ella era soltera, probablemente habría pasado de largo a su lado. Habría sido un niño. No se me habría podido ocurrir, en todo caso, casarme con ella. Esa mujer había estado siempre fuera de mi alcance.

Por la noche, me sentía tan excitado que apenas pude dormir. Con los ojos abiertos, tendido sobre la cama, me preguntaba qué llevaría puesto la mujer del centro cuando, desvelada, se refugiaba en la buhardilla. Su cuerpo ya no estaría preso en el tupido maillot negro. Se vislumbraría, blanco y esplendoroso, a través de la delgada tela del camisón. ¿Qué clase de camisón? Esa idea me obsesionó, sentía verdadera necesidad de tocar la tela, seda, batista, satén, telas suaves. No sé por qué, sospeché que no usaba camisón, sino tan sólo una camiseta larga de algodón, algo muy casero, muy usado, y aunque me parecía de peor gusto y lamentaba no poder disfrutar con el tacto de la tela, eso no disminuyó mi excitación, porque dentro de la camiseta estaba el cuerpo: dolorido, puede que marcado por los embarazos y los partos de cuatro hijos, pero un cuerpo magnífico, imbatible. Lo había mirado aquella mañana por primera vez y ya no lo podía apartar de mi cabeza.

Sólo al amanecer me di cuenta de la novedad de esa sensación. Esa clase de emociones habían estado sepultadas durante mucho tiempo, desde el accidente. No las había combatido de manera consciente ni voluntaria, sino que habían ido desapareciendo solas. Lo único que yo había hecho de forma totalmente consciente y voluntaria había sido marcharme de casa de mis padres, una vez que había comprendido que tenía ya que vivir con aquella desesperación, y que sólo si partía de las condiciones que yo mismo me impusiera, obtendría algún tipo de fuerza. Ya no tenía nada que perder, ahora debía concentrar todos mis esfuerzos en mantenerme vivo y vivir entre los demás. El accidente que había partido mi vida me permitía, más bien me empujaba, me obligaba a ser otra persona, mucho más desprendida de los otros y más atada a la tierra, al mundo, a la vez.

Pero no me había dado cuenta de que en ese proceso el universo de las emociones se había ido desvaneciendo y ahora veía cómo esa parte desvanecida, casi muerta, resucitaba. De pronto, me sentía transportado y feliz, pero muy asustado. No me dolía el cuerpo, no me preocupaba ni me pesaba el dolor, sino el corazón, lo que había dentro del corazón, no los músculos, sino la sangre. Literalmente, sentía el fluir de la sangre en el interior de las venas. Me quemaba. Esa mujer, me decía, ¿cómo se llamará?, y veía sus brazos blancos elevándose en el aire, ofreciéndome su cuerpo, mirándome con los ojos azulados, un poco grises, que tanto habían llorado, inundados de luz. ¿Cómo se llamará?, repetía.

Mis conversaciones con Violeta no habían desencadenado esas hirientes fantasías. La miraba con complacencia, porque era una mujer guapa, pero sobre todo la escuchaba. Quería aprender a escuchar. Era mi nuevo reto: ser capaz de escuchar. Absorbía sus palabras y me adentraba con ella en su pasado como si esas historias pudieran sustituir las que yo había dejado atrás y que necesitaba abolir. Su cuerpo era menudo, pero los botines que siempre calzaba la hacían parecer alta, y los colores llamativos de sus faldas y jerséis, y los collares, pendientes, boinas y sombreros que solía llevar hacían que todos la mirásemos. Pero yo nunca había llegado a imaginar su cuerpo desnudo, nunca había sentido el fluir abrasador de la sangre en mis venas como si no se contentara con recorrer mi cuerpo, como si necesitara penetrar, sentirse en el suyo. Ni siquiera cuando sus manos nerviosas me tocaban en uno de los gestos que acompañaban sus palabras o me empujaban levemente, cuando quería manifestar desaprobación o rechazo hacia algo.

La mujer del centro, por el contrario, vestía de forma muy convencional. La había visto alguna vez fuera del edificio, me había cruzado con ella en la entrada del centro –antes de mirarla de verdad–, y si me había llamado la atención por algo, era precisamente por su aire de mujer madura, segura de sí misma, apoyada en gustos bien establecidos y ropa de calidad, indudablemente cara. Sus abrigos, sus chaquetas, los pañuelos al cuello parecían destinados a algo más que a protegerla del frío, eran señales de su complacencia, de su necesidad de bienestar.

La posibilidad de encontrarme con Violeta en las escaleras o en la calle me empujaba, me animaba a iniciar los ritos del día. Había entrado en mi nueva vida y se había convertido en un elemento que servía para mantenerla. En cambio, la mujer del Centro de Rehabilitación, de quien todavía no sabía el nombre, y que tanto me atraía, suponía una amenaza, porque removía emociones que no me podían traer sino desdicha y frustración.

Ella desaparecía de vez en cuando. Eso hacía que me dirigiera al centro lleno de incertidumbre. ¡Qué hiriente fue esa primavera! Aquel despertar me hacía daño, pero ya no podía volver a cerrar los ojos. La calma se había resquebrajado y yo me sentía más débil e indefenso. Ya no era la persona cuyo único objetivo era sobrevivir desde mis limitaciones. Ya no estaba vacío. Repentinamente, estaba lleno de sueños y deseos. Aunque no me permitía soñar despierto, porque si la imagen de la mujer de quien todavía no sabía el nombre me invadía, me sentía demasiado lejos de esa realidad que tanto esfuerzo me estaba costando construir. Si me entregaba a su evocación, si me recreaba en imaginar su cuerpo y dejaba que se disparasen mis fantasías, mis esforzados pasos por el mundo aún me costarían más.

En sueños, en los verdaderos sueños, profundos y nocturnos, la mujer aparecía muy cambiada, casi irreconocible, pero al despertar yo sabía que había soñado con ella. Y sentía el dolor agudo del deseo que imaginaba imposible de realizar, y sólo pedía que ella acudiera al centro ese día. Verla, saludarla, que me dirigiera unas palabras, una mirada, una sonrisa.

Conocí al fin el nombre de la mujer del Centro de Rehabilitación, Teresa. Ella misma me lo dijo cuando volvió a coincidir conmigo en la sala de las máquinas del centro. Cada vez que desaparecía, me invadía el temor de que no volviera nunca más. Sus reapariciones siempre me parecían milagrosas. Unas veces me hablaba y otras no, pero casi siempre me dedicaba un saludo, una mirada que luego yo rememoraba en busca de intensos significados. No me atrevía a decirme a mí mismo que Teresa me trataba de un modo diferente a como trataba a los otros. Por las noches, su imagen se apoderaba de mí y me impedía dormir.

Me asomaba a la ventana y espiaba las ventanas y balcones de las casas de enfrente en busca de una luz cómplice, una indicación de que no estaba completamente solo. Por fortuna, siempre había alguna luz. Ese destello me reconfortaba un poco y durante un rato divagaba sobre esa luz amarillenta, atento a cualquier cambio, a cualquier modulación que pudiera anunciar, ya la desaparición total de la luz, ya, incluso, la aproximación a la ventana de la persona que se cobijaba en esos interiores desconocidos, pálidamente iluminados.

El calor cayó sobre la ciudad como cae siempre sobre la meseta, un calor seco y aplastante. Los ejercicios en el Centro de Rehabilitación resultaban mucho más arduos. El cuerpo, pesado y perezoso, se cansaba enseguida. El sudor corría por la piel. Sólo por las noches se podía respirar. En las ventanas y balcones de las casas se distinguían más luces, gente que no podía dormir. A pesar de la distancia, nos mirábamos, sin lograr saber cómo era el otro, la persona observada. Me daba la impresión de que todos agradecíamos la compañía que nos procurábamos mutuamente sin haberla concertado y sin decirnos nada, porque para que nuestras voces llegaran a los otros hubiéramos debido hablar a gritos. No tenía sentido proclamar a viva voz que aquella noche era muy oscura o que había luna nueva o que corría cierto aire cálido.

Una de esas noches, me cansé de contemplar la calle, las casas de enfrente y el cielo estrellado. Mi desasosiego me impedía permanecer encerrado. Por la mañana, Teresa me había saludado con una sonrisa radiante, llena de vida,

curiosamente vacía de todo dolor. La imaginé desvelada, escuchando música a través de los auriculares, ¿no tendría la tentación de salir también a la calle, como yo?, ¿no podríamos encontrarnos paseando por las calles desiertas y sentarnos después en un banco hasta el amanecer, hasta el fin del mundo? Esa fantasía sustituyó a las que me habían desvelado y que se centraban en el disfrute y posesión de su cuerpo. De repente quise, más aún que la posesión de su cuerpo, poseer su mente, su vida.

En medio del silencio de la casa, se oía de vez en cuando el ruido del ascensor deslizándose con torpeza y estruendo por el hueco de la escalera, llevando en su seno a los trasnochadores. Por mi parte, traté de hacer el menor ruido posible, abrí y cerré la puerta con el mayor cuidado e hice avanzar las muletas por el piso en pequeños pasos, sin movimientos bruscos.

En cuanto llegué al portal, supe que no era el único vecino desvelado. Mientras salvaba el corto tramo de escalera que me separaba del nivel de la calle, no había oído ningún ruido, pero de pronto vi a las perras y a la madre de Violeta delante de mí. Debían de haber bajado en silencio –lo cual era bastante asombroso, dado el jaleo que hacían las perras por el día cada vez que salían de casa– porque yo no las había oído, pero ahora las perras daban brincos alrededor de su dueña, jadeaban, arañaban la puerta con las patas. Ella forcejeaba con la cerradura frente a la puerta cerrada. Antes de que se volviera hacia mí, la saludé y me ofrecí a ayudarla. Examiné su manojito de llaves para comprobar si estaba utilizando la llave correcta.

Se ha equivocado de llave, le dije.

No me extraña, repuso. De noche no veo nada, y no he querido dar la luz.

Al igual que yo, ella –y hasta ese momento también las perras– se deslizaba con cautela por la noche. Ni siquiera había encendido la luz de la escalera.

¿Estaba desvelada?, le pregunté.

Habíamos salido ya a la calle y empezamos a andar juntos. Ella acomodó su paso al mío. Las perras, felices en el barrio desierto, corrían por delante de nosotros.

Voy a la plaza, dijo Dayana, ésta es la mejor hora para sacar de paseo a las perras, durante el día hace demasiado calor y además la plaza está llena de gente. Ahora sólo hay un mendigo que duerme en un banco, es muy cariñoso con ellas –se refería a las perras–, abre los ojos, les dice no sé qué, ellas le lamen las manos y le dejan dormir.

Ya en la plaza, nos sentamos en un banco. En la noche, ese espacio

deshabitado y levemente iluminado resultaba un mundo mucho más misterioso y acogedor que por el día. Los árboles parecían mucho más altos y frondosos, como si, en lugar de haber sido plantados hacía una docena de años, formaran parte de uno de esos parques que se hicieron en siglos pasados y que son el orgullo de las ciudades que los albergan. Era la única plaza del barrio, y en verano las madres con niños pequeños y los ancianos de la vecindad solían disputarse sus bancos a la sombra, pero ahora reinaba el silencio y la calma y una penumbra envolvente y fresca.

Ya ves que no causan el menor problema, me decía Dayana, que seguía hablando de sus perras. Se detienen siempre al borde de la acera y se quedan a la espera de que les haga una señal para cruzar. La verdad es que no las he educado, no ha hecho falta. Se sienten ligadas a mí y me observan, eso es todo.

Yo tenía la sensación de que el sueño que había concebido de salir a la calle y encontrarme con Teresa, por algún extraño azar, se había modificado. Era de noche, estaba sentado en un banco de la plaza y tenía a mi lado a una mujer, aunque esa mujer no fuera la mujer con quien había soñado.

Violeta me ha hablado de ti, dijo Dayana, rompiendo el silencio, pero yo ya me había fijado en ti antes de que ella me dijera nada. No sólo por las muletas, sino por lo joven que eres y, la verdad, porque eres un chico muy guapo, yo ya puedo decir estas cosas, puedo decir lo que quiera, se sonrió, sin mirarme. Desde que has venido a vivir aquí, no has recibido ninguna visita, eso me ha extrañado, ¿no tendrá familia?, me he preguntado. Debe de haber una razón para todo esto, pero no te estoy preguntando nada, aclaró, cada uno organiza su vida como quiere, como puede, y, vista desde fuera, casi cualquier vida parece algo misteriosa, si te hago estos comentarios es para que veas que me he fijado en ti.

Me gustaba estar allí, en aquel sueño desviado. No esperaba nada concreto de esa mujer, sino permanecer a su lado, allí donde estábamos, un rato más, y que ella me contara cosas, como los niños piden a sus madres y nodrizas que les cuenten cuentos.

Me fui entregando a la cadencia de su voz, me sentía mecido por ella. ¿Qué clase de mujer es ésta?, me preguntaba, y me asombraba y me alegraba de haberla encontrado en aquel barrio, en aquel edificio, en aquella noche de verano, toda una cadena hilvanada por el azar. Parecía alguien capaz de dar consejos, alguien a quien contarle que, ahora, mi principal conflicto nacía de mi obsesión por una mujer. Decirle que me había obsesionado por el cuerpo, y

quizá también por el alma, de una mujer que padecía tremendos dolores corporales, y que deseaba, con una intensidad que no recordaba haber conocido cuando mi cuerpo era como el de los demás, sano y fuerte, acariciar y disfrutar el cuerpo de la mujer, poseerlo, a pesar de mi invalidez o discapacidad. Me había hecho el propósito de vivir como un muerto y repentinamente había resucitado, ¿qué podía hacer?, ¿no debiera esforzarme por volver a morir?

No sabía –nadie lo sabía, ni los médicos que me habían atendido– si el accidente me había dejado absolutamente fuera de combate en esa clase de asuntos, si, en suma, no podía ya permitirme el deseo de una mujer porque no podría satisfacerlo nunca. Eran las piernas lo que me fallaba. Uno de los doctores me había prevenido. El problema ya era enteramente mío, podía volver a andar, claro que ayudado de muletas, y podía hacer lo que yo quisiera, siempre que lo quisiera, siempre que me esforzara por hacerlo. Voluntad y deseo, todo dependía de mí. Probablemente, necesitaría la ayuda de un psiquiatra e incluso, había dejado caer, mirándome con cierta prevención, como si sospechara que la palabra que iba a pronunciar no iba a gustarme, de un sexólogo.

Tengo la impresión de que Violeta no ha conocido el amor, dijo de pronto Dayana, como si hubiera adivinado el curso de mis pensamientos y eso la hubiese animado a abordar asuntos íntimos. Eso me parece muy extraño, añadió. Desconozco completamente sus relaciones con los hombres. No sé si el amor es o no es imprescindible en la vida. Violeta está siempre muy ocupada, no puede quedarse un rato quieta, sin hacer nada. Cuando no está en su cuarto, entretenida con la ropa que se trae de la tienda de arreglos, o diseñando trajes, o haciendo collares o probándose cosas, sacando ropa de ese armario tan abarrotado que tiene, está haciendo recados por la calle.

Siempre ha sido así, siguió. Muy curiosa, muy imaginativa. De niña, se inventaba sus propios juegos y podía perfectamente pasar horas y horas jugando sola. Hacía muñecas de papel, recortables, construía casas, murallas, ciudades, con pedazos de viejas cosas inservibles, se echaba al suelo y lo llenaba con todas sus cosas, no tenía ninguna necesidad de salir de casa. Tampoco exigía demasiada atención. Sólo pedía eso, estar ahí, a mi lado. Me asombraba su concentración y me preocupaba un poco, ¿no llegaría el

momento de salir al mundo? No sé hasta qué punto vive aún encerrada en ella misma.

Hubo un momento en que creí que Violeta había dejado de ser una niña, dijo, pero enseguida comprendí que lo que había conseguido era parecer adulta. Seguía siendo niña. Quizá no sea mala solución después de todo, me dije, quizás ella, en este tránsito veloz al que nos lanza la vida, ha alcanzado ya lo que a muchas personas les lleva la vida entera, porque ¿no se trata, finalmente, de conseguir algo de eso, traer al presente los dones que vislumbramos al principio de la vida y que fuimos perdiendo de vista en el camino, esos dones que nos definieron, que eran nuestra identidad?

Una de las perras, la de más edad, cansada de jugar, se había subido al banco, se había tendido junto a su dueña y apoyaba la cabeza en sus rodillas. Dayana la acariciaba como si no se diera cuenta del todo de que la estaba acariciando, su mano se movía sola, como desconectada de su conciencia.

Durante algún tiempo, las personas me deslumbraron, siguió. Muchas personas y muy distintas entre sí, pero que poseían, cada una, una cualidad especial que las hacía admirables. Eran, todas ellas, personas obstinadas, ensimismadas, dotadas de una fuerza o una fe que inútilmente yo buscaba dentro de mí. Si yo no hubiera estado interesada en esa búsqueda, si precisamente no hubiera sido la fuerza o la fe lo que yo echaba de menos en mí, esas personas habrían ocupado un lugar muy distinto en mi vida, ningún lugar, incluso. La fuerza y la fe que poseían esas personas las convertían en objetos de los que yo me quería apoderar.

Esas personas fascinantes poco a poco me dejaban de fascinar, por la simple razón de que siempre hay otra persona que resulta más fascinante que la anterior, y nos causa una gran extrañeza que la primera haya acaparado nuestros sueños. Un día, después de haber sobrevivido a una cadena de fascinaciones, te encuentras en mitad de la calle y no ves nada a tu alrededor, miras y miras y no ves nada. Y miras hacia dentro y tampoco ves mucho. ¿Qué puedes hacer cuando te sucede eso, aparte de desesperarte, de lanzarte de cabeza a quemar la vida?

Pero algo nos empuja, siguió, un impulso, una ambición, algo dentro de nosotros se resiste a morir, y volvemos a mirar hacia dentro, hacia donde nunca encontramos fuerzas ni fe suficientes, pero donde una vez hubo algo, lo

que nos hacía soñar. Repentinamente, eso es lo que nos parece más valioso de todo, mucho más que la obstinación y la fe, que, según hemos podido comprobar, muchas veces ni guardan ni defienden nada. Volvemos entonces a los sueños.

No sé si, finalmente, esto es lo que perseguimos, imponer nuestros sueños a la realidad de los otros, a su mera existencia. Te sientes llena de amor, pero, en determinado momento, todo da la vuelta, y esa persona que te obsesionaba sólo es alguien que puede escucharte y comprenderte, protegerte, y sus sueños empiezan a causarte molestias, te aburren. Ahora lo que queremos es que nos escuche, que nos acompañe, que viva por nosotros las incomodidades de la vida, que se encargue de los trámites. Pero eso, precisamente, es el comienzo del final, suspiró, eso es la muerte, y cuanto antes obtengamos la rendición del otro, antes se acaba todo. Porque con la rendición absoluta del otro se termina el misterio, lo que te empuja hacia él. Hay muertes insoportablemente lentas, muertes que se alargan con exasperante lentitud durante años y al final te matan, se apoderan de ti y te convierten en un ser inhumano, mecánico, que sólo se fija en lo más pequeño, lo más insignificante. Has dejado de amar, has perdido la capacidad de amar.

De repente, lo comprendes, siguió, un día lo ves con reveladora claridad, sabes que en ese empeño por ser protegida lo has perdido todo. Dentro de ti, ya no hay nada que merezca la pena proteger. Si aún tienes fuerzas, das marcha atrás, intentas como sea recuperar lo perdido, lo robado, pero es imposible, porque ni siquiera sabes qué es. No lo recuerdas. Lo único que puede salvarte es la voluntad casi instintiva de volver a vivir.

Si yo no hubiera salido nunca de casa, dijo, si de vez en cuando no me hubiera alejado de los míos y del mundo que me rodeaba, habría sido una persona distinta, incapaz de entender nada, injusta, amargada. Porque lo que no se conoce, esos espacios lejanos habitados por personas que tienen otras costumbres, incluso otra forma de hablar, va adquiriendo, con el tiempo, conforme más nos encerramos en nosotros mismos, proporciones gigantescas, irreales. Lo fundamental es comprobar que esos territorios lejanos, esas personas que casi parecen extranjeras, nos pueden aceptar, comprender y amar tanto o más de lo que nos aceptan, comprenden y aman aquellos a quienes vemos todos los días en casa o cerca de casa. Pero ésta es una conclusión que la vida te proporciona de diferentes formas, añadió. Por muy originales, distintos e incomprensibles que nos podamos sentir o que nos hayamos sentido,

tenemos todos ese fondo de sentimientos y emociones desconcertantes, y todos podemos en algún momento descender a él y ahogarnos.

Me he equivocado muchas veces, prosiguió. Nos duele demasiado equivocarnos, nos avergüenza incluso, porque no es sobre todo una cuestión de orgullo, no, no es eso lo que nos duele y nos avergüenza, sino el saber, el conocer, nuestra torpeza, que no es sino una inclinación natural del espíritu. No nos hemos equivocado de manera accidental. Lo que luego llamamos equivocación, en su momento, nos gustó mucho, nos trastornó. ¿Dónde está la equivocación? Éramos así, por alguna razón no podíamos ser de otro modo, y nuestros gustos, nuestros caprichos, nuestros amores han sido el resultado de lo que hemos sido. De ahí la vergüenza, que es el sentimiento que más daño puede hacernos, más daño que el miedo, porque si hay un sentimiento que está completamente justificado, ése es el miedo, todo el miedo que pasemos es poco, pero la vergüenza es un concepto resbaladizo y suele ser injusta. Nos hace padecer demasiado.

La perra más joven había vuelto ya de sus correrías por la plaza y se había tumbado a nuestros pies. Dayana se levantó y me hizo una indicación vaga con la mano que no supe interpretar, quizá me decía que yo hiciera lo que quisiera, que no tenía que irme con ella, pero la seguí, felizmente inmerso en el grupo de la mujer y las perras, un poco olvidado ya de Teresa y de la inquietud que me había impedido dormir.

Cuando Teresa me sonreía, su rostro se iluminaba de tal modo que, sin ninguna premeditación, siempre sorprendido, me encontraba devolviéndole la sonrisa, entregado. Sus ojos, tan llenos de dolor y de rabia cuando se perdían y miraban hacia dentro, se transformaban e irradiaban toda la luz del mundo cuando me saludaba, cuando me daba simplemente los buenos días.

Yo espiaba la sonrisa que dirigía a los otros, sin acabar de creer que era sólo a mí a quien miraba de esa manera, a quien le ofrecía esa vida anterior de felicidad que había sido interrumpida y que aún guardaba en su interior. Su sonrisa era siempre radiante, sin duda, pero no tan profunda como cuando me miraba a mí, no tan intensa. Yo tenía, además, la sensación de que Teresa cada vez se me acercaba más. Se me acercaba sonriendo y parecía que no iba a detenerse, que iba a chocarse conmigo. Súbitamente, se inmovilizaba, ya muy cerca de mí, casi tocándome, acentuaba la sonrisa y me miraba largamente a los ojos. Luego se dejaba caer con una languidez que parecía casi estudiada sobre un taburete —y era un milagro que no se cayera al suelo— y suspiraba. ¡Llevo tantos días sin dormir!, esto es un infierno...

Todo su rostro tenía entonces aquella expresión de dolor y cansancio, de haberlo perdido todo —¡habiendo poseído tanto y con tanta felicidad!—, que me había llamado la atención la primera vez que la miré de verdad.

¿Y tú?, preguntó de pronto, ¿qué tal duermes?

Me estremecí, quizás en mi cara se reflejó el sobresalto que sentí, ¿cómo podía preguntarme eso?, ¿es que ella lo sabía todo sobre mí?

Mal, dije, sobre todo ahora, con el calor, es imposible dormir.

Era cierto, pero aunque yo hubiera sido una persona que durmiera bien, le habría dicho que dormía mal, para que ella sintiera que estaba a su lado, que la comprendía, y que a partir de ahora, en medio de su desvelo, podía pensar en mí como una compañía lejana pero segura, incondicional.

¿No tomas nada para dormir?, me preguntó, yo he tomado tantas pastillas en mi vida que ya he decidido no tomar nada. No me gusta estar atontada. Empiezas así y acabas metida todo el día en la cama. Pero mi marido no lo entiende. Me dice: Si te duele tanto, ¿por qué no tomas una pastilla?, es

absurdo aguantar el dolor, sufrir no sirve para nada, mira qué cara tienes. ¡Dios mío!, ¿es necesario recordármelo?, ya sé la cara que tengo, en un par de años se me ha caído encima la vida entera, he envejecido de repente, me han salido cientos de arrugas, tengo el pelo espantoso, sin brillo... Pero todo eso, créeme, no me importa en absoluto, me parece lógico, lo acepto, lo que no soporto es el dolor constante, me gustaría que me dijeran si alguien es capaz, objetivamente capaz, de soportar esto, si no preferiría morir a tener que vivir con este suplicio.

Siempre que coincidíamos en la sala de las máquinas o por el pasillo o el vestíbulo del centro, Teresa y yo nos deteníamos para hablar de nuestros insomnios, de esas largas noches de calor en las que ella se subía a la buhardilla para escuchar música a través de los auriculares y yo salía a la calle, donde solía encontrarme con Dayana.

Teresa cada vez se me acercaba más, su sonrisa cada vez se prolongaba más, ya no era sólo al saludarme o al decirme adiós, sino que sonreía mientras hablábamos. A veces su mano se apoyaba en mi brazo y yo sentía el peso de su cuerpo, el calor que emanaba, el suave perfume que la envolvía.

Ayer tuve una discusión enorme con mi marido, me dijo un día, de nuevo los dos solos en la sala de las máquinas, los dos empapados en sudor, presos en los aparatos. Me dio por quejarme, sí, dijo, y eso no hay quien lo soporte, ya lo sé. No puedo hacer ninguna de las tareas de la casa, enseguida me canso, me siento al margen de todos, es como si ya los viera siempre de lejos. ¿Es eso tan difícil de comprender? No me gusta vivir con esta sensación de inutilidad, de no ser necesaria. En realidad, de sobrar. Eso mi marido no lo entiende.

Tengo la impresión, suspiró, de que si no tomo una decisión, se me va a escapar lo que me queda de vida, porque ahora la estoy perdiendo, por mucho que me esfuerce y me aferre a las pocas fuerzas que tengo. Estoy perdiendo mi vida, declaró. ¿Quién valora mis esfuerzos?, ¿existe alguien que me recompense por ellos? Todo lo que se hace por uno mismo, digan lo que digan, busca luego otra cosa, otro destinatario, porque uno mismo no es nada, uno mismo es algo que no merece la pena. Son los otros quienes nos dan la medida

de lo que somos, y por eso yo estoy desapareciendo, porque los otros se han cansado de mí. ¿Qué decisión podría tomar yo ahora? Ya dejé de trabajar, a mí me gustaba ir a la oficina, saludar a mis compañeros de trabajo, hablar de los proyectos. Eso era un estímulo constante, me sentía llena de ideas, me gustaba que me miraran cuando hablaba, que les pareciera bien lo que decía. Pero lo he dejado, no he tenido más remedio, ya no puedo tener un empleo y en casa tampoco puedo hacer ningún trabajo, mis hijos han crecido y no me necesitan tanto, de manera que ahora me encuentro sin ninguna ocupación, cómo iba a imaginarlo.

Lo único que se le ocurre decirme a mi marido es que me ocupe de mí misma, que con eso ya tengo bastante. ¡Vaya solución! Lo que yo quisiera de verdad es no ser yo la que se ocupase todo el rato de mí, a mí no me sale ser así, me gustaría que fuera otra persona quien se encargara de cuidarme. A veces pienso que ése es el fallo, que mi matrimonio ha fracasado, no me resigno a creer que no voy a encontrar a esa persona, alguien que me quisiera más de lo que me quiero yo, que estuviera a mi lado todo el tiempo, alguien en quien ni siquiera hiciera falta pensar, yo ya no quiero pensar. No se trata de algo que me merezca, no quiero medir mis méritos ni los méritos de nadie, pero tengo un sentimiento de injusticia, no sólo por lo que me ha pasado, por la operación y por el dolor, sino por sentir este vacío, esta falta de amor.

Se había acercado tanto a mí, me miraba de una forma tan penetrante, parecía tan poseída por sus primeros sueños, que yo apenas habría tenido que hacer un leve movimiento para rozar con la mía la piel de su cara e incluso besarla, pero en el fondo estaba seguro de que Teresa no me veía a mí, de que no me hablaba a mí. Estaba más sola que yo, quizá porque aún estaba rodeada de quienes en un momento de su vida lo habían significado todo para ella.

Todo eso son sentimientos, le dije, percepciones, todo eso se debe a que no duermes bien, al dolor, entonces se busca una idea salvadora y concluyente, se busca en todos los rincones, pero sin luz, no se puede ver nada en esas condiciones, se tocan las cosas y no se ven, no se sabe cómo son, pueden ser cualquier cosa, algo completamente distinto de lo que se buscaba.

No lo sé, suspiró, me gustaría que alguien me entendiera.

Se separó de mí sin sonreírme, sin mirarme a los ojos, no por timidez, sino invadida por el dolor súbito y profundo, irremediable, de quien acaba de atisbar un final, un íntimo fracaso.

He estado muy ocupada, me dijo Violeta en El Mercurio. Un día llamaron por teléfono a casa para preguntar si sabía si el ático estaba en alquiler. Un señor llamado Piloto, me dijo la voz, le había comentado a él, el propietario de la voz, que creía que sí. El mencionado Piloto le había dicho, también, que llamara a este número de teléfono y preguntara por Dayana o por Violeta. Cualquiera de las dos podría ayudarle. Eran familia de Piloto.

Le expliqué al propietario de la voz que yo era Violeta, precisamente la hija del Piloto, que en realidad se llamaba Eugenio, aunque muchos le llamaban el Piloto. No Piloto, puntalicé, sino el Piloto. Así es, dijo la voz, dándome la razón en ese tono en que se la suele dar a los locos, simplemente para seguir adelante. Le dije que le preguntaría lo del ático a Dayana, que por cierto era mi madre –no consideré necesario añadir que, en consecuencia, era también la mujer de Eugenio–, porque Dayana estaba muy al tanto de la vida de la vecindad y probablemente sabría si los propietarios del ático lo querían alquilar. Pero como Dayana no se encontraba en casa, le dije que llamara más tarde. Yo, desde luego, siguió Violeta, conocía a los propietarios del ático, que viven en el cuarto derecha, y sabía que en ese momento el ático estaba desocupado, pero, naturalmente, no estaba al tanto de sus intenciones. Son, por cierto, una familia numerosa y bastante alborotadora. Mi madre les conoce mucho, así que pensé que ella podría actuar de intermediaria entre ellos y el hombre que me llamaba por teléfono. E inmediatamente me olvidé. Quiero decir que no se lo comenté a mi madre, ni siquiera a mi padre, que era quien había puesto en marcha el asunto.

La verdad es que con mi madre es muy difícil hablar, porque anda siempre de aquí para allá y no se lleva nada bien con el teléfono móvil. No contesta los mensajes ni los responde jamás. Al fin, le pregunté si sabía si el ático estaba en alquiler y ella me dijo que se enteraría, pero lo cierto fue que tardó en enterarse. El hombre me volvió a llamar, ya no sé cuántas veces, como si ese ático fuera para él el lugar más deseable del mundo. Pasados unos días, pude darle buenas noticias. Sí, el ático estaba en alquiler y ya había conseguido, a través de mi madre, el número de teléfono de los del cuarto derecha.

El caso es que los propietarios del ático le pidieron a mi madre el favor de que echara ella una ojeada al ático, que llevaba desocupado todo un año, a ver qué le parecía, porque no sabían lo que podían pedir de alquiler. Tenían la impresión de que el último inquilino había pagado un alquiler muy bajo. Subí con mi madre al ático. Nos encantó. Bajamos luego a decírselo a los propietarios. La verdad es que Sara, la madre de esos niños que están siempre por las escaleras, es una señora muy simpática. Le sugerí alguna que otra mejora para poder pedir un precio más alto. Lo primero de todo, instalar aire acondicionado. Los áticos de Madrid, en verano, sin aire, son inhabitables. Pero el espacio es estupendo, bastante amplio. Todo lo que le dije le pareció muy bien y me pidió que me hiciera cargo de todo porque ellos no tenían tiempo para nada. Su marido, desde luego, no podía ocuparse, ya tenía bastante trabajo, y ella se encontraba desbordada. A la vista estaba, con todos esos niños a su alrededor. Así que me encargué de la instalación del aire acondicionado y de algunas otras cosas. Y ahora voy a encargarme, también, de mostrarle el ático al nuevo inquilino. Siempre me ha gustado la decoración, dijo, así que todo este asunto me ha entretenido mucho. El ático ha quedado genial.

Mi padre, como de costumbre, se ha desentendido completamente de todo, dijo Violeta, mirando hacia la mesa donde el Piloto jugaba al póquer con sus amigos. No ha intervenido ni ha comentado nada. Lo único que ha dicho es que hacía tiempo que no veía a Julio, mi interlocutor, que le parecía que estaba de viaje. Es un hombre que viaja mucho, creo que dijo. Nada más.

Tengo mucha curiosidad por verle, confesó Violeta. Estoy deseando saber qué le parece el ático, ya que ha mostrado tanto interés. Tiene una voz maravillosa. Es una de esas voces que se ven, casi se palpan, una voz que se pone delante de tus ojos y hasta cierto punto puede decirse que se exhibe, que disfruta de sí misma. Es una voz fundamentalmente independiente, una voz que va a lo suyo.

Yo pensaba que Violeta no sabía escuchar, que lo miraba todo sin absorber una sola palabra, pero ahora había sido conquistada por una voz. Sentí celos de aquella voz que se había abierto paso en la vida de Violeta. Y comprendí que nunca me había gustado mi voz, expresaba nerviosismo e inseguridad, como si quisiera alzarse por encima del peso que debía sostener, nunca

liberada de su miedo a caer, a hundirse, a enmudecer. ¡Ojalá mi voz fuera mejor de lo que imaginaba!, deseé, ¡ojalá mi voz sonara en los oídos de los otros mejor de lo que sonaba para mí!

Como Violeta, yo también era experto en voces, yo también sacaba conclusiones cuando escuchaba las voces de los otros, y las analizaba y desmenuzaba, una vez que habían penetrado dentro de mí y se resistían a desaparecer. La voz de Violeta pasaba por las cosas como recogíéndolas, barriéndolas, sin mirarlas demasiado, quizá triturándolas, porque sólo tenía una meta, sólo quería hablar al aire, exponer el montón informe de palabras como una escultura que se fuera moldeando a la vista de todos. La voz de Violeta perseguía un objetivo, no se distraía en lo accesorio.

Así como la de Violeta era, claramente, una voz que perseguía un fin, una voz demoledora, pulverizadora, y por tanto monótona, sin apenas variaciones, la de Teresa no tenía fines claros y cambiaba constantemente. Podía ser una voz alegre, impregnada de aquella vida anterior que se veía con tanta nitidez en su mirada, y podía ser una voz muy triste, quejumbrosa, cuando me relataba el insomnio constante de sus noches, el dolor que la mantenía despierta y para el que no había encontrado remedio, porque se resistía a recurrir a los analgésicos y los calmantes. Era, a veces, cuando sus ojos me penetraban, una voz susurrante, suplicante –mientras yo me estremecía de deseo, porque sabía que me estaba pidiendo algo–, y otras, cuando yo la escuchaba hablar con otras personas, cuando la veía de lejos y sólo me llegaba el sonido y el tono de las palabras, una voz distante y orgullosa, cerrada en sí misma.

Teresa no tenía una sola voz, Teresa era muchas voces al mismo tiempo, y eso era lo que me desconcertaba, porque imaginaba que si yo respondía a una de ellas, Teresa, de pronto, recurriría a otra, y yo no sabría qué hacer.

Siempre me he avergonzado un poco de los hombres que se enamoraban de mí, dijo Dayana. Se me pasaba muy pronto la vanidad que sigue a toda conquista y que te lleva al exhibicionismo. En cuanto veía a ese hombre que decía estar tan enamorado de mí un poco de lejos y rodeado de otros, no acababa de entender cómo había tenido tanta intimidad con él. Trataba de olvidarme, de borrar de la memoria los detalles de esa intimidad, y sólo le miraba a ráfagas, barriendo los resquicios por los que el recuerdo asomaba a sus ojos, barriendo el menor asomo de complicidad entre él y yo.

Tal vez sea por orgullo, por simple orgullo, pero siempre he querido estar por encima de esas complicidades, de esos lazos confusos, increíblemente torpes y vulgares, que se establecen a causa del amor o del deseo. Me he sentido, en el fondo, desligada de todo, aislada, y he atribuido esa sensación a la ambición. Ahora me atrevo a hablar de mi ambición, ahora sé que la ambición lo abarca todo de una forma difusa, como el agua que riega las plantas y penetra en la tierra, humedeciendo las raíces. Allí está la ambición, podría ser, en las raíces, pero ¿quién ve las raíces? A nadie se le ocurre pensar en ellas. Mi ambición no la vio nadie. Todos se creían que no me tomaba en serio nada de lo que hacía, que no me importaba mi carrera de actriz ni, mucho menos, la de cantante. He sido pudorosa, me ha dado mucho miedo mostrar mi ambición.

La mano de Dayana se elevó un poco para señalar, en un gesto vago, los árboles de la plaza, como si esos árboles que en la noche parecían altísimos, tuvieran algo que ver con lo que estaba diciendo.

Me ha gustado mucho actuar, interpretar un papel, dijo, moverme por el escenario. Lo ensayaba muchas veces y siempre me parecía que lo mejoraba, que me estaba acercando a la unión, a la fusión con el personaje. Disfrutaba mucho actuando, pero lo que más me gustaba de todo, lo que me colmaba, era cantar. Estaba segura de tener ese don, el de la voz, susurró Dayana.

Me dije: Ahora debo fijarme bien en su voz, tengo que concentrarme, no en lo que me está diciendo ni en los movimientos de las perras por la plaza o en

cualquier otra cosa que me pueda distraer, sino en la voz pura y simple, tengo que aislarla de todo lo demás.

No era fácil, porque la voz de Dayana era una de esas voces que, mientras se escuchan, se van adentrando suavemente en ti, pero que luego se van, se escapan, y ya no puedes definir las ni imaginarlas. Son voces que tienen un timbre especial, una naturalidad y vivacidad que pertenecen sólo al instante. Encajaba tan bien en el entorno, en la plaza oscura y deshabitada de la noche de verano, que costaba separarla de todo lo demás. Las perras se movían a nuestro alrededor o desaparecían entre los árboles, las manos de Dayana trazaban extraños dibujos en el aire o se posaban sobre la cabeza de las perras. Me asombraba el cuidado con que ella las acariciaba, como si fueran seres muy delicados, e intuí que probablemente Dayana no fuera consciente de él. Así eran sus caricias, sus atenciones. El silencio de la noche guardaba tantos pequeños ruidos, tantas cosas que interpretar, que mi conciencia optaba por abandonarse al todo, a lo general.

He cantado muchos tipos de canciones, dijo, habaneras, boleros, cuplés, rancheras, y cada vez que cantaba sentía que ésa era la canción para la que estaba destinada mi voz, y me emocionaba porque veía, palpaba, esa identidad. Mi voz desaparecía, dejaba que la canción se apoderara de ella. No siempre sucede, algunas veces la voz se queda separada de la canción y eso produce verdadera angustia, la canción parece estar cada vez más lejos, más separada de la voz, y son inútiles todos los esfuerzos, cuanto más se la persigue más se escapa... Entonces hay que hacer como que estás cantando, aunque sospechas que todos se dan cuenta del fallo, de la enorme distancia que hay entre la voz y la canción, pero en el fondo sabes que los que te escuchan están tan interesados como tú en que sigas, en que disimules, porque nadie quiere enfrentarse al fracaso, y si han venido a oírte cantar, van a poner todo de su parte. Lo cierto es que cada vez que me han dado la oportunidad de cantar en público, lo he disfrutado inmensamente. No hay una felicidad mayor que sentir cómo surge la voz desde dentro de ti y se transforma y entra en el núcleo de la canción, se pierde en ella, se confunde con ella.

Ésa ha sido la razón de mi ambición, incluso de mi vanidad. Nunca he tenido miedo de fallar, siempre he confiado en que la transformación ocurriría. Sabía que ése era mi don. He conocido el triunfo, el aplauso general. Han sido muy pocas veces y en todas ellas sentí la misma extrañeza. A pesar de los elogios que me dedicaban, de sus gritos y exclamaciones, de la admiración

que me manifestaban, yo tenía la impresión de que todo aquello era un inmenso error. Mi gran virtud no me pertenecía, no era mía. Consistía precisamente en desaparecer, en eliminarse, y sólo cuando mi voz no era nada conseguía esa belleza especialísima que tenía el poder de conmover. Miraba a las personas que llenaban el camerino con extrañeza, con desconfianza, incluso con rechazo. No sabían nada de mí, decían cosas absurdas, sin sentido. Parecían más seguras y felices que yo. Luego me sobreponía. La vanidad, la satisfacción que produce el triunfo, me iban invadiendo y podía ya aceptar, disfrutando de ellas, las expresiones de admiración que me ofrecían. Pero todo eso se había edificado sobre el vértigo, y aunque yo me olvidara luego de él, allí estaba, al fondo de todo.

Mientras apartaba a la perra más joven de mi muleta, porque ya se había familiarizado con ella y le gustaba mucho mordisquearla, me dije: Sus palabras se confunden con su voz de tal modo que ya es imposible separarlas, otra vez he tratado de aislar la voz y no he podido hacerlo. Me he perdido, desde el primer momento, en la corriente de las palabras, sin poder hacer otra cosa.

La vanidad muere, se esfuma, pero la ambición no, siguió Dayana. Se hace invisible, está en lo más profundo de uno mismo, en lo más oculto. La ambición es el orgullo. Un día te das cuenta de que el orgullo ya no te hace sufrir, todo lo contrario, no sólo te sostiene, como ha hecho siempre, porque ése es el cometido del orgullo, sino que te hace gozar. El gozo es más ligero que la felicidad. Está en la superficie de las cosas, en sus detalles, y cuando lo alcanzamos, no renunciamos al dolor o a la conciencia, sino que nos contentamos con él y no nos proponemos nada más. En el gozo no hay que ahondar, el gozo es sencillo.

Sus manos acariciaban la cabeza de la perra, a la que yo había conseguido alejar de mis muletas y que ahora había cerrado los ojos mientras se dejaba acariciar. Las manos de Dayana eran unas manos de artista, frágiles y delgadas como el gozo.

¿A qué habría recurrido esa mujer en sus noches de gloria para vencer el vértigo, para sepultarlo?, me pregunté. Y pensé en la bebida, el recurso más extendido, el recurso que está más a mano para todos. Busqué en su rostro, en la penumbra de la noche, los rasgos del alcohólico, busqué el olor, me fijé en el casi imperceptible temblor de sus dedos, traté de recordar las confidencias que me había hecho Violeta. Pero sólo cuando hablaba de su

padre mencionaba Violeta el alcohol. Por lo demás, eso era imposible de ocultar. Bastaba ver a Eugenio en la barra de El Mercurio, a cualquier hora del día, siempre con la copa de coñac cerca. Dayana no iba a los bares. Visitaba a su madre y a su suegra, sacaba a las perras a pasear, hablaba con los vecinos. Ésa era su vida externa, la que se desarrollaba a la vista de todos. El vértigo de Dayana, como su ambición, como su orgullo, había sido invisible para los demás.

Conocí a un autor teatral, dijo Dayana, Félix Segura. Me dijo que iba a escribir un monólogo para mí, algo triste y desgarrador, decía, porque así debían ser los monólogos. La gente, cuando va a ver a una persona que actúa sola sobre el escenario, lo que quiere es conmoverse y llorar, sobrecogerse, ¿quién esperaría que alguien en esas condiciones se echase a reír y no parara de hacerlo? Podría reírse un momento, claro, pero enseguida debería recuperar el tono trágico. Cuando uno se ríe a solas transmite una sensación de locura. En cambio, cuando llora a solas produce respeto, porque se palpa el dolor y la reserva. La risa nos causa más extrañeza, más incompreensión, que las lágrimas.

Félix Segura no dejaba de llamarme y de seguirme a todas partes, pero nunca tenía listo el monólogo. Siempre decía que estaba muy avanzado, pero que constantemente le surgían ideas nuevas, conforme más me conocía más cosas se le ocurrían, y quería que el texto fuese muy completo, que pudiera dar cabida a la expresión de toda mi personalidad... Yo ya había empezado a cansarme de él. Segura bebía mucho, no sabía dejar la bebida a tiempo, y acababa diciendo siempre las mismas cosas, se repetía, no paraba de hablar del monólogo que estaba escribiendo y de todo lo que quería incluir en él. Si aún le mantenía cerca de mí era porque en el fondo yo siempre había querido interpretar un monólogo, y me halagaba la idea de que alguien lo escribiera expresamente para mí.

Pero comprendí que Félix Segura nunca terminaría el monólogo, quizá ni siquiera había empezado a escribirlo, seguramente lo utilizaba como excusa para seguirme a todas partes. Me libré de él como pude, porque no es nada fácil librarse de un hombre que te persigue, un hombre que está empeñado en hacer algo para ti, un favor, estos hombres son todos muy parecidos, todos creen que están destinados a salvarte, a ayudarte a hacer algo definitivo, se

sienten responsables de ti y no te dejan ni a sol ni a sombra, pero todo eso no es sino resultado de sus ansias de posesión, su avidez, esta clase de hombres nunca te van a dar nada ni te van a hacer ningún favor, porque lo que de verdad quieren es despojarte de todo, instalarse en tu vida y matar tus ambiciones.

Por desgracia, suspiró, alrededor de las cantantes y de las actrices pulula esta clase de hombres mezquinos y ruines que se hacen pasar por los más generosos y enamorados. Durante cierto tiempo, pueden engañarte un poco, porque todo el mundo –y las cantantes y las actrices más que nadie– sucumbe a los halagos, todo el mundo tiene en algún momento necesidad de ellos, y estos hombres que luego no son nada generosos al principio satisfacen tu vanidad y acabas aficionándote, o al menos acostumbrándote, un poco a ellos.

En cuanto comprendí que el monólogo nunca iba a existir, ya no pude soportar la compañía constante de Félix Segura y nunca más volví a ilusionarme con la idea de interpretar un monólogo.

Dani, mi representante, nunca se lo había llegado a creer. Y desde luego mi amistad con Félix Segura le molestaba. En parte, creo yo, por celos. Era muy posesivo. Cuando éramos estudiantes, habíamos sido muy amigos. Siempre andábamos juntos los tres, Eugenio, Dani y yo. Éramos los más bohemios del grupo, los más aficionados a todas las cosas del arte, la música, sobre todo. Así nos llamaban a los tres, Los Estetas. Luego él se apartó de nosotros y se metió de lleno en el mundo de la música. Cuando reapareció, nos dijo muy en serio a Eugenio y a mí que mi voz tenía muchas posibilidades, que confiásemos en él: tenía muchos contactos, se ocuparía de mi carrera. La verdad es que yo nunca había pensado seriamente en cantar en público. Me gustaba mucho trabajar en el teatro, me entusiasmaban todos esos papeles que me permitían convertirme en otra persona y poner en ellos más pasión de la que ponía en mi propia vida. Y acababa de descubrir mis aptitudes como modelo. Fue un descubrimiento completamente casual. Me lo propuso una amiga, una actriz que se dedicaba fundamentalmente a eso, a posar, porque ella cayó enferma y no podía cumplir sus compromisos. A partir de esa experiencia, me enganché. Me siento cómoda en la desnudez. En cierto modo, cuando los artistas me miraban para absorber todas las líneas y volúmenes de mi cuerpo, sentía que me estaban dando algo, la confirmación de mi belleza, de mi existencia. Mi cuerpo me gustaba y quería que gustara a los demás, pero sólo los artistas son capaces de apreciarlo, por eso puedes mostrarte a ellos sin vergüenza alguna.

Eugenio no lo entendía, pero tampoco lo censuraba abiertamente. Cada uno que haga lo que quiera, ése es su lema. Dani, cuando se enteró de que yo posaba como modelo, se enfadó. Estaba bien que aceptara papeles en el teatro porque saberse mover por el escenario siempre es conveniente, decía, para una cantante. Pero se ganaba muy poco dinero siendo modelo, no podía entender que me gustara posar, eso era una pérdida de tiempo, yo tenía que concentrar todos mis esfuerzos en mi carrera de cantante, decía. La voz era lo más valioso que yo tenía, declaraba muchas veces.

No sé por qué, pero eso me daba rabia. En cierto modo, yo lo sabía y valoraba mi don, mi voz, como un maravilloso regalo, pero me fastidiaba que él lo dijera en ese tono, como conminándome, obligándome a hacer todo lo que él programaba para mí. Además, mostrar mi cuerpo, ser modelo de artista, también me satisfacía mucho. Era otro don, aunque no les gustara –no lo aceptaban– ni a Eugenio ni a Dani, y no quería perderlo.

Lo cierto es que, gracias a Dani, pasé una buena temporada, y en casa no faltaba el dinero. Pero Dani se fue convirtiendo en una persona cada vez más incómoda. Era muy posesivo. Después de las actuaciones, en esas ocasiones en que llegué a palpar el triunfo, Dani se quedaba callado, taciturno. No era lógico que se comportara así, como amigo y como representante tenía que alegrarse del éxito, pero fui comprendiendo que no podía evitarlo, que en el fondo le molestaba mi éxito, sentía celos, no sé si de mí o del triunfo mismo. Empecé a desconfiar de él.

Creo que Dani fue volviéndose celoso de forma inconsciente, enfermiza. Aunque lo que me ofrecía era el triunfo, luego él mismo se resistía. El amor que sentía por mí –y yo creo que sí, que era una emoción muy poderosa– era destructivo. Me impidió el verdadero ascenso, me arrastró por los escenarios y salas de fiestas más apartadas y marginales, me escondió. Es posible que lo hiciera por venganza, porque no podía perdonarme que yo no quisiera dejar a Eugenio por él, pero, a la vez, creo que, de haber cometido yo ese error, esa locura, la de dejarlo todo por él, las cosas no habrían sido muy diferentes, porque estaba lleno de odio y resentimiento, y su obsesión por mí no era, como parecía, amor, sino que llevaba dentro un extraño deseo de verme hundida, alejada de los escenarios y los focos, de los camerinos y los admiradores. De verme a sus pies.

Las manos de Dayana rodearon la cabeza de la perra, se inclinó hacia ella,

como si fuera a besarla. Algo de lo que me acababa de contar, ella sabría por qué, le hacía gracia.

Pero el monólogo, suspiró, era algo que me hubiera gustado. Pensé mucho en él. ¡Ay!, ¡decir unas frases que hicieran llorar y que consolaran a la vez, entregárselas a las personas que miran desde la oscuridad, las personas que desde el escenario no se pueden distinguir porque la luz de los focos envuelve y aísla, pero sentir que están ahí, pendientes de mis palabras, de mis gestos, de todo lo que yo les voy diciendo, recordando, imaginando, saber que me siguen, porque debo conseguir que no se distraigan, debo luchar por mantenerlas a mi lado! Todo eso me parecía fácil, me gustaba tanto la idea que no veía ninguna dificultad, como si fuera la cosa más sencilla del mundo... Tanto he pensado en el monólogo que muchas veces me he encontrado a mí misma hablando un poco en alto, en susurros, recitando, buscando esos momentos de tensión, casi de angustia, que luego desembocan en otros inesperadamente alegres, y me río sola entonces, me río como una loca con esas palabras inventadas por mí, aunque no sea cosa de risa, porque es verdad que los monólogos tienen que ser tristes, casi desesperados, eso es lo que pide el público cuando va a ver interpretar un monólogo, el público quiere llorar, quiere escuchar reproches a la vida, y se queda atónito y desconcertado cuando el actor se ríe solo. Pero yo, que ya no tengo público, puedo reírme todo lo que quiera, no tengo por qué tener en cuenta las expectativas del público, estoy sola y recito esas frases, mis frases, para mí, porque ya no quiero llorar, de ningún modo se me ocurre ya ponerme a hacer reproches a la vida, así que digo cosas tristes, cosas amargas, llenas de solemnidad, cosas graves, trascendentes, y me echo a reír. Me entran ganas de reír.

Restregó su cabeza contra la de la perra. ¿Beberá?, me pregunté de nuevo, aunque era yo quien en ese momento tenía sed, o, mejor dicho, necesidad de alcohol, pero todos los bares de la plaza estaban cerrados, quedaba lejos de allí el barrio de los bares abiertos hasta la madrugada.

Oigo las frases dentro de mí, siguió Dayana, me las sé de memoria, se van encadenando, voy añadiendo cosas, cada vez más cosas, el monólogo crece, es ya inmenso, inacabable, casi infinito. He acabado por ser una actriz estupenda. De nuevo se rió rápida, fugazmente.

El otro día me preguntaron los años que tenía y me equivoqué, dijo. Dije uno de más, ¡uno de más! He perdido la cuenta de los años que tengo, Esteban —era la primera vez que me llamaba por mi nombre o la primera vez que yo lo

escuché y me di cuenta de que lo había pronunciado, y eso me conmovió—, en realidad, me parecen pocos. Creía que una cosa así era algo que se decía por decir o porque daba una idea del estancamiento o la velocidad del tiempo, pero ahora veo que es completamente cierto: en determinado momento, nos olvidamos de la edad.

Cada vez que Teresa se ausentaba durante unos días, me asaltaba el temor de que no fuera a volver nunca al Centro de Rehabilitación y me preguntaba de dónde sacaría yo las fuerzas para ir, porque, sin darme demasiada cuenta, me había ido apoyando en la idea de verla. Por la mañana, me despertaba con la imagen de Teresa en la cabeza y salía de casa empujado por el deseo de encontrarme con ella. Ir al centro no era ya un deber que me hubiera impuesto, sino la meta, el lugar donde se cumpliría mi deseo.

Disfrutaba del corto trayecto de mi casa al centro. No me habría importado que fuera más largo, porque mientras me dirigía, al volante del coche, al encuentro de Teresa, me sentía lleno de felicidad. Y agradecía infinitamente que mi padre hubiera insistido en que tunearan mi coche, adaptándolo a mis nuevas y limitadas condiciones. Para él, había sido un asunto urgente. Ahora yo se lo agradecía. Si, después del accidente, yo hubiera desarrollado fobia a los coches, mi mundo habría quedado reducido de forma dramática.

Después de unos días de ausencia, vi a Teresa en la sala de las máquinas nada más entrar. Se me acercó y me dijo: Voy a separarme de mi marido, hemos llegado a una situación límite. Ni siquiera me importa dejar a mis hijos. Son muy injustos conmigo, sobre todo las niñas. La vida que estoy llevando resulta demasiado dolorosa, dañina. Es un desgarramiento continuo, este dolor, esta impotencia, esta absoluta desgana, y la exigencia, la intolerancia de los otros, mi familia. Probablemente, me quedaré con la casa, eso me dice el abogado, y puedo obtener una pensión. Ya estoy pensando, también, en trabajos que puedo hacer. No fijos, claro, no estoy en condiciones de adquirir ningún compromiso. El dolor supone una limitación tremenda, pero no tengo más remedio que ir con ella por delante, tampoco soy una completa inválida, a veces incluso me encuentro muy bien, estupendamente, a veces me encuentro tan bien que no creo que nadie se pueda sentir tan bien como yo.

Me comprendes, ¿verdad?, dijo, clavando sus ojos en mí. Brillaban con una extraña luz, una luz surgida de las sombras, cercada por ellas, que, más que iluminar las cosas que alumbraba, hacía oscurecer todas las demás.

¿No te ha pasado alguna vez que de pronto, de forma milagrosa,

desaparecen todos los dolores, y ni siquiera sientes el cuerpo?, me preguntó. Casi llegas a flotar... ¡Qué felicidad!, exclamó. Nadie excepto nosotros, los que sufrimos, la puede alcanzar, estoy segura. ¡Y ni eso puedo compartirlo con él! Algunas veces se lo he dicho: Ahora no me duele nada, no sabes la felicidad que siento. Y he alargado la mano para tocarle, para transmitirle mi felicidad, pero él no se ha inmutado, he visto en sus ojos un fondo de dureza terrible, como si hubiera decidido no conmoverse por nada. Su piel no ha respondido tampoco a mi contacto, estaba completamente fría. No soporta esos estados míos de felicidad. Ha llegado a reprochármelos, a decirme: ¿Qué tengo yo que ver con eso?, eso es algo que sólo te concierne a ti.

No puede entender ni tolerar mi dolor, dijo Teresa. Tampoco mi felicidad. Ha hecho todo lo posible para poner a mis hijos, sobre todo a las niñas, contra mí. Ha sido fácil, jugaba con ventaja, está sano, es fuerte, y ahora las niñas dan poco trabajo, ahora da gusto estar con ellas, y ellas, como es natural, rechazan la enfermedad, los niños no quieren saber nada de los enfermos, no quieren sentirse impresionados ni preocupados, y él se ha pasado el tiempo diciéndoles: Pobre mamá, no hay que molestarla, tiene que descansar... ¡Pobre mamá! Nadie puede querer a una pobre mamá, todo el mundo se harta de una pobre mamá.

Después de desahogarse, de arrojar su odio y su despecho fuera de sí, y de revelar, aunque no fuera sino a través de una brecha abierta en el muro que la contenía, esa capacidad para la felicidad que yo le había atribuido nada más conocerla, Teresa no volvió a dirigirme la palabra, ni siquiera me volvió a mirar. Se acomodó en su máquina y se concentró en los ejercicios. No saludó a ninguno de los otros pacientes que llegaron después, aunque todos nos saludaron, porque en el centro saludarnos siempre unos a otros era una norma implícita que nadie osaba quebrantar. Yo les contesté efusivamente, en cierto modo por los dos, y quizás ellos no llegaron a darse cuenta del mutismo de Teresa, porque nunca habían hablado mucho con ella, al menos no delante de mí.

Ha sucedido algo importantísimo, me dije, mientras seguía preso en mi máquina, confundido con ella, incapaz ya de irme de allí, porque ahora tenía el tesoro de las confidencias de Teresa y sentía que era como un maravilloso perfume contenido en un frasco frágil, sumamente delicado, que al menor

movimiento se podía romper. Me sentía eufórico, desbordado. Un poderoso soplo de esperanza acababa de irrumpir en el espacio hasta el momento vacío y solitario de la sala de las máquinas. Por eso pude ser comunicativo con todos los otros enfermos que fueron llegando a lo largo de la mañana, pude ser incluso caluroso, afectuoso con ellos, porque tenía verdadera necesidad de saludar, de pronunciar palabras de bienvenida y recibimiento, palabras inocentes que escondían dentro de ellas aquellas otras que acababa de oír, de recibir, esas palabras llenas de odio, rebeldía y ganas de vivir, que había pronunciado Teresa y que para mí eran esperanzadoras, prometedoras. Me permitían, a partir de ese mismo momento, soñar, avanzar en mis sueños, creer que mis sueños podrían realizarse.

Saludé a todos los pacientes desde mi máquina, que no debía abandonar hasta que sonara la señal, un débil pitido, y que no abandoné hasta algo después de que Teresa dejara la suya. Me miró, antes de irse, casi sin mover los labios, con una mirada fugaz pero intensa, una mirada que no se desdecía de las palabras que había pronunciado hacía un rato, y yo me quedé lleno de agradecimiento, envuelto en una sensación extraordinariamente intensa, porque percibía a mi alrededor la presencia de los otros pacientes y sentía que su compañía silenciosa me estaba diciendo algo, me transmitía apoyo, concordia, armonía.

El mutismo de Teresa, que nos había afectado a todos, dio paso, cuando ella se fue de la sala, a una especie de estallido. Rompimos a hablar casi a la vez, a hacernos confidencias, a contar anécdotas.

Jamás se había hablado tanto en la sala de las máquinas ni en cualquier otra dependencia del Centro de Rehabilitación, todos parecíamos muy alegres, como si también ellos, los otros pacientes, hubieran escuchado las palabras, las quejas, de Teresa. Se contaron muchas cosas aquella mañana, se airearon muchas intimidades, y yo, desde luego, participé en la orgía verbal activamente, hablé como el que más, no sé qué conté, qué experiencias pude relatar, pero creo que allí, en ese momento, no tuve ningún cuidado en vigilar el muro que separaba mi vida actual de la anterior al accidente, me parece que allí todo se volvió a mezclar. El derrumbe de mi propio muro había propiciado la caída de todos los de los otros. Se esfumaron. Volaron. Por eso podíamos hablar de esa separación, porque ya no teníamos que vigilar nada, ahora podíamos mirar hacia atrás con tranquilidad. Decíamos: Así era yo antes de la enfermedad o del accidente, yo iba a tal sitio o a tal otro, hacía esto

o aquello, entonces tenía esas aficiones, esos gustos, esas costumbres, sin embargo ahora, después de la enfermedad o del accidente, he tenido que aficionarme a esto o a aquello, tengo ya esta costumbre, tengo que hacer esto, venir aquí todos los días... Mezclábamos el ahora con el antes, íbamos de un lado a otro de nuestra vida marcada como si todos esos movimientos fueran fáciles, como si pudiéramos efectuarlos con toda naturalidad, pero en aquel estallido había algo de extraordinario, algo que revelaba nuestro asombro.

Podíamos al fin hablar de todo ello y lo hacíamos sin parar, quitándonos la palabra unos a otros, en un tono mucho más alto del normal, gritando casi, rompiendo aquel susurro mortecino de nuestras habituales conversaciones, nuestros lamentos resignados. Si no se nos hubiera podido entender, si sólo se nos hubiera podido ver de lejos, si un hipotético observador hubiera optado por fijarse sólo en el sonido de las palabras, en nuestros gestos, habría podido tener la impresión de que hablábamos de cosas muy alegres, de que estábamos ebrios de alegría, de entusiasmo, de pasión.

Al menos, yo lo hice, durante un rato eterno me liberé de la penumbra y el dolor de mi vida, y vi toda aquella pasión, toda aquella alegría que habitualmente arrastrábamos con temor al fondo de nosotros mismos, que no nos atrevíamos siquiera a atisbarla porque creíamos que ya no teníamos ningún derecho sobre ella. Ciertamente, éramos ya enfermos para siempre, convalecientes para siempre, débiles, maltrechos, insomnes casi todos, quejumbrosos, pero queríamos proclamar nuestra sed de vida, y nos decíamos unos a otros que la vida ya nos había dado algo, que eso no lo podíamos olvidar ni perder, nos mostrábamos unos a otros esos pedazos, esas reservas de vida que ahora veíamos como nunca habíamos visto, y reíamos, gritábamos, estábamos necesitados de estridencia, de barullo, de desbarajuste, queríamos palpar ese desbordamiento de nuestras voces que presagiaba mayores y más profundos estallidos. El pozo, el oscuro y casi vacío pozo por cuyo brocal apenas se vislumbraba el resplandor del agua, estaba ahora lleno, no hacía falta ya asomarse a él, ni siquiera se veía, estábamos todos nadando dentro de aquella piscina enorme que había sepultado los viejos pozos, y nos salpicábamos, flotábamos, empapados de agua limpia y azul, agua transparente, ni fría ni caliente, que daba calor a nuestros cuerpos que, al mismo tiempo, los refrescaba.

Algún día se lo contaré a Teresa, me dije, algún día le hablaré de esta explosión general en el Centro de Rehabilitación que ella, sin saberlo, ha

propiciado, porque esta mañana Teresa irradiaba tanta fuerza y yo me he sentido tan esperanzado y enloquecido, que todo el mundo se ha contagiado, todo el mundo ha intuido que había pasado algo, que podía pasar algo, todo el mundo se ha querido unir a este anuncio, a esta premonición de la vida.

Sin embargo, al día siguiente, Teresa, tras saludarme con una leve sonrisa, no me dirigió la palabra. Parecía abstraída, perdida dentro de sí misma, como si después de verme y haberme saludado hubiese perdido la capacidad de ver, como si sólo hubiera tenido un fogonazo de visión, un relámpago. Era por completo inútil que yo tratara de hablarle, porque no me iba a responder. No respondía a nadie. Estaba lejos y daba la impresión de que su lejanía era irremediable, que estaba incomunicada, encerrada en su mundo, silenciosa, mirando hacia dentro.

Me dije que mis sueños habían sido edificados sobre la nada, que había dado a sus confidencias un significado que estaba lejos de corresponderse con la emoción que me invadía a mí. No me necesitaba en absoluto, no se dirigía a mí con un fin preciso. Sin duda, las veces que me había hablado, que se había desahogado conmigo, habían sido producto de la casualidad. Yo estaba allí, delante de ella, como podía haber estado cualquier otro, cualquier persona, hombre o mujer. No me había hecho sus confidencias a mí, sino que las había lanzado al aire porque ya no le cabían, le estallaban dentro. Me sentía ridículo y avergonzado por haberme hecho ilusiones, por haberme llenado de esperanzas, por comportarme como si el accidente no me hubiera partido la vida y hubiera olvidado que en esta nueva vida en la que yo había conocido a Teresa no cabían estas ilusiones.

Volví a mi renuncia inicial, a la soledad absoluta que había escogido como única forma de mantenerme vivo, separado de todo. He sido débil, me dije. Me había aventurado por un camino equivocado, un camino bordeado de decepciones y sufrimientos. Había saltado una valla prohibida y me había encontrado siguiendo ese camino casi sin advertirlo, no había querido pensar y me había alejado tanto de la razón, que ahora parecía imposible recuperarla. Quizá mi vida se haya acabado aquí, me decía, porque no sé si podré soportar esta desolación. Y recordaba que, al inicio de mi nueva vida, no estaba ni mucho menos así de desolado –no de esta forma tan dolorosa– y eso me asombraba profundamente, me extrañaba, ¿era de verdad yo la misma persona

que, hasta hacía unos meses, con todas sus limitaciones y sufrimientos, se había encontrado repentinamente con fuerzas para vivir en aquella soledad? Aquella soledad era difícil, pero estaba llena de calma. Si no la recupero, no sobreviviré, me dije.

Se me ocurrió lanzarme a la búsqueda de otro Centro de Rehabilitación, en el que jamás tuviera la oportunidad de volver a encontrarme con Teresa, pero carecía de fuerzas. El cuerpo me pesaba terriblemente. Me puse el termómetro. Tenía fiebre. Desde el accidente, esos accesos de fiebre eran frecuentes. Mis defensas estaban muy bajas, me explicó el médico la primera vez que sucedió. La prescripción era reposo. Era fácil seguirla, la cabeza se me caía y lo único que me apetecía era dormir.

Desde mi estado de adormilamiento, imaginaba la sonrisa, la mirada penetrante de Teresa, y aún me estremecía. ¿Podré recuperar la calma?, me preguntaba, angustiado. La incertidumbre y la confusión me habían hecho sufrir, antes del accidente, de forma intensa, desproporcionada. Convertido en un inválido, las reglas de la vida se me mostraban extraordinariamente precisas y, aceptables o no, injustas, incluso crueles, despiadadas, no tenían el peligro de la confusión, sólo se podían interpretar de una manera. El lenguaje era ya transparente.

Es verdad que todas esas reglas me situaban en un plano inferior, desventajoso, respecto a los otros, el mundo compuesto por los seres sanos y autosuficientes. Algunas veces ellos me apartaban de su lado de forma brusca, me evitaban, me rechazaban. Pero las razones, la causa de esos rechazos, estaban a la vista de todos. Yo era un inválido, debía andar con la ayuda de muletas, cualquiera podía palpar las dificultades que tenía para valerme por mí mismo, no se necesitaba pensar nada más sobre mí, se me podía definir de un solo golpe de vista, con una simple ojeada. Esa definición suponía para mí una forma de protección. A mi alrededor, la gente parecía contentarse con ella, no indagaba más.

Colmado de amor y deseo hacia Teresa, la protección había desaparecido y yo volvía a sentirme expuesto a las miradas profundas de extrañeza, a las malinterpretaciones. No había dejado de ser un inválido, pero ya no era únicamente un inválido, un ser que lucha contra las barreras de su invalidez. Me había hecho las ilusiones propias de los seres sanos y autosuficientes. Las barreras, súbitamente, se habían hecho borrosas. En mis sueños, en mis

deseos, no se contaba con ellas. En el mundo de los sueños y las fantasías, se negaba el hecho esencial, primordial, de mi invalidez.

Se me habían agotado las fuerzas. En la confusión yo nunca había encontrado fuerzas. Sabía que la única forma de salir de ese lugar tenebroso en el que me encontraba era remitirme de nuevo a las reglas que habían imperado hasta el momento en mi nueva vida. Lo sabía como una verdad remota que aún no podía delimitar, que se me escapaba, porque la fiebre se había apoderado de mí. Decidía por mí. Uno de esos virus de verano con nostalgia de gripe invernal se apoderó de mí y tuvo que venir mi madre a casa para cuidarme porque la fiebre tardó en bajar.

El director del centro me llamó por teléfono para interesarse por mi salud y decirme que las instalaciones se iban a cerrar durante el mes de agosto. De todos modos, el calor había provocado muchas ausencias. Teresa, por ejemplo, ya se había despedido.

La he perdido, me dije. Soy demasiado débil. He recurrido a la enfermedad para dejarla marchar.

Durante mucho tiempo, me dijo Dayana en la cálida oscuridad de la plaza, yo vivía a la espera de un acontecimiento extraordinario, como si creyera que el mundo estaba en deuda conmigo. No esperaba una cosa concreta, se trataba de algo que ni siquiera era capaz de imaginar. Incluso cuando leía el periódico, buscaba, también, esa noticia, la noticia de lo extraordinario. Parece absurdo, ¿cómo iba a enterarme por el periódico de que me había sucedido algo extraordinario? Pero estas cosas escapan a la lógica. Yo leía el periódico con sumo cuidado, las noticias breves, los anuncios por palabras, ¿buscaba un mensaje cifrado? Cada vez que sonaba el teléfono, me decía: Quizá sea ahora, al fin me lo van a decir, a comunicar.

Parece una locura, siguió Dayana, pero mucho peor es creer que te va a suceder una desgracia y vivir con el alma en vilo. Al menos, si crees que te van a hacer un regalo o que vas a recibir una oferta interesantísima o te van a conceder un premio o que alguien maravilloso, un ser excepcional, se va a enamorar de ti, estás contenta y no miras a todo el mundo con enfado, con mal humor, porque no sabes de dónde te puede venir la buena noticia, tienes que estar un poco atenta, no se te vaya a escapar... A veces te olvidas de que estás esperando algo, es como si te quedaras dormida, pero incluso en el fondo del sueño queda como una pequeña luz, una de esas luces de color verde de las salidas de emergencia, y sabes que las esperanzas no se deben abandonar nunca, que dentro de ti hay algo que permanece vivo, alerta. Luego te despiertas y no puedes recordar qué era lo que habías deseado, lo que esperabas, tienes la sensación de que en el sueño lo sabías, pero se ha esfumado al despertar. Quizás haya sido así, quizás eso es lo que ha sucedido y ésa sea la clave de todo: se soñó la felicidad una vez, y desde entonces se la espera. Es un sueño que jamás desaparece del todo.

Después de cenar, me quedé medio dormida, siguió. De pronto, me desperté con una imagen en la cabeza, Salvador. Había aparecido en el sueño. Hacía mucho que no pensaba en él. Y me ha entrado nostalgia, Dayana sonrió, como burlándose de sí misma.

Cuando he sabido o imaginado que el amor podía estar cerca, siempre,

siempre, recalcó, he dado un paso hacia él. Es algo que estaba en mi naturaleza. El amor me parecía lo más importante de todo. Lo sentía así. Pero con Salvador me pasó todo lo contrario. De Salvador huí.

Posé para él durante dos años, quizá tres. El primer año no sucedió nada. Quiero decir, yo iba a su estudio, me desnudaba, me sentaba en la silla que él había preparado para mí, o seguía cualquier otra indicación suya, concluía el tiempo concertado –dos horas y media, más o menos–, me vestía, cobraba mi paga y me despedía. Yo, desde luego, no me había fijado en él y creo que él, aunque más tarde me dijo lo contrario, tampoco se había fijado en mí. Claro que su caso era muy distinto, porque él era el pintor y yo la modelo, y, naturalmente, tenía que fijarse en mí, pero hay muchas maneras de fijarse en los otros. El acuerdo implícito entre la modelo y el artista, sea hombre o mujer, es que se trata de una relación especial. Hay exhibición, complacencia, disfrute, pero todo ocurre a distancia. El cuerpo que posa ante la mirada del otro sólo quiere ser mirado. En ese mostrarse para ser dibujado y captado está su esencia. La atmósfera que se crea durante el largo rato de la exhibición se desvanece en cuanto la modelo se pone la ropa que antes se quitó. Eso es lo que más me gusta de este trabajo. Los límites, las fronteras.

Cuando el artista miraba mi cuerpo desnudo, más aún, cuando me pedía que adoptara la postura que yo quisiera, me sentía como si estuviera ejecutando yo una obra de arte o como si yo fuera la misma obra de arte. Gracias a su mirada, a su contemplación, a su necesidad de mí, yo me situaba en un lugar de privilegio, era perfectamente libre, me sentía dueña de la luz, en el origen mismo de la luz. Más tarde, otra vez vestida, con el dinero que el artista acababa de pagarme guardado en el bolso, ya no éramos los mismos, ni él ni yo. En realidad, los dos estábamos cansados y nos despedíamos casi con alivio.

Durante muchas sesiones, así fueron las relaciones entre Salvador y yo. Hasta que un día me dijo que le gustaría dibujarme echada sobre una cama. Si a mí no me apetecía, si eso me producía incomodidad, no pasaba nada, lo entendía. Me lo dijo mirándome a los ojos, obligándose a mirarme, para que comprendiera que todo seguía su curso, que no era una petición malintencionada. Puede que me enamorara en ese mismo momento. Percibí una gran timidez en su petición. Y supe que mi cuerpo le gustaba, que se había enamorado de él.

Fueron unas sesiones muy intensas, agotadoras. Los dos sabíamos que

estaba pasando algo, y ninguno de los dos quería ponerlo en peligro. Cada uno cumplía con su parte como si se tratara de una misión sagrada. El tiempo volaba. Nos despedíamos casi sin mirarnos a los ojos, sin tocarnos.

Una noche, después de la sesión, eché a andar por la calle y de pronto sentí una sensación muy extraña. Un olor, creo. Olor a pintura, a disolvente, el olor del estudio de Salvador. Me volví y lo vi. No le pregunté si me había estado siguiendo con premeditación o si se trataba de una casualidad. Me preguntó si quería tomar algo y entramos en un bar. Hablamos, no sé de qué. Pero hablamos mucho. Hablamos y perdimos la noción del tiempo. Fuimos a otro bar, no sé a cuántos bares fuimos. Nos besamos, nos abrazamos. El amanecer nos sorprendió así, en medio de la calle, besándonos.

Me entró un susto de muerte. No había llamado a casa. Me había olvidado por completo de Eugenio, de Violeta, de mi casa, de todo. Había perdido la cabeza.

Cogimos un taxi. Me bajé en la puerta de mi casa. Me despedí de Salvador muy deprisa, casi sin mirarlo, como en las despedidas en la puerta de su estudio.

Me encontré a Violeta sentada en el pasillo, con una manta sobre los hombros. No sé qué años tendría, unos doce, creo. Eugenio estaba profundamente dormido, no se había enterado de mi ausencia, pero Violeta había estado contando las horas, los minutos, diciéndose que por la mañana llamaría a la policía, a los hospitales. Eso me lo dijo luego. Cuando me vio, no dijo nada, no se movió, sólo me miró fijamente, como para asegurarse de que era yo. La abracé y me la llevé a la cama. Nos dormimos abrazadas, pegadas la una a la otra.

Desde ese momento del amanecer en que caí en la cuenta de que no había llamado a casa para dar ninguna excusa de mi retraso, intuí que Salvador y yo no tendríamos otra oportunidad, que ésa había sido nuestra única noche.

Me esforcé por aceptar ese final.

¿Verle de nuevo?, me preguntaba, ¿en qué condiciones?, ¿qué habría que romper y qué habría que construir?, ¿por qué no me llamará él?, me preguntaba, pedía. No le llamé, ni él me llamó a mí.

Mucho más tarde, me encontré casualmente con él. Nos saludamos en medio de la gente. Creí percibir un brillo especial, envolvente, en su mirada, como si en ese mismo momento estuviéramos los dos pensando en los ratos del taller, en aquella larga noche de bar en bar en la que perdimos la noción del tiempo,

en los besos por la calle, en la luz del amanecer sobre nuestras cabezas, ese abrupto final.

Cansa muchísimo no ser sincera, no decir la verdad, dijo Dayana en tono de fatiga, como si lo que me acababa de contar le hubiera producido un cansancio y una melancolía excesivos.

Me retraje en cuanto caí en la cuenta de que muchas de las cosas que decía se acababan volviendo contra mí, siguió. Tuve que guardar en mi interior la sinceridad y la inocencia, pero todo se enrarece dentro de uno mismo y ya no sé si son verdadera sinceridad o verdadera inocencia. En cuanto te retraes para protegerte, dejas de lado tu primera espontaneidad y queda grabada sobre la piel la señal, el sello del miedo. A partir de ahí es difícil que los otros lleguen a conocerte, porque nunca te muestras por entero, ni siquiera a las personas que más aprecias y en las que más confías. No te muestras, el disimulo de ese miedo se convierte en parte de tu identidad.

Con quienes más practicas el disimulo es precisamente con las personas a quienes tienes más cerca, siguió, y así sucede que aquellas personas que podrían conocerte mejor son quienes menos datos han recibido directamente de ti. La mayor parte de tu vida se ha desarrollado entre ellas, pero no te has permitido dar rienda suelta a lo que eres, y un día comprendes que es demasiado tarde, que ni siquiera sabrías hacerlo, porque con ellas ya eres de otra manera, ya eres una persona que disimula. Incluso llegas a intuir que esas personas te habrían aceptado y acogido si te hubieras mostrado y que quizás aún estés a tiempo, pero ya no puedes, has pasado demasiado miedo. Te has ido mostrando a trozos, a fragmentos, han enseñado a unos una cosa y a otros otra, la totalidad te asusta, no puedes abarcarla, no sabes qué forma, qué aspecto tiene. Te gustaría que alguien se encargara de recoger de aquí y de allá todos los pedazos desperdigados y los uniera, casi sin tu ayuda, estando tú absolutamente quieta, porque ya no puedes más, no quieres hacer más. Que juntara los fragmentos como le viniera en gana, eso ya te da casi igual, que lo hiciera a su criterio, puesto que tú ya no quieres esforzarte, lo dejarías todo en sus manos, ése es el ideal, la profunda aspiración.

Queda la esperanza de que ellas, las personas cercanas, intuyan todo eso y, a pesar de tu miedo, que te ha alejado tanto de ellas, te acepten y te den cobijo. Pero estos sentimientos no se expresan, no pueden formularse, permanecen

ocultos por debajo de las miradas que se cruzan, pero son la razón que nos empuja a mirarnos unos a otros con curiosidad, con interés o simpatía, a veces con amor, son la razón de que las miradas y los gestos resulten insuficientes y echemos mano de las palabras siempre confusas, traidoras y también insuficientes. Todo esto que está por debajo y que a veces se intuye es lo que nos mantiene cerca a unos de otros, ¿qué otra cosa podría ser? Lo que vemos, lo que ven, lo que mostramos y nos muestran, está impregnado de temores, esa apariencia no nos expresa.

Entre Eugenio y yo ha habido mucho silencio, dijo, y comprendí que Dayana llevaba un rato hablando de él, sin mencionarlo. Eso me produce mucho dolor, mucha culpabilidad, dijo. Si se lo dijera, se sentiría ofendido. Es él quien debe resolver su vida día a día, minuto a minuto. Éstos son sus principios. Ser libre, no depender de nadie, no culpar, tampoco, a nadie. La culpa es algo que está fuera del individuo. Nace dentro de la comunidad, se desarrolla junto a la idea de autoridad. Y el poder autoritario es el principio de la corrupción, de todos los abusos. Eugenio es fiel a esta doctrina. Nunca me ha hecho una pregunta a la que yo hubiera podido responder con una mentira. O simplemente con el silencio. Pero éste habría sido ya un silencio distinto, indiscutiblemente culpable. El silencio que Eugenio ha instalado entre nosotros es anterior a las preguntas, es un silencio que quiere significar respeto, libertad. Quizá, también, pesimismo, soledad.

¿Te has cruzado alguna vez con él?, me preguntó Violeta, sentados los dos a la barra de El Mercurio, que a primera hora de la mañana estaba casi vacío. En realidad, estaba vacío casi a todas horas, porque, a mediados de septiembre, aún no se había iniciado la rutina del año y parecía que nunca se fuera a reanudar, como si el paréntesis de verano hubiera dado paso a un paréntesis mucho más amplio, un largo período de inactividad general.

Mi padre, dijo Violeta, no me había dicho nada sobre el color de su piel, y aunque la entonación de su voz hacía pensar en lugares cálidos y exóticos, nunca se me pasó por la imaginación que podía ser negro, esas cosas no las piensas, oyes una voz y no le pones cara, te quedas sólo con la voz, la voz lo llena todo, no necesitas nada más. Sabes que hay una persona detrás de la voz, pero lo sabes de una forma vaga, y esa imprecisión no te importa nada, no te incomoda, ni siquiera la percibes como tal porque la voz aún resuena dentro de ti y es tan poderosa que se basta a sí misma, no es una parte, sino el todo.

Sin embargo, añadió, ahora que le conozco, que sé que es negro, alto, delgado, y muy atractivo, me asombra que su imagen se corresponda con tanta perfección con su voz. ¡No podía ser de otra manera! Una voz tan especial, tan excepcional, tenía que provenir de un hombre como él.

Lo único que sabía de él era que se llamaba Julio, siguió Violeta, me lo había dicho por teléfono, el apellido no lo había entendido bien. Cada vez que me llamaba, me decía: Soy Julio, sin añadir ya nunca el apellido. Cuando apareció en la puerta del piso, después de que al fin yo le comunicara que el ático estaba ya disponible y que podía venir a verlo cuando quisiera, y me dijo esas dos palabras, «Soy Julio», me quedé estupefacta. Vi a un hombre alto, casi atlético, increíblemente negro, un hombre sacado de las Olimpiadas o de un equipo de baloncesto de la NBA. ¿Cómo es que mi padre no me lo ha dicho?, me pregunté, una cosa así hay que decirla. Debí de poner una cara muy rara, una cara de sorpresa.

Pero mi padre se había desinteresado por completo del asunto. Le comenté que al fin ese conocido suyo había venido a ver el ático y que se iba a instalar en él inmediatamente, y me miró como si no supiera de qué le estaba hablando.

El negro, le dije, ese hombre a quien le diste nuestro teléfono. Ah, el masajista, dijo, muy bien, me alegro. Añadió que hacía tiempo que no sabía nada de él, que debía de haber estado de viaje, era un hombre que viajaba mucho. Luego se hundió en la lectura del periódico. Ya sabes cómo es mi padre cuando no tiene ganas de hablar.

Pero si mi cara debió de ser de sorpresa, la reacción de las perras aún fue más expresiva. Primero, le ladraron con una intensidad desconocida, como quien está delante de un fenómeno nuevo, pero luego se pegaron a él. Las manos de Julio, inmensas, negrísimas, se hundían en el pelo color canela de las perras, parecían habituadas a acariciar perros y otros animales. A acariciar. Yo también he tenido perros, me dijo, pastores belgas, muy negros, y me miró como si hubiera hecho un chiste, una broma. No dijo: Negros como yo, sino que se quedó con su mirada burlona en el aire, envolviéndome.

El ático le gustó mucho, dijo que nunca hubiera imaginado que fuera a ser tan espacioso, y que estuviera dispuesto y arreglado con tanto gusto. Me miraba, sin dejar nunca de envolverme con su media sonrisa y su atisbo de burla por toda la cara, como si estuviera seguro de que todas las frases que íbamos a pronunciar estarían cargadas de significados, de ambigüedad. No se sabía si su sonrisa nacía de su boca o de sus ojos.

Nada más tomar posesión del ático, se fue de viaje, suspiró Violeta, no dijo adónde, volvió y otra vez se fue, apenas para en casa, no me extraña que no te lo hayas encontrado por la escalera, dijo. Así que desde luego es verdad lo que había comentado mi padre, es un hombre que viaja mucho. Como es masajista, supongo que le contratan para que acompañe en sus viajes a los deportistas. Los buenos masajistas tienen mucho trabajo en el mundo del deporte, siempre se lo he oído decir a mi padre.

El otro día, dijo, me sorprendí pensando en él, ¿cuándo volverá a llamar?, me pregunté. Y caí de golpe en la cuenta de que echaba de menos su voz, su voz ronca, profunda, su deseo de saber si el ático estaba disponible. Ya no me va a llamar más porque ahora vive en la casa. En cierto modo lo sentí, porque antes de que viniera, tenía más contacto con él. Es como si lo hubiera perdido. Leo su nombre en la pantalla de mi teléfono móvil y sé que ya nunca va a aparecer su voz. No tiene por qué llamarme. Una vez que fijamos el precio del alquiler, yo ya me he desentendido del asunto. Mi función ha terminado. Ahora él se entiende directamente con los propietarios.

Violeta terminó su café y se despidió. Tenía trabajo, dijo, debía ir a recoger

ropa a la tienda. Hay gente que en verano saca su ropa del armario y se pone a pensar qué hacer con ella. En septiembre hay muchas bodas y los trajes de las señoras pueden ser ligeros. Me gusta esta clase de arreglos. Son, en general, buenas telas, y, como son trajes para bodas, admiten adornos y fantasías, añadió con satisfacción.

Me quedé mirando, desde mi taburete, los pasos de Violeta por la calle. Feliz ella, que tenía al menos dos ilusiones, el masajista y ropa para arreglar. Feliz ella, sobre todo, por los pasos decididos con los que recorría la calle. Un paso y otro y otro, ¡qué admirable! El solo hecho de poder andar así era un regalo maravilloso.

Un día, hacía meses, se me había ocurrido seguir a Teresa. Al pasar por delante del centro, ya en el coche y en dirección a casa, la había visto, apoyada contra la pared, fumando ávidamente un cigarrillo. Espera a alguien, pensé. Y me dije que, de no estar impedido, la seguiría, averiguaría a quién esperaba. Fantaseé con la idea de aguardar otro día la salida de Teresa, de espiarla, con el coche aparcado en una estrecha calle lateral, y pegarme luego a sus pasos, cuando la vinieran a recoger o quizá se fuera sola, por su cuenta. Saber dónde vivía, ése era el objetivo, tener la posibilidad de volverla a ver si por alguna razón dejaba de acudir al centro y desaparecía de mi vida.

Si supiera dónde vivía Teresa, ahora podría saber si la casa estaba ocupada o vacía, y si Teresa se encontraba en casa, ya fuera porque no se hubiera ido de vacaciones o porque hubiera regresado de ellas, quizás hasta pudiera verla. Me sentía impotente, desligado de ella, sin referencias. Al concluir el verano, yo volvería al centro, sin duda alguna, ésa era mi única oportunidad de volverla a ver, pero ¿y ella?, ¿quién me lo aseguraba? Pudiera ser que nunca, en toda mi vida, volviera a ver a Teresa.

Me pasaba las tardes medio adormilado. El caso es no desfallecer, me decía de vez en cuando, estoy aquí, siempre con el televisor encendido, mientras el mundo sigue su curso ahí fuera, estoy escondido, sí, pero no me he marchado, nadie me ve, nadie sabe cómo transcurre mi vida, pero estoy, estoy.

Ese ser en absoluto invisible que era yo y que los otros rechazaban con más o menos disimulo, a veces sentía dentro de sí un atisbo de rebelión. Me arrastraba, sobrevivía, disimulaba tanto o más que la gente que disimulaba su rechazo hacia mí, me comportaba como si todo esto no me costara nada, como

si lo aceptara, pero a veces sentía arder en mi interior un núcleo oculto que ardía de rabia y de deseo. Me rebelaba contra mis limitaciones, y maldecía mi cuerpo y maldecía, sobre todo, las muletas, pero quería ser amado tal como ahora era. Pensaba en Teresa. Me entraba de pronto la certeza de que ella, una vez concluido el verano, volvería al centro. Lucharía por ella, me decía, quería que ella me amara siendo yo el inválido que era, precisamente porque era inválido.

En esos accesos del deseo, era consciente de que no amaba a Teresa como la hubiera amado antes de accidente. No había amado así a nadie, tampoco a Laura. Era un amor febril, enfermizo, que surgía desde las cicatrices y el dolor, desde mis penosas limitaciones, desde todas mis carencias. No quería renunciar a nada. Quería ser admitido en el mundo de los otros, de los que aman y son amados. Mi exigencia actual, mi necesidad de Teresa, era mayor que todas las obsesiones experimentadas con anterioridad, porque ahora no podía convertir mi obsesión en un amor platónico e imposible, como había podido hacer siempre que había querido antes de sufrir el accidente, ahora no podía conformarme, la renuncia no estaba a mi alcance. El cuerpo me quemaba por dentro y los argumentos de la razón, el vuelo del espíritu, no servían para nada, no se los oía, se habían esfumado. Yo era un cuerpo deforme, imperfecto, inválido, pero estaba lleno de deseo, de exigencias y reclamaciones, era un febril cuerpo imperfecto.

Después de esos accesos de deseo, me quedaba exhausto, vencido.

La gente me cansó, Esteban, dijo Dayana.

Cada vez que Dayana, en el silencio y oscuridad de la plaza, pronunciaba mi nombre, yo sentía una pequeña sacudida en mi interior, como si me estuviera haciendo una llamada especial. Su voz tenía un extraño poder, convertía mi nombre en alguien que me gustaba ser. Yo era ese Esteban al que ella se dirigía. Esa voz me había escogido y se recreaba en esa elección. Hablara de lo que hablara, se estaba dirigiendo a mí, quería recordarlo, dejarlo claro de vez en cuando. Mi papel de receptor, de persona destinada a escucharla, a comprenderla, se revelaba como fundamental. No habría conversación si yo no estuviera allí, a su lado. No existirían sus recuerdos ni sus evocaciones ni esa extraña nostalgia de la vida que se derramaba sobre todo ello y que, sin embargo, no tenía tono de tristeza. Era algo que le pertenecía, no había dejado de existir, aunque existiera en otro tiempo. Puede que algo se hubiera perdido y a Dayana le dolía la pérdida, pero, mientras me hablaba, sus ojos se iluminaban y su voz no se quedaba estancada en los registros tristes. Por unos instantes, la voz parecía abatida, perdida, sin fuerzas, pero enseguida se alzaba, suave pero firmemente, plena, contagiada por los pequeños gozos del presente: los ruidos y olores de la noche de verano, los casi infinitos matices de las sombras y del aire que nos envolvía y acariciaba. La voz la había salvado.

Me cansé de las miradas que me dedicaban, siguió, de los comentarios y consejos que dejaban caer, me cansé de que se comportasen y me trataran como si lo supieran todo de mí, y de sus clasificaciones y sus esquemas. Sobre todo, de sus maquinaciones, porque algunas de las miradas que recibía y de los comentarios que me dedicaban provenían de personas que me hicieron daño, que estaban interesadas, inexplicablemente, en perjudicarme. Nunca lo pude comprender, pero hay personas que se ponen en contra de ti antes incluso de conocerte.

Dani realizó varias maquetas con canciones mías, pero nunca llegué a grabar un disco en solitario. Por una u otra razón nunca ha podido ser, siguió. Empecé a desconfiar de las promesas y proyectos de grabación. Te lo dicen

con mucha solemnidad y convicción, nunca dejan de prometerte que las cosas ahora saldrán bien, que no hay nada que temer. Pero nunca se llegaba al final y decidí cerrarme en banda. Les dije a todos, y más que a nadie a Dani, que no volvieran a hablarme de grabaciones. Curiosamente, no cesaron las ofertas, sino que, según me dijo Dani, aumentaron, a no ser que todo fueran falsedades, porque Dani era perfectamente capaz de inventarse proposiciones y ofertas después de que yo hubiera tomado la decisión de rechazarlas. Llegamos a un punto en el que Dani no me incitaba ni me animaba a aceptar nada. Siempre que me hablaba de nuevas posibilidades, concluía con frases de significado ambiguo. Decía: Bueno, ya sé que todo lo que te diga es inútil, no voy a tratar de convencerte, mira, puede que tengas razón, al fin y al cabo este mundo es una jungla, así que comprendo que te quieras mantener apartada de él.

Esas frases de Dani me producían una gran irritación. Si hubiera podido, me habría gustado grabar un disco sólo para fastidiarle, porque sentía que en el fondo él no quería que yo hiciera ninguna grabación, y que incluso estaba detrás de todos los problemas que surgían y llevaban a las cancelaciones. Hubiera debido cambiar de representante, alejarme de Dani, pero me sentía atrapada, no sabía cómo salir de allí. Las fuerzas me empezaron a fallar, no sabía en quién apoyarme. Fue una época de mucha soledad, de un extraño y constante dolor interno. No quería renunciar a mis sueños y no tuve la energía suficiente como para echar a Dani de mi lado. He sido débil, muy débil, no fui capaz de defenderme, de imponerme, a su debido tiempo. Cuando rompí con Dani, ya era tarde, ya habían cesado las ofertas y todas las proposiciones. Ya me había retirado.

Naturalmente, Eugenio se mantuvo al margen de todo esto. Mis sueños eran cosa mía. Nunca se planteó interferir en ellos.

El tiempo me atrapó, suspiró Dayana.

Pero la nostalgia hace daño, dijo al cabo de un rato. Hace unos años, solía reunirme con unas amigas que aún seguían en el mundo del teatro y del espectáculo. Algunas veces, escuchábamos las maquetas y los discos que unas y otras habíamos grabado. Pero empecé a sentirme ajena a ellas. Me dolía escuchar mi voz allí, mi voz, que ya no tenía un público, y de la que me había sentido siempre tan orgullosa. Mis amigas elogiaban mi voz, desde luego, y se enfadaban conmigo por haber dejado mi carrera de cantante y de actriz. Por

entonces, aún posaba de modelo de vez en cuando. En eso, casi todas eran como Dani. Y como Eugenio. No lo entendían. El público era absolutamente necesario para ellas. Entregarse a una sola persona –porque eso es lo que hace la modelo que posa, entregarse– les parecía un desperdicio. El público ha de ser numeroso.

Cada vez tenía menos cosas que hablar con ellas. Cuando te alejas de alguien, dejas de ser generosa y, sin generosidad, no es posible la amistad. El rato que pasaba con ellas, en lugar de ser placentero, un paréntesis en mis obligaciones, empezó a lastrarme.

Hay un día en el que te sientes cansada y te dices que ya no vas a hacer el esfuerzo de salir de casa para encontrarte con unas personas que te resultan casi indiferentes, que han dejado de pertenecer a tu vida. En el momento en que eso ocurre, ya no puedes volver atrás, no puedes recuperar la personalidad que te llevaba a esos encuentros y esas conversaciones. Prefieres estar sola. Pedirías mucho más de lo que te dan, así que te repliegas. Sucede de forma natural, sin que te lo hayas propuesto. Eso supondría hacer un esfuerzo, y ya no quiero hacer esa clase de esfuerzos.

Aún debo esforzarme algo cuando voy a ver a mi madre o cuando Inés, mi suegra, me llama para que la acompañe a algún sitio o, simplemente, para quejarse. Con esos esfuerzos tengo bastante. A veces les cojo a las dos, a mi madre y a Inés, una manía espantosa. En cierto modo, más a mi madre, porque la conozco más y la he sufrido más. Pero Inés también me irrita mucho. No quisiera acabar como ellas. No sé quién es más egoísta de las dos. A mi madre no se le pasa por la cabeza que yo tenga otra cosa que hacer, creo que está convencida de que pasar las tardes con ellas es mi deber. Va unido a mi condición de hija suya. Nunca me pregunta si echo de menos cantar o actuar. Pero algunas veces le dice a alguien que en la calle se detiene un momento para saludarla: Sí, es mi hija, tiene una voz maravillosa, es cantante.

Cada vez que la escucho decir eso o algo parecido siento un estremecimiento de asombro. Así que mi madre es consciente de eso, me digo. Mi voz es importante para ella. Porque el tono de su voz refleja, cuando lo dice, cierto orgullo, incluso una dosis de emoción, como si también ella hubiera soñado alguna vez con mi triunfo. Entonces pienso que puede producirse un pequeño milagro, que mi madre y yo tenemos algo íntimo y valioso en común, y siento su mano apretando mi brazo y la miro con disimulo, pero no puedo captar la expresión de sus ojos. Ella sigue mirando hacia

adelante, o hacia abajo, hacia el suelo que pisa, para no tropezarse. No vuelve a mencionar mi voz.

Le he ido cogiendo gusto al anonimato, dijo Dayana, después de un silencio. Me siguen doliendo, cuando las recuerdo, las ofensas y pequeñas humillaciones que he padecido, la voluntad que he percibido claramente en algunas personas de hacerme daño, incluso la indiferencia, todo eso no lo puedo olvidar, aunque lo cierto es que cada vez lo recuerdo menos, aunque sepa que sucedió, que sigue estando allí, donde sea, pero muy lejos. Ya no puede hacerme daño, al fin estoy libre de eso, del peligro de que alguien me haga daño. Soy ya una persona distinta, todo eso le hizo daño a la persona que yo era entonces, pero no a la que soy ahora. Incluso tengo la fuerza o la capacidad de proteger, al cabo del tiempo, a la persona que fui, la que sufrió, aunque esto suene un poco absurdo, un poco irreal.

Ya no tengo que vengarme de nada, he dejado la venganza en manos de la vida. No he tenido que tomar ninguna decisión. Ser anónimo significa ser libre. El ser anónimo no está continuamente en el punto de observación de los otros, su vida tiene menos testigos, menos espías. Me ha cansado tanto sentirme objeto de observación que cada vez que caigo en la cuenta de que soy ya una persona absolutamente anónima me invade una sensación de liberación, casi de felicidad.

Teresa no volvió al Centro de Rehabilitación hasta mediados de octubre. Durante el largo tiempo que transcurrió hasta entonces, yo entraba en el centro con la esperanza de encontrarla, al fin, allí. Me costaba aceptar que no fuera a verla nunca más. Nadie la mencionaba. Si había alguien que, como yo, la echaba de menos, callaba. No me sentía muy comunicativo, apenas hablaba con los demás y ellos, como es lógico, actuaban en consecuencia. Fue una larga temporada de silencio, un tiempo monótono, esforzado, sin alicientes.

Mi mirada se encontró con ella nada más entrar en la sala de las máquinas. Estaba pálida, sudorosa, sentada, acomodada en la máquina, como si llevara allí mucho tiempo, como si ese retraso en volver al centro después del verano no significara nada. Retrocedimos de golpe a los primeros días del verano, cuando nos veíamos casi diariamente y nuestras miradas se encontraban, la mía a la constante búsqueda de una señal, la suya, unas veces profunda y cargada de extraños sentidos, otras, opaca, ausente.

La mirada de Teresa se convirtió, unos segundos después de cruzarse con la mía, en una amplia sonrisa. Fue una sonrisa retardada, como si hubiera necesitado mucho tiempo para reconocerse a sí misma.

Durante toda la mañana, estuve aguardando, espiándola. Mientras hablaba con los otros, no dejaba de mirarla y me daba cuenta de que ella se mantenía alejada de todos los demás. Sólo me había sonreído a mí.

Aquella mañana, en contra de lo que había venido sucediendo hasta ese día, todo el mundo hablaba conmigo, como si de pronto hubieran caído en la cuenta de que yo era el confidente o interlocutor ideal. Pero no podía escuchar nada de lo que me decían. Había vislumbrado una remota luz en los ojos de Teresa y presentía que, aun siendo remota, era segura, se iba a ir agrandando y dirigiendo cada vez con mayor visibilidad hacia mí, como la luz de un faro indica a los barcos el punto más avanzado de la costa.

Los ojos de Teresa se posaban de vez en cuando sobre mí, me abarcaban, me envolvían. Percibía el hilo invisible que nos unía dentro del espacio que compartíamos con todos los demás, a través de la corriente de miradas y palabras que recorría el aire.

Estaba dispuesto a seguir a Teresa a donde ella quisiera llevarme. El dolor que presentía –la historia no podía tener un final feliz, en un momento dado yo sería dejado de lado no era un obstáculo sino casi un motivo más para la entrega, ¡sufrir por algo, por alguien! Poder sentir la pasión, la fuerza destructiva, hasta el fondo, y salir, al mismo tiempo, de mí mismo. Quería sufrir por Teresa, para Teresa, quería que me dejara amarla, que me dejara desesperarme. La aventura acabaría, y las aventuras suelen acabar mal, yo seguiría anhelando la historia, exigiendo íntimamente su prolongación, su eternidad. Enloquecería, moriría, pero eso era lo que ahora quería, lo que soñaba. En aquel momento, ante la presencia de Teresa y las miradas que me dirigía, sentí que morir para nada, vivir para nada, era insoportable, la peor de las muertes y la peor de las vidas. El sufrimiento sería inevitable, y estaba dispuesto a aceptar la conclusión de la historia, pero ¡que empezara, Dios mío, que empezara!

Lo único que quiero, me decía, es la conmoción, entrar ahí, en el espacio de la luz, salir de estas tinieblas del mar infinito en el que se pierden los marineros, se desorientan y quedan medio muertos, sin memoria y sin sueños, vacíos de tanto buscar el horizonte y no encontrar nada, ninguna señal.

Todos se fueron marchando, la sala de las máquinas se fue despoblando. Teresa y yo habíamos dejado de mirarnos, no hacía ninguna falta que nos mirásemos, ahora que estábamos solos. Éramos los únicos pobladores de la sala, y casi parecía mentira que durante toda la mañana hubiera cabido alguien más en ella, porque nuestras presencias lo ocupaban todo, desbordaban la sala empequeñecida, opresiva, donde apenas encontrábamos aire que respirar.

Te espero fuera, dijo Teresa al pasar junto a mí, tras detenerse un momento y permanecer un rato eterno callada, como si dudara en pronunciar aquellas palabras que quizá ni siquiera eran necesarias, como si prefiriera que no hiciera falta hablar, pero debió de decirse que yo sí necesitaba sus palabras, y las pronunció despacio para que las entendiera con toda claridad, porque mi turbación exigía mucha claridad por su parte y ella accedió, comprendió que tenía que explicármelo todo, decírmelo todo, las cosas más evidentes, porque yo había soñado demasiado y ya no podía distinguir, no oía bien, no veía bien, estaba lleno de dudas, de inseguridad. Por eso ella dijo «Te espero fuera» tan despacio, después de permanecer un momento eterno inmóvil junto a mí, como si fuera perfectamente consciente de que tenía que disolver mis dudas.

En el bar del extremo de la calle –no en el de enfrente del centro, que ella desechó enseguida probablemente para ocultarnos un poco de las miradas ajenas–, Teresa me dijo que hacía escasos días que vivía sola, por eso no había podido acudir al centro nada más finalizar el verano, había estado muy ocupada organizando los detalles de su nueva vida, ordenando la casa en la que ya no vivían su marido ni sus hijos. Eso le producía una gran extrañeza. Había armarios que estaban casi vacíos. La casa misma olía de otro modo, había otros ruidos, menos ruidos, en suma.

Esas circunstancias eran externas a nosotros, a mí, me dije. Si Teresa y yo estábamos allí, frente a dos copas de vino, separados de nuestros compañeros del centro, hablando como si fuésemos amigos de toda la vida, no era porque hubiera tomado una decisión respecto a mí, sino porque estaba sola y tenía tiempo. Probablemente, no quería regresar tan pronto a la casa vacía. Puede que aquel hilo brillante que yo había creído ver, tendido entre nosotros, invisible para los demás, hubiera sido sólo invención mía, ya que ahora sabía que no era el hilo lo que había ido tirando de nosotros hasta dejarnos tan cerca, frente a frente, en aquel bar del extremo de la calle, sino su disponibilidad, la ruptura con todos los suyos.

Su marido y sus hijos, desconocidos para mí, eran la causa de que ella me hubiera dado, al salir de la sala, esa cita en la puerta del centro. La felicidad que me había dado verla de nuevo, después de tantos días de inútiles esperas, me había hecho desvariar. No podía ahora olvidar lo que yo era, un ser insignificante, peor aún, un inválido, lleno de debilidades y limitaciones e incapaz de olvidarlas o superarlas. Estaba encerrado en ellas.

Pero desde luego no me marché, no me moví un milímetro, clavado al suelo del bar. Estoy aquí con ella, me decía, no importa cómo ni por qué, pero ella me ha escogido entre todos sus conocidos para hablar un rato, puesto que está sola y quizá no quiera regresar tan pronto a su casa, no sé a qué otra persona hubiera podido escoger del Centro de Rehabilitación, ya fuera mujer u hombre. Si, por lo que fuese, yo no hubiera acudido al centro esta mañana, ella, muy probablemente, le habría propuesto a cualquier otra persona ir a tomar algo en este o en cualquier otro bar. El caso, concluí, tratando de infundirme ánimos, es que me ha escogido a mí, si estoy aquí con Teresa es porque ella lo ha querido.

Teresa dijo que le apetecía tomar otra copa de vino y que podríamos sentarnos a una mesa en lugar de estar encaramados en los taburetes de la

barra, y me pareció percibir que, mientras lo proponía, su mirada me evitó de manera voluntaria, como si me estuviera ocultando algo, y eso me llenó de excitación, de esperanza y de miedo de tener esperanza. Quizá sólo quería contarme algo o estaba cansada de estar de pie o quería beber y no le gustaba hacerlo sola. Quizás había desviado la mirada de forma inconsciente, como si de pronto hubiera olvidado que estaba yo, mirándola, absorbiéndola, pendiente de todos sus gestos, de sus palabras y silencios.

Ya me sabía de memoria cómo iba vestida, todos los detalles que componían un atuendo evidentemente estudiado. Desde que habíamos entrado en el bar, había podido observar que Teresa se movía de una forma nueva, mucho más confiada y a la vez más complicada, más elaborada o sofisticada, que en el Centro de Rehabilitación, porque ahora tenía sobre su cuerpo, del que siempre, pese a sus dolencias, se había sentido completamente segura, cálida ropa de otoño y llevaba anillos, pendientes, pulseras, y todo era utilizado para darle más entidad, más relieve. El cuerpo estaba bajo la ropa, protegido por joyas de oro o que parecían de oro, pero no se ocultaba, se mostraba incluso más que cuando llevaba el maillot negro con el que realizaba los ejercicios de rehabilitación en las máquinas.

Era evidente que todos los hombres la miraban, pero a ella eso no le importaba en absoluto, estaba acostumbrada a esas miradas y sabía cómo desenvolverse. No las esquivaba, las recibía con indiferencia y a la vez con cierto consentimiento, como si comprendiera que su cuerpo y sus movimientos y la ropa y las joyas que lo adornaban fueran dignos de ser observados y admirados, porque ella, que era la propietaria de ese cuerpo, y que había empleado una buena porción de tiempo en vestirlo y retocarlo —de hecho, yo la había esperado un buen rato en la puerta del centro, y me asombró verla vestida, peinada, maquillada y perfumada, como si se dirigiera a algún sitio donde fuera preciso ir muy arreglada—, también lo admiraba, se sentía muy satisfecha de que fuera propiedad suya.

Se inclinó hacia mí y me dijo: De repente me ha entrado un hambre espantosa, ¿qué te parece si comemos algo?

Asentí, aunque no sabía si tenía hambre o no. Teresa estudió el menú y luego se estuvo un rato hablando con el camarero preguntándole qué nos recomendaba. Parecía tan dueña de la situación, tan acostumbrada a elegir y mandar, a ser atendida y obedecida, que resultaba casi gratuito preocuparme o pensar en lo que podía suceder, sólo debía dejar mi mente en blanco y dejarme

llevar, porque mi voluntad o mis deseos no tenían allí nada que hacer, sólo los de ella contaban, y parecían lo suficientemente firmes y claros como para poder yo abandonarme a ellos sin más, con confianza o sin ella, con esperanza o con miedo, me dije, y me llevé a los labios la copa de vino y traté de olvidarme de todo.

Teresa sí parecía olvidada, de lo que fuese que tuviera que olvidarse, quizá de que ya vivía sola, y comía y bebía con un apetito y un gusto envidiables, que hubieran debido animarme y que de hecho lo hicieron un poco, porque me sentía, pese a mis propósitos de abandonarme a las circunstancias, amedrentado y cohibido. Pero el vino me ayudaba, y sobre todo me ayudaba ver que ella también se estaba animando, porque su cara había cobrado un resplandor rojizo y los ojos azulados, grisáceos, habían ido adquiriendo más y más profundidad.

¡Qué tristes son los otoños!, dijo. Desde luego la primavera es mi estación preferida, nos hace revivir, como la comida y la bebida, se rió. Pero todos los días tienen su dosis de primavera, ¿no te parece?

Se acodaba en la mesa y apoyaba la cabeza en las manos, escrutándome con unos ojos cada vez más grises e ilimitados.

Es bonito lo que dices, me limité a decirle yo, sin atreverme del todo a perderme en sus ojos.

Es bonito y es verdad, dijo ella, y gracias a estos momentos de primavera vivo yo, los busco y me entrego a ellos, ¿qué otra cosa me mantendría en pie? En el fondo, soy una persona extraordinariamente optimista. Siempre he confiado en la vida, siempre he creído que podía ser feliz y disfrutar de esta vida tan llena de cosas, de sorpresas y secretos que puedo desvelar si me lo propongo. Y muchos regalos, se rió, regalos preparados para mí.

La miré, desconcertado, tembloroso, a la espera de que me dijera algo más, que me diera alguna indicación.

La vida me ha mimado mucho, confesó, por eso me ha costado tanto reponerme después de las operaciones, nunca hubiera imaginado que fuera a ocurrirme esto, vivir condenada a padecer dolor. Eso, poco a poco, te va cambiando, te va haciendo ver las cosas de otra manera, y un día te das cuenta de que ya eres una persona completamente distinta, una persona que no tiene nada que ver con la que has sido. Las cosas, que siempre han sido un poco confusas y poco delimitadas, han quedado al fin absolutamente claras, y te asombra que nadie vea lo que tú ves, o que no sepan que ya lo ves todo claro,

pero luego comprendes que a ellos no les ha sucedido lo que a ti y que no son capaces de ver lo que te ha sucedido, todo sigue como estaba para ellos, pero se han cansado un poco de ti, porque tener una persona que padece dolor a tu lado va socavando la paciencia, y también el amor.

No aman ya como antes. Saben que tú no eres la de antes. En cierto modo, te has convertido en una persona extraordinariamente fuerte, porque alguien que padece dolor de forma continua debe ser muy fuerte, es una persona que ya no pide nada. Ahora exige, lo exige todo, no quedarse fuera de juego, reclama atención absoluta, incondicional, y nunca se da por satisfecha, ya que su cuerpo le dice todo el tiempo que no puede más, que no está a la altura, que no reúne las condiciones necesarias para el juego.

Te dejan de querer, dijo. Nadie te puede querer de esta forma. Yo tampoco lo haría, yo no querría a nadie que me exigiera todo eso, es sobrehumano. Todo esto te sobreviene a la vez, la necesidad de exigir y la certeza de que nadie puede amarte ya, y de golpe, misteriosamente, te recuperas, y te dices que no importa en absoluto, que ya no necesitas el amor y hasta pones en duda que alguien lo necesite. Es así de tajante, de radical, pero en cierto modo supone un alivio.

Hubiera querido preguntarle: ¿Por qué me estás contando todo esto?, ¿sabes o intuyes que he llegado a las mismas conclusiones que tú?, ¿es éste un juego de acertijos, un juego que está a nuestro alcance, al de las personas que ya nos hemos salido del juego general, las personas que padecemos dolor?

Repentinamente, se echó a reír. ¡Cuánto hablo, Dios mío!, exclamó. En ese aspecto, no he cambiado nada, siempre he sido muy habladora, me gusta analizarlo todo, dar vueltas y vueltas a las cosas, y, claro, ahora tengo mucho tiempo, bueno, de eso no me puedo quejar, tengo tiempo para dar y prestar.

Clavó en los míos sus ojos repentinamente oscurecidos, me preguntó: ¿Te apetece tomar una copa en mi casa?

Aunque asentí, no sé si llegué a articular palabra. Claro que me apetecía tomar una copa en casa de Teresa, me apetecía conocer su casa y abandonarme a su juego, cualquiera que éste fuera, me apetecía y tenía un miedo horrible, porque había soñado demasiado con ella. Se lo tengo que decir, me decía, le tengo que aclarar esto, ya que ella está instalada en la claridad y yo también debiera hacerlo. Pero decir ¿qué?, ¿es que sé lo que va a pasar? A lo mejor tomamos una copa, y quizás otra, y ella sigue hablando hasta que le entra el sueño, y entonces me despide o me dice que puedo dormir en el sofá, o a mí

las copas me sientan mal, porque no estoy acostumbrado a beber, no puedo pasar de cierto límite, y ya lo estoy alcanzando, pero iré a su casa y esperaré el momento en que pueda contarle mis sueños, si es que llega.

Vagamente deseé que el tiempo se detuviera, que la historia concluyera así, no saber nunca lo que iba a suceder después. Lo que había recibido de Teresa era ya una culminación.

Tenemos que coger el coche, dijo Teresa. Está aquí al lado, en el aparcamiento. Odio los aparcamientos subterráneos, pero ya sabes cómo es este barrio.

Teresa pisaba el pavimento como si fuera una alfombra, como si se tratara de un desfile de modas y hubiera observadores, admiradores. Todos sus movimientos eran precisos y seguros. Sus gestos salían con toda naturalidad del fondo de sí misma y se dirigían a la galería de espectadores invisibles que la admiraban, que la habían admirado siempre. Ella los llevaba siempre consigo. Yo, su nuevo admirador, estaba atento a todos los detalles y todo me parecía extraordinario: la forma en que se inclinó sobre la cerradura del coche y se metió luego dentro, la seguridad con que las manos sujetaron el volante y ajustaron mínimamente el retrovisor, la suavidad con la que el coche se deslizó por el hormigón y salió del hueco del aparcamiento. Dentro del coche, Teresa aún resultaba más atractiva que fuera.

El foco de la atracción residía en sus ojos, esa mirada que recorría cuanto quedaba a la vista, arrasándolo, abrasándolo, y en los que se adivinaba, dentro del fuego devorador que los animaba, cierta frialdad. Eran unos ojos que no miran por mirar sino para tener, para poseer.

Que haga lo que quiera conmigo, me dije, que me utilice tan sólo de interlocutor y me eche de su casa en cuanto se aburra de mí o se le pase el temor a estar sola. Otra vez se me evaporaron todas las esperanzas, ahora que estaba tan cerca de ella, en el reducido espacio del coche, casi tocándola, más cerca de lo que había estado en el bar y desde luego en el Centro de Rehabilitación, cada uno en nuestra máquina o saludándonos de pie, antes de instalarnos en ellas. Conforme más cerca de ella me encontraba, más lejos quedaban mis fantasías. Ahora las fantasías sobraban, tenía que estar absolutamente concentrado, con todos mis sentidos, en lo que estaba sucediendo, pendiente de ella, de sus mínimos gestos y palabras.

Teresa sacó el codo por la ventanilla abierta y lo dejó allí apoyado como si toda ella se recostara en él. La mano, que ya no sujetaba el volante sino que se quedó colgada como un objeto inútil pero decorativo, adquiriría vida de vez en

cuando para hundirse en las ondas brillantes del pelo que caían sobre su cara y echarlas para atrás, en un gesto algo brusco que hacía pensar que en ese momento lo que ella alejaba de sí misma no era un mechón de pelo, sino algo infinitamente más importante, algo inmaterial y profundo, una amenaza.

Después de uno de esos gestos rápidos y tajantes, Teresa se volvió hacia mí y me sonrió, pero su sonrisa aún me pareció más rápida y más fugaz que el gesto de retirarse el mechón de pelo de la cara, porque había en ella resolución e inquietud, una mezcla de dos sensaciones encontradas, ánimo de seguir adelante y cierta duda, que había que negar, sobre el sentido de ese empeño. Me dije: Está nerviosa, algo puede fallar y no sabe lo que es y tampoco sabe si podrá decírmelo o si yo podré ayudarla.

Mi única determinación era plegarme a todo a lo que indicara o quisiera ella. Por eso, al atisbar su inquietud, la mía se incrementó y estuvo a punto de ahogarme. El esfuerzo por respirar debió de aflorar a mi cara y mi cuerpo se estremeció. Teresa advirtió algo y me miró fugazmente, esta vez sin sonreírme, con una ráfaga de preocupación en la que había también un matiz de irritación, de fastidio.

¿Qué te pasa?, preguntó. Ya estamos muy cerca de casa, añadió inmediatamente, como si no estuviera interesada en la respuesta.

Le dije que padecía cierta claustrofobia, sólo eso, los espacios pequeños y cerrados de repente se estrechaban y me oprimían, había sido sólo un momento, ya se me había pasado.

¡Qué raros somos!, musitó con mucha suavidad, poniéndose de mi parte, dispuesta a ser comprensiva y tolerante. Aquél era su coche y nos dirigíamos hacia su casa, y la mención de mi claustrofobia no debía cobrar un peso excesivo.

Descendimos a otro aparcamiento, esta vez el que correspondía a su vivienda. Vislumbré un edificio bajo –cuatro o cinco plantas– de ladrillo rojo, con las terrazas rebosantes de plantas, e imaginé que en el espacio enmarcado por las casas habría un jardín y una piscina.

A pesar del día típicamente otoñal, de la luz difusa y gris que envolvía la tarde, tuve la visión de Teresa echada en el césped, sobre una toalla grande de color azul, el cuerpo ofreciéndose al sol, el bañador ceñido, el pelo mojado y echado para atrás, los ojos cerrados, y vi la suave sonrisa de su boca que tantas veces yo había besado en mis sueños. La vi a ella, a la mujer del bañador y el cuerpo tendido, con más nitidez que a la mujer que, vestida,

perfectamente peinada y muy perfumada, yo seguía ahora hacia el ascensor, ya que, a pesar de que vivía en el primer piso, en atención a mis muletas, nada más atravesar la puerta del vestíbulo nos dirigimos hacia el ascensor. Ella me miró, o más bien miró mis muletas, y dijo: Cogemos el ascensor, aunque vivo en el primero.

De manera que el trayecto fue corto y no tuve tiempo de seguir pensando en nada, ni en la mujer del bañador que mi imaginación acababa de forjar ni en la mujer que siempre andaba y se movía como si se encontrara en su territorio, como si fuera la propietaria del mundo. Todo le pertenecía, su casa, el trayecto hacia su casa, y todos los mundos por los que decidiera aventurarse.

Ahora sí estábamos ya en su propia casa, o muy cerca, y yo era muy consciente de que éste era su mundo más privado y me sentía cada vez más cohibido. Cuando la vi sacar la llave del bolso, ya frente a la puerta de su piso, cuando se acercó a la cerradura, me pareció que, más que sostener la llave, la empuñaba como si fuese un arma y mi estremecimiento aumentó hasta el punto de que creí que algo –un rayo, un fenómeno natural o incluso sobrenaturalme impediría cruzar el umbral de aquella puerta.

Asombrosamente, nada sucedió, no se escuchó el sonido de ningún trueno, ningún estruendo. Aunque sí, sucedió algo: la intensa percepción de un olor difuso que emanaba de la casa, distinto al que se extendía por la mía, un olor que siempre estaba en Teresa y que se encerraba allí, una mezcla de perfume, de ambientador, de labores domésticas, privadas, un olor que me perturbaba terriblemente, que me anulaba y me incitaba a la vez, porque borraba muchas partes de mi ser y dejaba al descubierto la zona más instintiva, la que reclamaba calor y atención, posesión, satisfacción. Se impuso en mí la necesidad de perderme en ese olor, de pertenecer a él, de confundirme y desaparecer, de ser tragado por ese olor, el olor de Teresa, ahora ya imperante en todo, presente en todos los átomos del aire.

Teresa quiso mostrarme el piso, como si quisiera decirme que todo eso era suyo, parte inseparable de ella. Sobre todo, su cuarto, el dormitorio. Sobre todo, el armario donde guardaba sus pertenencias más queridas, la ropa.

No imaginas todo lo que me gasto en ropa, se rió. Abrió el armario de par en par y me pidió que me acercara para verlo todo de cerca, los trajes

colgados en las perchas, los jerséis doblados en los estantes, los zapatos alineados en el zapatero.

Y éste es mi verdadero tesoro, dijo, empujando hacia fuera el cajón de la ropa interior.

Nos asomamos los dos a él. Yo, profundamente turbado.

¿Te gusta?, me preguntó Teresa, mientras posaba una mano en la delicada ropa de colores pálidos, medio transparentes, que llenaba el cajón. ¿Quieres ver cómo me queda?, preguntó.

Mientras yo afirmaba, con un gesto de la cabeza, porque las palabras se me atascaban en la garganta, ella me guió hasta la cama.

Ponte cómodo, dijo, deja las muletas, no las necesitas para nada. Siéntate, ponte las almohadas detrás de la espalda. Así, dijo, ayudándome.

Yo me sentía expectante y aliviado. Las cosas iban a venir solas, ya seguían un cauce.

Se trataba de esto, me dije, me va a hacer una exhibición. Así como me ha enseñado la casa, va a enseñarme ahora su cuerpo y se va a probar sus conjuntos de lencería para disfrutar ella misma de su cuerpo mientras yo la miro y la deseo.

Desapareció tras una puerta, un vestidor, pensé, o el cuarto de baño, llevando entre sus brazos toda esa ropa que parecía espuma levemente coloreada, esa ropa que acabábamos de admirar, asomados los dos a los cajones del armario.

Me recosté sobre las almohadas, tratando de tranquilizarme, pero ya estaba lleno de deseo, ya me dolía el cuerpo, sobre todo me dolían las cicatrices, las piernas debilitadas e insuficientes. Pero ¡qué clase de dolor!, ¡ojalá fueran así todos los dolores, ojalá pudieran transformarse en esta clase de dolor todos los dolores que roen y martirizan y matan sin dar nada a cambio! Aquel dolor me mantenía en tensión, anhelante, deseando más que nunca la vida, salir de mí mismo para volcarme en otra persona, en otro cuerpo. Me dolía el cuerpo, y mi cuerpo, a la vez, era lo de menos, mi cuerpo no importaba, yo estaba ya despojándome de él, porque el único cuerpo que existía era el de Teresa.

Imaginaba sus movimientos detrás de la puerta. Sabía que se estaba desnudando, que la ropa iría cayendo sobre una banqueta o una silla mientras su cuerpo surgía, entero, sin cortapisas, rotundo, ese cuerpo que se adivinaba cuando Teresa, dentro del ceñido maillot negro, realizaba los ejercicios en el Centro de Rehabilitación. La imaginaba mirándose al espejo, complacida,

antes de ponerse la ropa delicada y mínima que acababa de sacar del armario, y que se volvería a mirar al espejo, ya con la nueva ropa puesta, para estar bien segura, bien satisfecha, del espectáculo que iba a protagonizar.

Apareció Teresa. Vino poco a poco hasta mí y se sentó al borde de la cama. ¿Te gusta?, preguntó, y me cogió una mano y se la llevó al pecho, para que yo acariciara la seda y la piel de los senos contenidos en ella. Guió mi mano en un recorrido por la cintura, las caderas, los muslos. Sonreía con una provocación dulce, pero yo sabía que era una entrega calculada, que yo sólo podía hacer lo que ella me dijera que hiciera.

Esa limitación, ese acuerdo tácito, me gustaba, me sentía bien en ese papel que no pedía otra cosa de mí que no fuera obediencia, sumisión, bastaba con estar atento a sus señales, con interpretar adecuadamente sus gestos, sus palabras, sus suspiros, su mirada.

¿Quién te conoce mejor que yo?, estuve a punto de decirle. Sé lo que este juego significa para ti, sé que necesitas amarte a ti misma y que me has escogido como instrumento porque tienes la seguridad de contar con mi complicidad y con mi apoyo, sabes que estoy dispuesto a amarte de esta manera, de la manera que tú me pidas que te ame. Acepto tu juego, le habría dicho, incluso me gusta el papel que me ofreces, somos dos niños inocentes que se palpan por primera vez, se ríen y son libres.

Teresa se levantó y volvió a esfumarse tras la puerta del vestidor o del cuarto de baño adonde había llevado toda la ropa que me quería mostrar. Apareció con otro modelo, se volvió a sentar a mi lado, guió mi mano por la seda que cubría parte de su cuerpo y por su desnudez. No sé cuántas veces se repitió la escena, no sé cuántas veces acaricié su cuerpo y aquellas telas delicadas que contenían lo que más deseaba yo.

Estoy un poco cansada, dijo, déjame echarme a tu lado.

Qué suave eres, susurró.

Cerré los ojos para no ver a Teresa cuando se fue de nuevo hacia la puerta que tantas veces se la había tragado y me la había devuelto, siempre distinta, siempre para representar la misma escena. Oí el agua de la ducha cayendo sobre la bañera, y era como si cayera sobre mí.

Le pertenezco, me dije, le pertenezco por entero. Yo ya no tengo ninguna importancia, ninguna existencia.

Salió envuelta en un albornoz blanco. Sonreía, satisfecha y remota a la vez. Más tarde, trajo unas tazas de té muy azucarado. Era su forma de dar por concluida mi visita. Me preguntó si quería que me acompañara hasta la calle, donde sería fácil encontrar un taxi. Me lo preguntaba con el albornoz puesto, segura de que me iba a amoldar a sus normas.

Protesté, ¿cómo se le podía ocurrir una cosa así?, yo podía perfectamente buscar un taxi por mi cuenta.

Cuando, tras breves instantes de espera, aparecía Dayana al otro lado de la puerta de su piso, sus labios se curvaban en una sonrisa. Era ella quien me había llamado. Echo de menos nuestras conversaciones nocturnas, me dijo la primera vez que me llamó, ya lejos del verano. Yo también las echaba de menos, le confesé. Afortunadamente, esa tarde no tenía que ir a ver a su madre, además acababa de hablar con Inés, y no se había quejado demasiado, ¿me apetecía tomar un café con ella?

Aquellas llamadas de Dayana empezaron a convertirse en una costumbre, empecé a esperarlas, a contar con ellas.

Dayana me invitaba a pasar y a acomodarme, y luego se iba a la cocina a preparar café. Regresaba enseguida y lo dejaba sobre la mesa, junto a una botella de licor y dos copas pequeñas que sacaba del aparador. Las perras me dedicaban un largo saludo.

A primera hora de la tarde, reinaba en el cuarto luz natural, pero poco a poco la penumbra se iba apoderando de él, y cuando Dayana encendía las luces se producía una gran transformación. Los muebles salían de un misterio y adquirían otro. En la penumbra, eran sombras acogedoras, protectoras. Bañados por la luz eléctrica, eran portadores de la vida familiar, estaban llenos de episodios y recuerdos. Me gustaba estar ahí, rodeado de esos agradables testigos mudos de una vida que se había desarrollado antes de llegar yo a la vecindad y que ahora se estaba haciendo mía poco a poco. Eran distintos a los que poblaban el piso de mis padres. En cierto modo, me gustaban más, irradiaban más calor, más historias. Quizá yo tuviera esa sensación porque esas historias eran ajenas a mí, por eso podía contemplarlas con más curiosidad y con el instintivo propósito de que me ampararan, de que me ayudaran a disfrutar. No había que indagar en ellas ni detenerse en el dolor. Los muebles, los objetos, las alfombras y las cortinas estaban allí para hacer más agradable el rato que pasaba entre ellos. Eran muebles y objetos bonitos que evocaban de forma imprecisa recuerdos agradables.

Dani no hablaba nunca de su mujer, me dijo Dayana, inmersos los dos en la penumbra del cuarto. Nunca la trajo a casa, nadie la conocía. Naturalmente,

sabíamos que estaba casado y que tenía hijos, pero todo eso parecía pertenecer a un mundo muy privado que, evidentemente, quería mantener lejos del nuestro. Nosotros, quiero decir Eugenio, Violeta y yo, alguna vez nos preguntábamos cómo sería esa misteriosa Belén de quien sólo conocíamos el nombre, pero como Dani ya era bastante raro, lo considerábamos, efectivamente, una rareza más.

Y un día la vi a ella, a Belén. No me gustó, era una mujer alta, fuerte, demasiado grande, los rasgos de su cara también eran grandes y pronunciados. Se reía estruendosamente y movía los brazos de la misma forma torpe y exagerada que Dani. En cierto modo, se parecían. Los dos ocupaban mucho espacio. La vi de lejos, a la salida del teatro. Alguien me dijo: Esa mujer es Belén, tu rival. Es la mujer de Dani.

Aquella palabra me hirió. ¿Mi rival?, ¿a quién se le podía ocurrir que yo quisiera competir con la mujer de Dani? Yo no había establecido ninguna lucha con esa mujer, ninguna competición. Dani, por encima de todo, era un recurso para mí. Había aparecido en casa y, en lugar de hablar del pasado y de rememorar los tiempos en que corríamos delante de la policía, fabricábamos bombas caseras y discutíamos sobre Bakunin, nos había dicho que estaba metido en el mundo de la música y que se había acordado de mi voz. Desde luego, era una pena que no la cultivara. ¿No nos habían llamado Los Estetas con cierto menosprecio, sin duda, dentro del grupo por nuestra afición a la música? Todo el mundo sabía que yo tenía una voz fantástica. Lo del teatro estaba bien, pero era poca cosa para mí. No podía desperdiciar esa cualidad. Ahora él tenía muchos contactos, todo iría sobre ruedas. Sólo tenía que ponerme en sus manos. Ni siquiera debes adoptar un nombre artístico, dijo, Dayana suena muy bien.

Creo que esa tarde todos presentimos que nuestras vidas iban a cambiar.

Efectivamente, el orden de la casa –a nuestra manera, habíamos conseguido cierto orden– se desbarató. Mis actuaciones, mis giras, fueron el eje de nuestras vidas. Y Dani formaba parte de ellas. Eugenio lo esquivaba. Cuando coincidían, era Eugenio quien se batía en retirada. Se quedaba callado, casi sin responder a las preguntas u observaciones de Dani, o se iba. El grupo de Los Estetas, evidentemente, se había roto. Dani hizo su aparición en un momento bastante crítico en nuestra relación. A Eugenio no parecía interesarle nada más que lo que se refería al deporte y yo me aburría escuchándole. Venía a casa muy tarde y siempre algo borracho.

A veces, discutíamos sobre Dani. Nos cruzábamos muchos gritos e insultos. No sólo sobre Dani, sino sobre mi carrera y mis ambiciones. Desde la reaparición de Dani, Eugenio se había puesto en mi contra. Hasta el momento, me había apoyado, decía que yo tenía unas dotes espléndidas como actriz, pero ahora todo le parecía mal. No soportaba a Dani. Siempre había sido un presuntuoso, afirmaba, un hombre fatuo, lleno de suficiencia y vanidad. Sólo buscaba su propio provecho, no era de fiar. Finalmente, Eugenio proclamaba: Tu vida es tuya, haz lo que quieras con ella, pero yo me voy a quedar al margen. No quiero saber nada.

Sin embargo, yo me empeñaba en mantener mi relación con Dani a la vista de todos. Prefería que fuera él quien viniera a casa en lugar de acudir yo a su oficina, donde otras personas podían verme y pensar que andaba tras él. Tampoco quería citarme con él en una cafetería o un bar, como hacían otras chicas. En cierto modo, que Dani viniera a casa era para mí una demostración de poder. En casa, me sentía protegida. Dani tenía que saber que yo tenía una familia y que eso era lo más importante para mí. Quería jugar mis bazas con claridad. Incluso más tarde, cuando Dani fue algo más que mi representante, las reglas no cambiaron. Yo necesitaba esa cobertura, no tanto ya de cara a Eugenio, sino ante mí misma. Tenía que decirme que no era cierto que hubiese caído en las redes de Dani, era precisamente lo contrario: él se había enredado en las mías. Cuando venía a casa, esa versión me parecía la verdadera. En muchas otras ocasiones, siempre fuera de casa, por supuesto, las cosas resultaban muy diferentes. No me gustaba cómo trataba a la gente, cómo se pavoneaba de sus méritos y cualidades, cómo alzaba la voz por cualquier motivo.

Yo tenía un confidente, Bernardo Lerma, un chico encantador, que era poeta –aunque de muy pocos versos, eso decía siempre él– y a quien yo le hacía muchas confidencias. Nunca me quedó claro si era homosexual, pero, evidentemente, le gustaban mucho los jóvenes. A él le hablaba del lío en que andaba metida. Por un lado, tenía a Eugenio, a quien a veces no soportaba pero a quien, desde luego, no quería hacer daño. Por otro, estaba Dani, que me ligaba al mundo del espectáculo, al que yo pertenecía, sin duda alguna. Gracias a él tenía siempre trabajo y, precisamente, el trabajo que quería tener. Sólo en la intimidad, Dani ganaba un poco. Hasta cierto punto, podría decirse que era dulce conmigo. Estaba muy enamorado de mí, eso decía, y ciertamente yo podía palparlo. Creo que a Bernardo Lerma fue a la única persona a quien

le hice esa confesión. Había algo en el amor de Dani que me gustaba, su total entrega, el enamoramiento absoluto que me mostraba cuando no había nadie a nuestro alrededor. Le dije a Bernardo que había visto de lejos a Belén, la mujer de Dani, y que había tenido una sensación muy rara, porque era una mujer algo desagradable, no podía precisar por qué, pero el hecho de que Dani y ella estuvieran juntos me echaba para atrás.

Bernardo me escuchaba y me daba consejos. Deja que las cosas se resuelvan por sí mismas, no te compliques la vida, hay que abandonarse un poco, decía. A veces, me acariciaba la mano y la retenía un momento entre las suyas.

Yo también tengo que hacerte una confesión, me dijo un día. Me parece que no te va a gustar.

No se me ocurría qué secreto podía tener Bernardo que pudiera molestarme a mí.

Te conocí a través de Belén, dijo.

Me quedé estupefacta. Resulta que Bernardo había sido muy amigo de Belén. ¿Tan amigo de ella como ahora era mío?, me pregunté, dolida. ¿Sigues siendo amigo suyo?, le pregunté. No, dijo, hace mucho que no la veo. ¿Por qué no me lo dijiste?, ¿por qué me has dejado hablar de Belén, decirte tantas veces que no me gustaba nada, hacerte confidencias sobre Dani?

No lo sé, dijo. No he podido decírtelo. No me atrevía.

¿Habéis sido amigos o muy amigos?, le pregunté. Muy amigos, dijo.

Probablemente, Esteban, dijo Dayana, todo esto te parecerá una tontería, pero no imaginas cómo me afectó. En el mundo en el que yo me movía, las amistades, las traiciones, eran parte fundamental. En ese mundo se vive para eso, para amar y para odiar, los amigos son casi como amantes, las traiciones de la amistad son como las del amor. Me sentí terriblemente sola, traicionada. Yo no era nadie especial, sino una persona más. Alguien agradable, que simplemente se hace querer, pero a quien no se ama con pasión, con incondicionalidad. Me dolió como si me hubieran clavado un puñal en el corazón. Bernardo, además, no supo disculparse.

Dejé de ver a Bernardo Lerma, y muy poco después dejé a Dani. Creo que todo ese asunto tuvo mucho que ver con la decisión de dejarle. Necesitaba claridad.

Estaba llena de rencor hacia Dani, sentía que le había dado mucho más de lo que él me daba. Era lo mismo que me había pasado con Bernardo y,

probablemente, con más personas. Necesitaba salir de ese juego, aunque significara renunciar a mis sueños. Fueron días de mucho silencio y mucho rencor, siguió. Me envolvía una nube de oscuridad. Dani no había hecho más que oscurecer mi voz y mi belleza. Nunca me había sentido así, completamente acabada, sin ningún deseo, agotada.

No le dije nada a Dani, no tenía ninguna necesidad de hablar con él. Las palabras no habían sido nuestro nexo de unión, no había verdadera confianza ni sinceridad alguna entre nosotros, lo que nos unía era una extraña necesidad, distinta para cada uno. En mí, la necesidad de actuar, la ambición a la que me llevaba mi voz, ese triunfo con el que soñaba. En él, la de ejercer control, dominar, anular, porque todo control anula. Si Dani tenía necesidad de dominar y de anular, de imperar sobre otra persona, era, me decía yo, porque no se fiaba de sí mismo. Tenía razón Eugenio: Dani era un ser vacío. A veces, él mismo lo presentía y eso le producía tanto miedo que no quería detenerse, sólo al ejercer dominio sobre alguien se llenaba un poco su vacío.

Me aparté de Dani, al fin. ¡Al fin!, recalcó Dayana. Lo aparté de mí, es mejor expresarlo así, tuve que ir abriendo una brecha entre él y yo. El aire que se respiraba junto a él era denso y vacío a la vez, un aire en el que no había nada. Tuve que empujar, que expulsar a Dani de allí, volver a conquistar ese aire y respirar libremente dentro de él. Dani se dio cuenta enseguida, como si hubiera estado sobre aviso, como si desde mucho antes hubiera tenido esa sospecha y estuviera preparado para ofrecer resistencia. Así que no fue tan fácil, incluso llegué a pensar que me sería totalmente imposible apartar de mi lado a Dani y que su sombra me seguiría hasta el fin de mis días. Si finalmente conseguí que se alejara, fue porque yo me replegué, fui desapareciendo del mundo en el que nos movíamos, buscando territorios dentro de mí misma, creando desde dentro ese aire que quería interponer entre él y yo.

Ése fue el precio que tuve que pagar por prescindir de Dani. Mi retirada, mi renuncia. Sólo así conseguí liberarme de su continua compañía, de su insoportable tutela. Me negué a convertirlo en mi confidente, sabía que no podía entenderme, que no estaba de mi parte, por mucho que lo declarara y pregonara. Dani era en el fondo un enemigo, y por eso me alejé de él.

Los fui enterrando, suspiró Dayana, fui enterrando los sueños, se quedaron cada vez más dentro de mí, más al fondo, sin irse del todo, pero eran sólo para mí. Aún hay algunos días, algunos amaneceres, en los que tengo la sensación de haber soñado con Dani, de haber estado de algún modo ligada con él en los

sueños, y me estremezco y respiro luego con alivio cuando comprendo que sólo han sido sueños y que ya ni siquiera sé si está vivo o todavía deambula por el mundo del espectáculo, alzando la voz, presumiendo de sus méritos, cualidades, virtudes y contactos. Y de su éxito con las mujeres, eso estaba incluido en el lote. Todo desapareció a la vez para mí: Dani y el espectáculo, los camerinos, mis actuaciones, los focos, la maleta siempre abierta sobre la cama, los viajes, los hoteles, las celebraciones y las fiestas.

Pero como todo salió de mi vida a la vez, la sensación de liberación que la ausencia de Dani me proporcionaba, y que al principio me llenó de euforia, poco a poco se fue empalideciendo, alejándose. No me servía de mucho ahora que mi vida se había limitado tanto y a veces me decía que lo que había conseguido con la ayuda de Dani había supuesto, al menos, estar en alguna parte, y quién habría podido negar que, estando allí, no pudiera ocurrir algo que me hiciera abandonar ese territorio, elevarme por encima de él.

Tenía la certeza de que Teresa repetiría el juego. Me volvería a llevar a su casa y se exhibiría ante mí. Cuando ella quisiera, como si hubiéramos hecho un pacto, esos pactos que hacen los niños a escondidas de los mayores o esos tesoros enterrados en secreto al pie de un árbol y que, si fueran descubiertos, sorprenderían por su poco valor, pero que para los niños lo son todo, son como su alma, esas piedras de colores, esas correas rotas, esas cadenas oxidadas. Así serían los ratos que yo compartiría con Teresa, esplendorosos y plenos para nosotros, absurdos o pueriles para otros.

Me sentía ligero e inocente. Los niños hacen eso, me decía, abren la puerta de los cuartos secretos y profanan los lugares sagrados en la oscuridad y en la ausencia de los guardianes, pero lo hacen siempre con inocencia, porque se quieren divertir y se creen con todo el derecho del mundo a ampliar sus territorios, están convencidos de que en el fondo todo les está permitido y que los guardianes son unos impostores, usurpadores y cínicos.

El juego, efectivamente, se repitió. El ritmo de nuestros encuentros lo marcaba Teresa. Había temporadas en las que nos veíamos con mucha frecuencia, otras, llenas de días vacíos, a la espera. Hubo un mes o dos de lluvia constante, algo extraño en los inviernos de Madrid, por lo que la gente no paraba de quejarse, la circulación se hacía más difícil. Los embalses crecían, de acuerdo, pero la vida urbana se hacía muy antipática. A mí me gustaba la lluvia. Salía de casa con más tiempo, en previsión de posibles atascos. El corto recorrido de mi casa al Centro de Rehabilitación se podía alargar. No me importaba. Además, Teresa, cuando llovía, quizá por aburrimiento o por descartar otros planes, me llamaba más, me necesitaba más. Las tardes de lluvia en el cuarto de Teresa me parecían más nuestras que las demás. Pensadas para nosotros.

Eres un soñador, me decía, cada vez que se iniciaba el juego de nuevo, mientras tomaba mi mano y la guiaba por su cuerpo.

He sido un soñador, le decía yo, pero ahora no me atrevo a soñar y por eso no puedo contarte nada, prefiero escucharte, así me hago la ilusión de estar deslizándome por tu vida, de ser un observador de tu vida, porque en la mía ya

no quiero pensar, sólo consiste en obstáculos que tengo que salvar, es una vida material que no puede pensarse, me hundiría si pensara en mi vida.

Qué equivocado estás, me decía Teresa, hablas de pensamientos y reflexiones, hablas de observar y contemplar, pero todo eso no es la vida, la vida es esto, decía, mientras se acariciaba sus hombros desnudos, ¿qué importa lo que eras antes del accidente?, ¿por qué tienes que nombrar el accidente una y otra vez?, ¿por qué necesitas tenerlo tan presente?, ¿por qué estás tan seguro de que los sueños que entonces concebías eran mejores que los que tienes ahora?, ¿no es esto mucho mejor? Somos absolutamente felices, decía, somos tan felices que a veces creo que las paredes de este cuarto van a estallar porque no pueden contener tanta felicidad.

Teresa me contaba anécdotas e historias, recuerdos y fantasías, se reía, se movía, iba en busca de algo de beber o de comer, fumaba un cigarrillo. Me miraba fijamente a los ojos cuando me hablaba de su marido. Me costó separarme de él, decía. Tenía algo que me atraía mucho. Le gustaba mi cuerpo, en cierto modo me miraba y me trataba como si yo estuviera perfectamente sana, como si ignorara que padezco dolor, como si hubiera decidido olvidarlo. A él no le importaba mi felicidad, pero tampoco admitía el dolor. Lo negaba todo. El sólo buscaba placer. Y yo no podía desperdiciar el placer, por fugaz que fuera. Eso era lo que me retenía a su lado, lo que él me daba, una breve y fugaz pero intensa sensación de que yo aún tenía las riendas, aún tenía alguna clase de poder sobre él.

Me gusta el poder, declaraba, sonriendo, ¿a quién no le gusta?, ¿quién quiere ser el último de la fila? Quiero ser la protagonista, que todos los focos se centren en mí, quiero sentirme iluminada y admirada.

Teresa no tiene piedad, me decía yo, podría llegar a ser cruel, sin duda lo es, pero la admiro y la amo a pesar de todo, quién sabe si no la amo precisamente por su capacidad de crueldad y su impudor, quizá sea la única mujer a quien puede amar una persona como yo, un inválido, quizás ésta sea precisamente la mujer que necesito, una persona cruel.

Su exhibicionismo me atraía. El convencimiento que tenía de ser atractiva y deseable parecía indestructible. El dolor que padecía y que muchas veces se reflejaba en su cara, que se volvía más pálida y ojerosa –una cara que,

evidentemente, era la de quien no ha podido descansar durante la noche—, no mermaba mínimamente su seguridad.

Cuando, al margen de nuestros encuentros, la espiaba en el Centro de Rehabilitación, y adivinaba esa mala noche pasada y ese dolor que aún recorría su columna vertebral y se extendía por todas las células de su cuerpo, percibía a la vez el extraño e invisible soporte que la hacía mantenerse erguida y que asomaba a sus ojos grises, azulados, translúcidos, en forma de un brillo casi perverso.

Llegué a sentir el deseo de los otros, unido al mío, indiferenciado del mío, llegué a pensar que todos los hombres del Centro de Rehabilitación se encontraban secretamente con ella, que todos disfrutaban de su cuerpo, que todos alcanzaban la felicidad entre sus brazos. Las miradas de los otros en nada se distinguían de las mías. Y Teresa nos miraba a todos por igual. Unas veces, cuando parecía dolorida y exhausta, miraba de forma velada, muy lejana, como si no quisiera vernos, tan sólo corroborar que estábamos allí, a su alrededor, atentos a cualquier señal. Otras veces, cuando, asombrosamente, no había en su cara ningún rastro de sufrimiento y parecía la mujer más satisfecha y resplandeciente del mundo, una mujer que no hubiera conocido la enfermedad ni la frustración, sus ojos irradiaban una luz que nos envolvía a todos, que nos hacía acercarnos a ella con cualquier excusa, para verla de cerca, alargar incluso la mano y tocarle el brazo o el hombro, para que ella fuera consciente de una forma física, por muy fugaz que fuera el gesto, de su poder de seducción.

Esos días acabábamos formando un grupo a su alrededor, el grupo más alegre del mundo, el más exaltado, y nos costaba separarnos unos de otros, irnos luego cada cual por nuestro lado.

Teresa me hablaba luego de esas miradas, las que los otros le dedicaban. Eran importantes para ella, las había percibido desde la infancia y le habían complacido tanto que, sin necesidad de proponérselo conscientemente, las había ido fomentando, alimentando.

Es como si no tuvieras límites, le dije una vez, todos los demás estamos limitados, aislados dentro de nuestros cuerpos, pero tú vas más allá de ti misma, te entremezclas con los otros y les haces sentir que eres parte de ellos, que te podrían poseer con toda facilidad, aunque nunca retener, desde luego, esos límites tuyos que no se ven son como una nube que de pronto desaparece, y esas miradas que te han atravesado, que te han penetrado sin ningún reparo,

se ven traicionadas, abandonadas, y sus dueños empiezan a comprender que eres la persona más escurridiza que han conocido, y que abandonarás y traicionarás y harás siempre tu entera voluntad, sin tener en absoluto en cuenta a los otros, por mucho que te hayan mirado o se hayan entregado a ti.

Teresa se dejaba caer sobre la cama.

Dices que ya no eres soñador, decía, riéndose, pero mira todo lo que has dicho en un momento, vaya personaje que te has inventado, no estaría mal ser así, aunque suena demasiado complicado, yo no tengo una mente tan perversa, tú sí que eres enrevesado, es como si lo supieras todo de todo el mundo, con las menores señales construyes vidas enteras, ligas un detalle con otro y compones un cuadro, una historia. Sigues siendo un soñador.

Me dije que los sueños que ahora construía ya no eran mis sueños, eran los suyos, los de Teresa. Me dije que había dejado de ser un soñador, porque los soñadores de verdad se sitúan ellos mismos en el centro de los sueños y no se conforman con inventar los sueños de los otros. Los soñadores no se enamoran, no se obsesionan como yo me había obsesionado con Teresa. Los soñadores son inasequibles.

Me he metido en un laberinto, me dijo Violeta, mientras yo sacaba de la nevera un par de cervezas.

Me había pedido cerveza con impaciencia, en el umbral de la puerta de mi piso, tras sobresaltarme con un enérgico timbrazo que respondía, como enseguida supe, a una furiosa desolación.

Desde que oí su voz, me quedé atrapada, no lo pude remediar, confesó, dejándose caer sobre una silla, junto a la mesa de la cocina.

Nunca he sido una perseguidora de hombres, siguió, nunca he ido detrás de ningún hombre. Los hombres, para mí, han sido siempre personas, amigos, nada más, nunca me han parecido extraños o muy diferentes a nosotras, estaban ahí, en todas partes, pero no los he considerado algo especial. No me he roto la cabeza preguntándome cómo eran ni qué querían de mí y tampoco he notado nunca que ellos me miraran como preguntándose algo, así que cuando mis amigas se ponían a hablar de los hombres en general, yo me desinteresaba, me aburría y me marchaba, todas esas frases no significaban nada para mí, si los chicos eran tontos o demasiado listos, si sólo buscaban una cosa, si no querían comprometerse, no lo entendía, la verdad, no sabía de qué estaban hablando.

Tampoco he sido una simple, una inocentona, una de esas chicas que no se enteran de nada y que andan de puntillas por la vida. He conocido a muchos chicos y sabía de qué iba el asunto, lo supe enseguida, no había más que mirar a los animales. He pasado los veranos en el pueblo de mi abuela, la madre de mi padre, especificó, allí estábamos siempre rodeados de animales. A mí, la parte animal de las personas no me asusta, y tampoco le doy tanta importancia. Es así y ya está y no hay que estar todo el día dándole vueltas.

Jamás pensé que me ocurriría, suspiró Violeta, que me pasaría los días y las noches preguntándome exactamente las mismas cosas que se preguntaban mis amigas cuando hablaban de chicos y yo no las entendía. Me creía muy lista, y ya ves, aquí estoy, perpleja, dándoles la razón a ellas, que me parecían estúpidas, aquí estoy, dándome con la cabeza contra el muro, como ellas, porque estas preguntas no se pueden contestar, son enigmas, misterios, y cada

uno les encuentra la explicación que quiere, cada uno se las arregla como puede.

Darí­a lo que fuera por no sentirme así. Me gustarí­a que alguien me hiciera un conjuro y me curase, porque esto es una enfermedad. ¿No ves la cara que tengo?, ¿te das cuenta de que parezco vieja, consumida? De repente, han caído sobre mí muchos años, siglos, siento una carga insoportable sobre los hombros, sobre el corazón, un peso que se ha instalado dentro de mí.

Me ha desbaratado por completo, me ha trastornado este hombre imprevisible que vive justo encima de nuestro piso, en el ático que arreglé y decoré yo misma, antes de verle, cuando sólo lo conocí­a por la voz. Se pasa muchos días sin venir ni a dormir.

Un día, me decidí­ a subir. Podí­a preguntarle cómo se encontraba en el edificio, si le gustaba el barrio. Simple hospitalidad. A fin de cuentas, yo me había encargado de cerrar el trato. Julio no se asombró de mi visita. Me recibió con mucha amabilidad, me hizo sentar en el sillón de mimbre que yo misma había fregado y barnizado, me preparó té, me contó muchas cosas. Al final, me dijo: Espero que subas más veces, todas las que quieras. Su mano se había posado sobre mi hombro y sus ojos me atravesaron. Estuve a punto de volver a entrar en el ático, pero me di la vuelta y bajé a casa.

Al día siguiente subí de nuevo. Y al otro, y al otro. Siempre que está aquí, subo a verle. Me siento en el sillón de mimbre y le escucho y le miro, porque él se pasea mientras habla, quizá para que yo pueda verle mejor, da vueltas por el cuarto como si fuera un actor que estuviera interpretando una obra de teatro, hace pausas, se detiene un momento de espaldas a mí, como si de repente se hubiera quedado en el vacío, con la cabeza hacia abajo, el cuello inclinado, la espalda un poco encogida, como concentrándose en algún recuerdo, un dato que se le ha escapado, y de pronto se vuelve con la cara iluminada, las manos hacia adelante, casi en un paso de baile. Parece mentira que le salga todo tan natural, es como si lo hubiera ensayado muchas veces, todos esos golpes de efecto.

No puedes imaginar todos los matices que tiene su voz ni los cambios que experimenta. Sigo sus movimientos con toda mi atención, me dejo conducir por el laberinto que se va dibujando, muchos laberintos a la vez, el laberinto de su voz y el de sus pasos, y le miro y le miro y tengo la sensación de que unos hilos invisibles me están atando al sillón, y creo que él ve muy bien los hilos, porque su mirada va más allá de las cosas y de las personas, lo penetra

y lo adivina todo, y de pronto ya no tengo ningún deseo de quejarme de sus ausencias, de preguntarle qué es lo que hace cuando se va, de reprocharle las desapariciones sin despedidas, ya todo me da igual, y sólo espero el momento en que él se acerque para desenredar los hilos que me han ido atando al sillón, para dibujar sobre mi cuerpo unos trazos que me irán transformando en otra, en una persona desconocida, sólo atenta a los suaves movimientos y los recorridos de sus manos oscuras y largas, al rumor de esa voz que ya está casi al límite de la disolución y que escucho dentro de mi cuerpo, como si saliera de mí. Al fin su voz me pertenece, y tampoco importa lo que dice, ya no le escucho bien ni retengo cada palabra, sólo estoy atenta a la forma en que fluye, apoderándose de todo el espacio, inundando el vacío, acabando con la nada, con la soledad.

Me vienen a la cabeza aquellos comentarios de mis amigas, y veo que tienen razón, que no sé nada de Julio, sólo sé que huye, que estoy en sus manos, y que me toma y me deja cuando quiere, sin dejarme adivinar sus planes, sin darme nunca la más mínima esperanza de poderle entender. Y puede que todos los hombres que mis amigas conocieron hubieran sido como él, ellas lo supieron ver enseguida mientras yo tenía los ojos cerrados, no me fijaba en nada, no se me ocurría pensar. Ojalá pudiera retroceder y rescatar aquel tiempo, ojalá nunca me hubiera quedado tan apegada a su voz, enganchada a ella, aun antes de conocerle. Ha sido como entrar en un mundo donde todo estaba previsto, donde mi voluntad y mis deseos ya se habían establecido y no dependían de mí. Eso que llaman destino y en lo que jamás había creído me ha envuelto, me ha arrollado. Es insoportable vivir así, nadie puede vivir así, es un estado de indefensión total, un sentimiento constante de pérdida, de extrañamiento.

No he comido nada en todo el día, dijo, con la mirada perdida, me siento mal.

Ha sido la cerveza, dije, sólo es eso, échate un poco en mi cama, yo te ayudaré.

Me quedé mirándola un buen rato. Ordené con mis dedos su pelo rojo alborotado. Estaba muy pálida, no llevaba maquillaje, ni siquiera se había pintado los labios, tan aficionada como era a los tonos morados, oscuros y a los rojos intensos.

En aquel momento, la amaba. Era un amor dulce, plácido, que no me

desgarraba, que me hacía sentirme como un dios benévolo y compasivo. Volví a pasar mis dedos por su pelo rojo y sedoso, esos mechones irregularmente cortados que ahora caían hacia atrás, dejando su frente despejada, su rostro de facciones pequeñas y delicadas al descubierto.

A veces, uno se siente unido al poder que mueve el mundo, y todo parece fácil o bueno, todo tiene un sentido preciso, reconfortante. Mientras Violeta dormía en mi cuarto, echada sobre mi cama, yo divagaba en el cuarto de estar, guardián de sus sueños, y mis pensamientos estaban impregnados de paz y de optimismo, como si súbitamente hubiera visto mi lugar en el mundo y me gustara. El frío del exterior no llegaba hasta nosotros, como si estuviéramos en uno de esos refugios de montaña que aparecen en las películas y se convierten en símbolo de lo más íntimo y acogedor. El frío, las ventiscas, las tormentas, quedaban fuera, al otro lado de los muros del edificio. Mientras la tarde se oscurecía, cada vez parecía menos deseable estar en la calle, en medio de la soledad, el viento, la inclemencia.

Mi deseo de Teresa, en aquel momento, no me causaba dolor. Teresa era ya parte de mí, no podía imaginar cómo sería la vida si desaparecía. Pero si desaparece, me dije en aquel momento de armonía, si desaparece, no me dejará en el vacío, ya me ha dado algo para siempre, ya sé lo concreta que puede ser la vida, ya he palpado la felicidad de la pura concreción, tan pura que parece crueldad o inocencia. Si Teresa desaparece, aun cuando luego yo no fuera capaz de acercarme de nuevo con tanta naturalidad a la vida material, limitada y feliz, haber podido ser tan natural y dichoso como ella me habrá cambiado, se quedará dentro de mí para siempre.

Mientras Violeta descansaba en mi cama, me sentía protegido de la decepción y de la angustia. ¿Es tan importante proteger?, me pregunté, porque velar el sueño de Violeta, haberla escuchado, haberla arropado con la manta de cachemir que mi madre me había regalado, el haber pasado mis dedos por sus mechones rojizos, me daba una tranquilidad infinita, la tranquilidad que debe de sentir el benefactor.

Teresa me ha cambiado, comprendí. Antes de conocerla, yo sobrevivía como si fuera un deber, pero mi soledad ha empezado a abrirse. He entrado en la vida de Teresa, soy parte de sus planes y sus juegos. Debo tener cuidado, me dije. Teresa jamás me convertiría en el guardián de sus sueños. Teresa es su propia guardiana. Contempla su vida como si fuera un tablero de ajedrez, y todas las piezas, tanto las negras como las blancas, le pertenecen. Juega contra

ella misma y gana siempre, acorrala y derriba, engaña, se mueve erráticamente, como si no tuviera planes, y al final ejecuta los movimientos necesarios, exactos. Al final, no hay dudas, ni trabas, ni siquiera pensamientos, ni palabras, sólo gestos, sólo ese brillo de resolución al fondo de sus ojos grises. Teresa puede convivir con lo terrible. Para ella, la vida es como el ajedrez, y sus manos se mueven con agilidad y desenvoltura por encima del tablero. Fuma, habla y ríe mientras mueve las fichas, está lejos de ellas mientras las tiene entre las manos, y sus dedos blancos y delgados las sostienen con displicencia y, a la vez, con infinita pericia.

Si no hubiera conocido a Teresa, me dije, si ella no me hubiera invitado a participar en su juego, no me sentiría ahora tan dichoso mientras velo el sueño de Violeta, porque lo velo desde todas esas sensaciones, desde la fatiga que se produce después de la excitación y desde la calma. En este momento, para mí, como le sucede siempre a ella, a Teresa, lo terrible está lejos, aunque lo haya tenido entre las manos, yo puedo pensar ahora que he sabido lidiar con eso, manejarlo como a un peón de ajedrez, y aquí estoy de nuevo, sentado en mi butaca, rodeado de muebles y cosas conocidas. He sobrevivido a lo terrible, me dije. Entré y salí de lo terrible, o lo terrible entró y salió de mí, ahora puedo sonreír al infinito, puedo brindar mi protección a alguien, porque hay algo que me sobra, algo que no me cabe en las manos.

Eso me producía una gran satisfacción y hasta creía percibir el levísimo ruido que hacía todo lo que me sobraba al caer al suelo desde mi sillón, caía y rodaba por el pasillo y llegaba hasta el dormitorio que ahora ocupaba Violeta, rodaba sobre la alfombra y subía por las patas de la cama, rodaba sobre la manta que cubría a Violeta hasta el cuello, se deslizaba suavemente por su cara de rasgos delicados, se enredaba en sus mechones rojos que hacía un momento yo había tratado de ordenar con mis dedos para despejar su frente, y se quedaba sobre ella, todo lo que me sobraba a mí, velándola, protegiéndola.

Una sola vez, Eugenio me acompañó en un viaje, me dijo Dayana en la penumbra del cuarto de estar, mientras consumíamos lentamente aquel licor que quemaba la garganta.

Fue en una ocasión muy especial, dijo. Pasó lo que se considera un clásico en el mundo del espectáculo, un asunto sobre el que se han hecho varias películas. La típica baja por enfermedad de la actriz principal y su correspondiente sustitución. En este caso, se trataba de una cantante. Dani me llamó muy excitado. Al parecer, la cantante contratada había sufrido un pequeño accidente doméstico que le impedía viajar. Era una oportunidad para mí. Dani me había mencionado como posible sustituta y a los organizadores les había parecido muy bien. Resultaba que me conocían. Yo había actuado allí –era Orense– hacía un par de años. Se acordaban perfectamente de mí, me dijo Dani, satisfecho. No sólo por mi papel en la comedia –de Lope de Vega, quizá–, sino porque luego, durante la cena, que había sido muy divertida, habían hablado mucho conmigo y les había caído muy bien. A los postres, yo había cantado. ¿Cómo no iban a recordarlo? Se habían quedado impresionados. No entendían por qué no me habían llamado a mí desde el principio.

Ya lo ves, dijo Dani. No puedes negarte. Y pagan bien. Naturalmente, dada la urgencia, les he pedido un plus.

Entonces, llevada por no sé qué impulso, le pedí a Eugenio que me acompañara. Eso era algo que en general no se planteaba nunca. Cuando Violeta era muy pequeña, yo la llevaba conmigo a las giras. Tampoco duraban tanto y Violeta parecía disfrutar de ese ambiente. Dejarla en casa al cuidado de Eugenio era un poco arriesgado. Se pasaba el día fuera de casa, y cuando volvía, solía llevar encima algunas copas de más. A Violeta no le gustaba demasiado ir a casa de mi madre o a la de la abuela Inés, así que al final, la mejor opción era llevármela conmigo. Pero que Eugenio me acompañara era algo que casi nunca había considerado.

Cuando surgió aquel asunto en Orense, Violeta ya tenía edad para quedarse sola en casa. Tenía muchas amigas y a veces venía alguna a dormir a casa o

iba Violeta a la suya. Dani, desde luego, me dijo desde el primer momento que vendría conmigo. Nunca se perdía mis actuaciones como cantante. Eran su apuesta personal, su meta. Creo que le pedí a Eugenio que me acompañara para librarme de Dani. Había temporadas en las que no lo soportaba.

Ante mi propio asombro, Eugenio se animó a acompañarme. Era verano, y no tenía mucho trabajo. No con entusiasmo, pero aceptó. No conocía Orense, no conocía Galicia. Por alguna razón, le entró algo de curiosidad.

Dani se enfadó conmigo. Le dije que no había podido evitarlo, que me lo había planteado el mismo Eugenio, y que, por una vez que se le ocurría acompañarme, yo no podía decirle que no.

Durante el viaje, Eugenio estuvo muy comunicativo. Hacía tiempo que no viajábamos juntos en tren y todo le parecía estupendo. Cómo han mejorado los trenes, decía, encantado. Naturalmente, aceptó la copa de bienvenida, bebió vino durante la comida, y, durante la tarde, visitó varias veces el vagón-cafetería. El viaje de Madrid a Orense es largo, pero a él se le hizo corto, y en realidad a mí también. Me sentía bien viéndolo disfrutar. Por aquel entonces, no siempre se emborrachaba, tenía más control.

El momento de llegar a una ciudad que no conozco siempre me produce un gran desconcierto. Yo tampoco había estado nunca en Orense. Aunque llegamos a última hora de la tarde, aún había luz y hacía mucho calor. Nos lo habían avisado, pero aquel calor era algo espantoso. Luego supimos que ése fue el día más caluroso del verano. Eugenio aún parecía más desorientado y desganado que yo. Le había desaparecido toda la euforia. Echó a andar por el andén, empujando las ruedas de la maleta pequeña –simplemente porque era la suya–, dejando la grande –es verdad que era la mía y que también tenía ruedas– para mí. ¡Qué calor!, exclamaba.

Mientras arrastraba mi maleta, pesadísima, por el andén, no pude evitar pensar en Dani, que no se quejaba nunca de nada porque era un optimista acérrimo y que, sin duda, se habría ocupado de mi maleta. A Dani le gustaba viajar, lo miraba todo con curiosidad, sabía siempre por dónde había que ir y adónde, a veces, protestaba por algo que no le gustaba, pero enseguida conseguía lo que quería. Continuamente me daba ánimos, hasta se reía un poco

de mí. No entendía mis miedos e inseguridades. A pesar de todo, me dije, es un alivio no estar con Dani, no sentirme tan inevitablemente ligada a él.

Yo sabía que Eugenio no era ni mucho menos el perfecto acompañante, y nada de lo que sucedía me cogía por sorpresa, pero de pronto me invadió una sensación de carga, la responsabilidad de tener que ocuparme de él. Lo contrario, precisamente, de lo que me sucedía con Dani.

Por fortuna, una chica muy amable nos estaba esperando en la estación y nos acompañó al hotel, que estaba en el centro. Se despidió de nosotros recomendándonos unos restaurantes cercanos donde podíamos cenar bien. Pero si queríamos cenar en el hotel, eso, desde luego, estaba incluido en el precio, que corría de su cuenta. La chica me lo dijo en un aparte, en tono confidencial, y, ya en la habitación, se lo comenté a Eugenio. De pronto, se puso de mal humor. Le parecía una descortesía que no hubieran previsto invitarnos a cenar, ¡vaya recibimiento! La habitación era estupenda, decía yo, amplia y con vistas al parque. En el cuarto de baño había un despliegue de artículos de aseo personal, gel, champú, acondicionador, crema para el cuerpo. Quizá los organizadores, alegué, habían pensado que nos apetecía estar solos.

Pero lo cierto es que yo también me sentí un poco ofendida, un poco desatendida. Si hubiera sido Dani quien me hubiera acompañado, habríamos salido todos a cenar. Siempre había asuntos que Dani quería tratar con los organizadores. Pero viajar con un marido no es lo mismo que viajar con el representante. Desde muchos puntos de vista, es peor.

Al final, encargamos la cena a la habitación.

Al día siguiente, dijo Dayana, con una breve sonrisa, todo parecía ir mejor. A pesar del calor, dimos un paseo y luego comimos en un restaurante, invitados, esta vez sí, por los organizadores. Lo pasamos bien, se creó un clima amistoso y cálido.

Por la tarde, Eugenio me dijo que iría por su cuenta al concierto, que no tenía sentido venir conmigo y asistir a los preparativos. Me pareció lógico, desde luego. Sin embargo, el hombre que vino a recogerme, uno de los que habían comido con nosotros y que ya me trataba con confianza, se extrañó. ¿Y tu marido?, preguntó, en cuanto me vio, ¿no viene tu marido? Percibí su mirada envolvente, su ojos interrogantes, ¿habrán tenido una pelea?, quizá se preguntaba.

Me acuerdo muy bien de ese hombre, dijo Dayana, era un hombre que

miraba mucho, que parecía querer indagar, un hombre lleno de curiosidad. Mientras yo me arreglaba en el interior de la camioneta que servía de camerino –el concierto era al aire libre, en una plaza– entró muchas veces, constantemente me preguntaba si todo iba bien, si necesitaba algo, una taza de café bien caliente, o un poco de whisky, lo que fuera.

Nunca podré olvidar aquella noche, Esteban. Jamás había cantado como canté entonces. Sentí la necesidad de darlo todo. No sé qué pasó en mi interior, un impulso que me hizo descender al fondo de mí misma y ofrecer a los demás, a un público indiferenciado y desconocido, lo que tenía en mi interior, porque, si no lo podía mostrar, si no lo podía compartir, no era nada, se perdería.

Escuché los aplausos, sentí la aprobación y la entrega del público. Pero yo estaba muy lejos. Tenía la impresión de haber derribado muchas fronteras. Estaba en el centro de mí misma. Un lugar que nadie conocía y que, aunque lo exhibiera, aunque lo expusiera a todas las miradas, a todos los oídos, a todos los sentidos, seguiría siendo sólo mío. Algo sumamente privado y en realidad completamente desconocido para los demás.

Cuando terminó la actuación, el hombre de la organización o del ayuntamiento –no sé qué cargo o título tenía, pero indudablemente era quien mandaba– quiso celebrar mi éxito. La verdad es que parecía muy sincero, incluso conmovido. Buscamos a Eugenio, llamamos al hotel. No se encontraba en la habitación, dijeron, no había dejado ningún recado.

El público se ha quedado encantado, decía el hombre, La próxima vez podrías quedarte un par de días. Lo de hoy ha sabido a poco. Ya sabes cómo se cerró el trato, de forma precipitada. Te lo agradezco mucho, no sólo me has resuelto la papeleta sino que has encandilado al público, empezando por mí. Ya tienes un nuevo admirador. Hablaré con Dani.

Eugenio no apareció hasta la madrugada. Borracho, casi sin sentido.

Fue el único, el último viaje que hice con él. No volví a pedirle a Eugenio que me acompañara ni él se ofreció a acompañarme en ninguna otra ocasión.

No hubo reproches. No hacían falta. Eugenio permaneció callado y taciturno durante el viaje de regreso, como enfadado consigo mismo. Ninguno de los dos dijo nada. Lo que había ocurrido por la noche nos llenaba, incómodamente, por dentro, nos cerraba el uno al otro. Eugenio no llegó a saber nada de mi triunfo. No me hizo ninguna pregunta y yo no le comenté nada. Más que abandonada o defraudada, sentía que se había confirmado, una

vez más, algo que siempre había presentido: que mi ambición me dejaba sola, que nadie podía acompañarme en ese camino.

¿Qué sentido tenía enfadarme con Eugenio? Estaba hundido, consciente de su fracaso. Me había dejado sola, no había presenciado mi actuación. Pero mi actuación seguía existiendo en mi interior. Quizá yo tenía más de lo que tenía él.

El viaje a Orense, a ese calor de muerte y esa entrega nocturna a un público que, inesperadamente, se abrió a mí, se quedó dentro de cada uno. No fue algo que pudiéramos compartir. Por el contrario, fue algo que nos separó.

Ha sido el miedo lo que me ha sostenido, suspiró Dayana. Un miedo vago, pero intenso, a quedarme sola de verdad, a no tener ninguna clase de apoyo. El miedo te hace callar, una frase puede hacer que pierdas el equilibrio. Sin embargo, el silencio de Eugenio parece deberse a otra causa, a una especie de negación general, al firme propósito de mantener una puerta cerrada, como si hubiera decidido que detrás de esa puerta no hubiera nada.

Está encerrado, enclaustrado, no sé dónde, unas veces creo que en un sótano, en un calabozo, y otras en una casa perdida en medio del campo, algo así como una ermita. Eso resulta más consolador, un día me dije: A lo mejor no está en un calabozo, a lo mejor se trata de una ermita, y el sol calienta sus muros, llena el espacio de luz. Ahora asiste a unas reuniones, quiere dejar de beber, aunque ni siquiera nos lo ha dicho. Eugenio no hace declaraciones, no me ha explicado cómo son las reuniones a las que asiste, no habla de eso.

No puede formular sus problemas, nunca ha podido. Si yo viviera en un calabozo o una ermita puede que supiera cómo ayudarlo, pero yo no tengo muros a mi alrededor, vivo a la intemperie, y no sé si ese silencio suyo se puede romper. El silencio de Eugenio es algo que en el fondo no puedo comprender. Mi silencio ha sido siempre algo disuelto, disperso, inabarcable, el de Eugenio está contenido en un cuarto, en un espacio concreto, como un baúl o una caja con cajones secretos. Es un silencio sólido, que se puede palpar, que emana un olor, que tiene un peso. Parece algo muy real. En cambio, yo estoy perdida en la indefinición, en la ausencia.

A lo mejor Eugenio y yo ya llevábamos mucho tiempo sin podernos decir el uno al otro nada que importara de verdad, algo que podría ser trivial pero que, dicho entre nosotros, estuviera lleno de significado. A lo mejor aquel viaje ni

siquiera fue un hito, no reveló nada especial, pero ciertamente confirmó algo. No podía pedirle ayuda.

Durante muchos años esas dos sombras, la de Eugenio y la de Dani, me siguieron de cerca. Eran evidencias de mis propias necesidades, de mis miedos. Pero en mi historia con Eugenio no puedo poner orden, quizá porque se trata de una historia en la que ya no cuenta mi decisión. Simplemente, no puedo decidir. Pude romper con Dani porque sabía que el rechazo que sentía hacia él me conduciría con naturalidad a la ruptura, como sucede con la piedra que se nos ha metido en el zapato, esa pequeña piedra que no nos deja andar, y todo lo que hay que hacer es sentarse, quitarse el zapato y arrojar la piedra al suelo, nada más. Sólo había que esperar, dejar que el rechazo hacia Dani se redujera a esa pequeña piedra tan fácil de atrapar entre los dedos y lanzar luego al aire lo más lejos posible.

Con Eugenio las cosas han sido muy distintas. Quizás haya habido momentos de odio, no podría negarlo, porque el odio o la ira son amenazas continuas, quizá también su presencia llegara a pesarme, a sofocarme, pero nunca he podido reducir esa historia a una piedra en el zapato. Ha sido, desde siempre, una historia ante la cual no he sabido qué hacer ni cómo reaccionar. No sé qué cantidad de amor o de odio hay en ella, qué cantidad de comprensión y complicidad. A veces me pregunto qué esperamos aún, qué buscamos.

Pero aquella noche en Orense, dijo Dayana, perdiendo la mirada, sentí, con más fuerza y certeza que nunca, que había algo por encima de todo eso, de todo lo que se nos va, y el mismo dolor de la pérdida, de la incomunicación o de la soledad se transformó, lo olvidé, porque lo que entonces intuí era algo mucho más importante que todo el dolor padecido, algo más importante, más valioso, que la felicidad.

Cuando poso como modelo para un artista siento algo parecido, algo que se acerca a eso. Por eso no he dejado por completo mi actividad de modelo, aún poso de vez en cuando, aunque ni Eugenio ni Violeta lo sepan, no veo ninguna necesidad de que lo sepan, es algo que prefiero hacer casi en secreto, hurtándoles el tiempo a mi madre y a Inés, engañándoles un poco a todos. Es una actuación casi solitaria. Quizás ésta sea mi verdadera vocación, actuar para mí, para algo invisible. Todos, de una manera u otra, lo han censurado. Eugenio, Dani, mis amigas. Nadie ha sabido entender lo importante que para mí es posar.

Teresa lo había cambiado todo. Yo vivía a la espera de sus señales, de sus llamadas. Cultivaba esa emoción, me aferraba a ella, al latido de vida que ella me ofrecía, un latido que era una verdadera conmoción. Aprendí a vivir bajo la sombra de esa conmoción, a considerarla parte de mi nueva normalidad, a no llamar amor ni pasión a la emoción que Teresa despertaba en mí. Aprendí a estar muy atento a sus señales, a acudir inmediatamente a sus llamadas y, a la vez, a no vivir pendiente de ella, pensando sólo en ella, sino manteniendo mi lucha por la vida, mi vida sin ella.

Mientras Teresa no decidiera prescindir de mí, yo estaría ahí. Pero era muy consciente de que debía ingerir con cuidado las dosis que me daba, debía tragarlas y dejar que descendieran hasta el fondo de mi ser, donde ya no se sabía qué sucedía con ellas, si se disolvían y luego pasaban a formar parte de mí o se guardaban en un lugar recóndito y se iban acumulando, creando un cuerpo extraño que al final podría ser dañino. Me obligué a mí mismo a desinteresarme del destino de todas las emociones desatadas en presencia de Teresa, simplemente las tragaba como si fueran una píldora necesaria y luego me desentendía de ellas.

Los días, que parecían iguales, eran todos distintos, independientes unos de otros, autónomos. Un día pasaba unas horas en casa de Teresa, otro día ni siquiera la veía en el centro, fuera porque ella no iba o porque no coincidíamos, otra vez, me sorprendía su llamada de madrugada.

Los días son distintos, no tienen nada que ver unos con otros, me decía, asombrado, sin acostumbrarme del todo, porque tenía la sensación de que había existido un tiempo en el que todo cuanto sucedía estaba relacionado. Porque, ahora, incluso la sensación de continuidad temporal que dan las estaciones se había evaporado. Mi percepción del tiempo se sentía desconectada, desprovista de un centro, de un ritmo. Así como había días de un sol tan radiante que parecía mentira que pertenecieran al invierno, porque al mediodía el sol casi llegaba a quemar y no hacía ninguna falta ponerse el abrigo para ir por la calle, y otros, por el contrario, eran tristes, oscuros y desapacibles, helados, salidos de las entrañas de una tierra desolada y gélida

que se hubiera salido de la órbita del sol, mi ánimo se sentía unas veces pletórico y feliz, y otras sumergido en la mayor de las tristezas.

Sin embargo, sabía que en la vida de antes del accidente tampoco había habido unidad. Había habido, incluso, menos unidad que en el presente. A fin de cuentas, ahora todo sucedía en una dirección, porque mi única misión en el mundo era luchar por mi recuperación, por seguir viviendo y responder a las llamadas de Teresa. Mis ambiciones se debían reducir a eso, a cuidar y fortalecer mi cuerpo. Eso era todo lo que sucedía ahora, lo único que podía suceder. Pero a veces, cuando me encontraba solo, cuando Teresa llevaba días sin llamar, añoraba mi vida anterior, siempre abierta, que dejaba flecos por todos los lados, que se enredaba en los flecos de las vidas de los otros y te engañaba, te desconcertaba, te despistaba. Ya no sabías dónde terminaba una cosa y empezaba otra ni qué parte de ti se mantenía intacta cuando te enredabas, cuando los otros te invadían o te atrapaban. Ese caos me parecía deseable.

Puede que estuviera destinado a esto, me decía, a esta inmovilidad, a esta limitación. Me asustaba demasiado aquel territorio inmenso y desconocido que crecía y crecía conforme yo daba pasos por él. Admiraba a los valientes, a los osados, ese grupo de personas al que nunca pertenecería. Ésos eran los amigos que escogía, de esa clase de mujeres me enamoraba yo. Las mujeres de pasos firmes. También Teresa pertenecía a esa estirpe. Mis gustos y preferencias sobre las mujeres no habían cambiado.

Al cabo del tiempo, pensaba en Laura. De pronto, aparecía en mis sueños e incluso en mis pensamientos, en los que, desde que había salido del hospital, había tenido prohibida la entrada. Ni siquiera había sido necesario decírmelo a mí mismo, como si el espíritu de Laura hubiera tomado la decisión por su cuenta: no quería estar a mi lado. Todo había desaparecido tan de golpe que me asombraba ahora acceder, a ráfagas, a esos fragmentos de mi vida anterior que me habían conducido al accidente. A mi accidente y a la muerte de Laura, me decía ahora, porque las dos cosas estaban juntas, aunque hasta el momento había conseguido mantenerlas muy separadas. De hecho, las separaba una altísima barrera: una existía y la otra no. El accidente había cambiado mi vida, que luego se había reanudado en condiciones muy distintas. Había empezado otra clase de vida. La muerte de Laura ya no contaba, pertenecía a un mundo que quedaba muy lejos. La decisión de dejarlo atrás ni siquiera había tenido

que plantearse, era así, quedaba atrás desde el mismo momento en que yo había sobrevivido y Laura no.

De pronto, Laura revivía dentro de mí, al hilo de mis encuentros con Teresa, quizá porque las emociones que estallaban en esos ratos de felicidad no sabían de límites. En medio de ese torbellino de fantasías, apareció la imagen de Laura, que, como Teresa, era una buscadora de emociones, una perseguidora de placeres.

Nadie se había asombrado del todo de su muerte, como si todos, incluida su familia, hubiéramos presentido el desenlace. Eso fue lo que los amigos de Laura me dijeron cuando me fueron a ver al hospital. Se hubiera dicho que incluso querían consolarme, liberarme de la culpa que, con toda probabilidad, me había invadido.

No conducías tú, decían, ¿qué podías haber hecho?

Cerró los ojos, pensaba yo ahora. Vi cómo Laura cerró los ojos antes de que el muro se nos echara encima. No era la primera vez que lo hacía. Ese pequeño, absurdo y terrible gesto suyo siempre me dejaba paralizado. ¿Qué haces?, ¿estás loca?, le gritaba.

Laura asentía. No pasa nada, decía. Y era verdad. Era una conductora estupenda, podía permitirse esa temeridad.

¿Cerró los ojos?, ¿estaba yo seguro? No se lo dije a nadie, no estaba seguro y ya daba igual. Laura había muerto y yo había sobrevivido.

Contaba con la muerte, por eso nos parecía a todos tan fuerte, tan segura de sí misma. Pero era muy joven y no podía ser fuerte de verdad, no estaba capacitada para resistir. Ahora comprendía que su fortaleza era falsa y que, más que su seguridad y el dominio que parecía tener sobre sí misma, lo que me había atraído de Laura era la sospecha de su vulnerabilidad. Ahora me veía a mí mismo unos años atrás, veía al chico inseguro y lleno de sueños que se había enamorado de Laura. Buscaba cómplices, aliados, almas afines. Laura se había fijado en mí. Había sido ella quien se me había acercado y me había incluido en su grupo de amigos. Me enamoré, a la espera de encontrar ese núcleo de inseguridad en su interior, de poderla proteger, de vencer mi inseguridad en ese tránsito.

¿Qué hacía yo ahí, tan débil e indeciso, entre todos ellos?, ¿por qué me aceptaban?, ¿cómo es que nunca me descubrieron?, ¿cómo puedo estar seguro de que no me descubrieron?

A veces, me miraban con suspicacia, con una sombra de sospecha en los

ojos, pero debía de haber algo en mí que les gustaba, algo que yo no veía ni controlaba, que al parecer sólo podía verse desde fuera, desde el exterior. ¿Era eso lo que les gustaba de mí, cómo era por fuera?

Al cabo del tiempo, volvían los pensamientos de antes del accidente. En el hospital, había sentido que la vida era una cuesta resbaladiza a cuyo término estaba el abismo y que yo había resbalado y había corrido un gran peligro, pero, milagrosamente, me había detenido unos metros antes de la sima. Tenía muchas visiones, como alucinaciones. Por encima de todo, tuve la impresión de haber regresado a la vida desde la oscuridad y el vacío, y en este regreso, en esta nueva vida, ya no era un ignorante.

Al cabo del tiempo, esa oscuridad y ese vacío se estaban llenando de imágenes y sabía que, si no las rescataba, volvería a perderme.

Por una vez, Violeta no estaba sentada en un taburete, junto a la barra de El Mercurio. Me hizo señas desde la mesa en la que se había instalado, con el periódico desplegado ante sus ojos y la taza de café a mano.

Ya no tengo que vigilar a mi padre, me dijo. Ha dejado de venir por aquí. Lleva más de un mes sin beber. Parece que esta vez va en serio, asiste a unas reuniones con otros alcohólicos. Es un hombre completamente distinto. Ha vuelto a trabajar como en sus mejores tiempos, no para de escribir, está al tanto de todas las noticias deportivas, conoce todos los detalles, es increíble cómo disfruta con todo ese mundo.

He tomado una decisión, añadió, mirándome con los ojos inundados de felicidad. La tomé ayer por la noche. De repente lo vi con toda claridad: me voy a París. La explicación es muy sencilla: Julio está allí y va a quedarse una temporada. Le ha surgido un trabajo para dos meses y, de paso, está siguiendo unos cursos de perfeccionamiento que le financia no sé qué institución. Me ha llamado desde París para decírmelo. Ayer por la mañana. Me dijo que ya había hablado con los propietarios del ático, quiere mantenerlo, va a seguir pagando el alquiler porque piensa volver antes del verano, a principios de julio, cuando terminan su contrato y sus cursos, que, me parece, están relacionados.

El otro día me encontré con ella, la vecina del cuarto derecha. Supongo que estará enterada de mis visitas a Julio, esta clase de cosas se saben enseguida, pero me sonrió con cierta inocencia y me dijo que, por su parte, ella prefería que Julio regresara, que era un inquilino estupendo, no causaba el menor problema, pagaba puntualmente y mantenía el ático en perfectas condiciones. No se había estropeado nada. Ya sabes, las cisternas, los grifos, las estufas, esas cosas que siempre están dando la lata. Pues nada, con Julio no había habido la menor incidencia. Prefería, insistió, esperar la vuelta de Julio, y entretanto ganar menos dinero, que buscar otro inquilino. Así que creo que han llegado a una especie de arreglo.

Julio no sabe nada, dijo Violeta, aún con los ojos llenos de luz. No pienso decirle nada. Apareceré en su casa por sorpresa. Estoy segura de que se fue

huyendo de mí. Eso es lo que le quiero decir, y quiero ver su cara cuando se lo diga: que no necesita huir de mí, yo no quiero causarle el menor problema. Conmigo no tendría que haber sido tan misterioso, tan huidizo.

No imaginas lo mal que lo he pasado, dijo. De pronto, Julio desapareció. Eso lo hacía constantemente, pero esta vez su ausencia estaba prolongándose demasiado. No soportaba no tener noticias suyas. Yo le dejaba mensajes en el móvil, que siempre estaba ocupado o apagado. Me daba miedo salir de casa, no fuera a ser que apareciese por sorpresa. Porque no le gusta nada hablar por teléfono. Desde que se instaló en el ático, cambió por completo, porque antes, cuando me llamaba para preguntar si sabía si el ático estaba en alquiler y por el número de teléfono de los propietarios, en todo aquel proceso, que fue bastante largo, yo tenía la impresión de que él no quería colgar tan rápidamente y que me llamaba no sólo por el asunto del ático, sino porque estaba solo y necesitaba hablar con alguien. Le ha gustado mi voz, eso me dije, del mismo modo que a mí me gusta la suya.

Ésa era, desde luego, la impresión que yo tenía antes de conocernos, de vernos frente a frente: se había establecido un vínculo entre nosotros, nuestras voces se avenían perfectamente, como sucede en una obra teatral, donde cada parte del diálogo obedece a un propósito, por lo que luego es importante que las voces que lo interpretan se ajusten muy bien una a la otra, o como un dúo de ópera.

Me enamoré de su voz, siguió. Después, me enamoré de él, el hombre de la voz. Cada vez que se marchaba, me quedaba a la espera. Al principio, le esperaba sin darme mucha cuenta de que lo hacía. Estaba atenta a los pasos por las escaleras, a todos los ruidos que provienen del ático. Le esperaba de un modo inconsciente, sin sufrir. Pero sus ausencias, de pronto, me resultaron insoportables. Apenas me atrevía a salir de casa. Habría sido terrible que se presentara justo cuando yo había salido. No podía perder la oportunidad de verle, de hablarle, de retenerle. Sólo de imaginar que Julio pudiese aparecer estando yo fuera y que preguntara por mí, me habría vuelto loca. Lo que me parecía insoportable de verdad era que Julio quisiera verme, que contara con muy poco tiempo para hacerlo, y que yo le fallara. Eso habría sido injusto, incongruente. Yo tenía que estar siempre disponible, no podía salir de casa, sino quedarme a la espera, porque así era exactamente como me sentía: a la espera, era lo único que podía hacer.

Me sentaba en un sillón durante horas, vacía, intentando, precisamente, estar

vacía para no sentir nada, para no pensar, para no existir y sufrir frente a la ausencia de Julio y la incertidumbre de su vuelta.

¡Qué alivio fue escuchar su voz ayer! Durante todo el día, sólo sentí eso, alivio. Estaba como ida, sin poder pensar en nada. Y, de pronto, por la noche, lo comprendí. Me voy a verle. Soy libre para hacerlo y lo hago. Le tengo que comunicar, que exponer, mi obsesión, mi disponibilidad total. Quiero ver qué cara pone y luego que tome la decisión que quiera. ¿Qué otras opciones tengo? Si sólo se tratara de un acto de voluntad, optaría por olvidarle, eso sin duda, pero mi voluntad no tiene aquí nada que hacer, concluyó Violeta. Los sueños y el deseo han acabado con ella, el recuerdo de la felicidad y del placer lo invaden todo, este presente tan deshabitado sobre el que penden los recuerdos como sombras de las que no me puedo desprender.

En realidad, no tengo nada que hacer aquí. Ya no tengo que vigilar a mi padre. Y seguro que, si lo busco, también allí encontraré trabajo. Todo el mundo tiene ropa para arreglar, en todas partes.

Le pedí a Violeta que me enviara una postal desde París.

Al cabo de una semana, me llegó la primera postal. Primavera en París. El jardín de Luxemburgo con los arbustos en flor. La firmaban los dos, Violeta y Julio. Luego fui recibiendo otras, ya sólo con la firma de Violeta. Eran frases convencionales, de las que se escriben en las postales, frases amables, un poco infantiles, sobre los edificios, las calles y las casas de París, frases alegres, ligeras.

El calor cayó de golpe sobre la ciudad, sin avisar. Quizá siempre sucedía lo mismo. Pero me sorprendió comprobar que el calor se apoderaba de la ciudad por segunda vez desde que me había instalado en el barrio. Ahora yo era casi un vecino más, no el más antiguo, sin duda, pero tampoco un recién llegado. Reconocía las costumbres propias de la estación: la gente que se marchaba de vacaciones, la que se quedaba y salía a pasear a última hora de la tarde, la que por la noche se asomaba a las ventanas y los balcones abiertos.

Se producían algunas novedades. En mi deambular nocturno, me encontraba con vecinos a los que en invierno apenas había dirigido la palabra y que el verano anterior no había llegado a conocer. Ahora, en las calles oscurecidas, todos conversábamos un poco, intercambiábamos noticias de la vecindad, quién se iba de vacaciones, qué lugares remotos eran los más visitados, los preferidos, cómo serían, admirábamos o criticábamos esos lugares desconocidos, decíamos que estarían llenos a rebosar, que era mucho mejor viajar en otro momento. Eso me daba una sensación de pertenecer ya a ese territorio, como si hubiera sido mi barrio de toda la vida.

El Centro de Rehabilitación cerró sus puertas. Teresa se marchó. Tenía muchos planes para el verano, su primer verano de mujer separada. Pasaría unos días con sus hijos y otros con amigas. Y amigos, pensaba yo. Recordaba la inquietud que me había dominado el verano anterior, cuando me preguntaba si volvería a ver a Teresa. A lo largo del año, Teresa se había convertido en parte de mi vida. Me lo decía a mí mismo con placer y con asombro, pero la inquietud no había desaparecido. ¿Cómo podía estar seguro de que, a la vuelta de sus vacaciones, quisiera volver a verme? Ahora experimentaba el dolor de la ausencia.

Había escuchado los planes de Teresa con impotencia. La fatiga y los esfuerzos de Teresa siempre caían sobre mí como un aluvión, junto con el placer y la dicha. Cuando ella se quejaba, cuando hacía el recuento de sus dolores y su mala suerte, las operaciones fallidas, los errores médicos, la incomprensión del marido, la lejanía de los hijos, yo callaba. Me sabía de memoria toda esa sucesión de calamidades que habían tratado de amargar la

vida de Teresa, que la habían convertido en una mujer rebelde, egoísta, algo cruel y, a la vez, tremendamente vitalista, porque no había sucumbido a la amargura. Estaba lleno de recuerdos, de imágenes, de palabras, miradas, caricias, gestos, olores. Mis sentidos podían rememorar aquellos ratos de placer y felicidad. No eran certezas ni seguridades que pudieran proyectarse hacia el futuro, pero habían existido. Desde el agotamiento que da el calor, la plenitud vivida parecía un sueño consolador.

Algunas noches, me sorprendía pensando en Laura como si aún la amara. Su cara se había hecho borrosa, sus gestos se habían ido diluyendo, incluso el sonido de su voz, pero aún había algo en ella que me intrigaba. No le importaba morir, nada le importaba mucho. Reía, se emborrachaba, perdía la cabeza, me dejaba plantado, me volvía a conquistar, soportaba mis enfados, me besaba cuando yo empezaba a hablar, como si no quisiera escucharme. No la había llegado a conocer.

Otra vez estábamos Dayana y yo sentados en el banco de la plaza donde habíamos iniciado, un año atrás, nuestras charlas nocturnas. Durante el invierno, la penumbra del cuarto de estar de su piso y el aguardiente que quizá le había regalado ese Dani a quien tanto ella como Eugenio casi habían llegado a odiar habían sido nuestros fieles compañeros, pero en la plaza deshabitada de la noche yo sentía que recuperábamos algo. El inmenso espacio del cielo se movía imperceptiblemente sobre nuestras cabezas.

Cualquiera podía darse cuenta de lo mucho que Violeta había cambiado, dijo Dayana. Era como si hubiera descubierto algo, un secreto que no quería compartir.

Sin embargo, dijo, debo confesar que tardé un tiempo en comprender lo que había sucedido. Cuando Violeta mostró interés por el ático, no me sorprendí, porque eso concordaba con sus aficiones. Me pareció muy bien que se encargara de acondicionarlo y de negociar el precio del alquiler. Violeta vale para estas cosas y los vecinos del cuarto derecha son una calamidad. Luego conocí a Julio, y aunque me impresionó su físico, porque Julio no es un hombre que pueda pasar desapercibido —parece un dios negro—, no saqué ninguna conclusión. No tenía tampoco por qué hacerlo. No vivo pendiente de lo que ocurre a mi alrededor, tengo muchas cosas que hacer.

Como de costumbre, después de comer, Violeta salía de casa con la bolsa de la ropa para arreglar, pero volvía muy tarde y andaba siempre con prisas. Un día, a última hora de la tarde, yo me disponía a salir porque Inés me había

pedido que le llevara no sé qué, y la vi bajar del ático con la bolsa de la ropa colgada de la mano. Violeta enrojeció levemente, no dijo nada y entró en casa. Así que ella también tiene su secreto, me dije. Pero por alguna razón mi mente se detuvo ahí, sin avanzar. Quizás imaginé que había algo entre ella y Julio y no quise darle importancia, o quizá me quedé con la idea de que Violeta había empezado a hacer amigos. Era amiga tuya y ahora se había hecho amiga de Julio. Aunque de eso ella no me había dicho nada.

Pero su secreto era verdaderamente importante. Se había enamorado. Se enamoró entonces y me lo ha dicho ahora, desde París. Por eso he venido a París, me ha dicho, por Julio. Y me voy a quedar hasta que se aclaren las cosas, ha declarado. Me ha asombrado su resolución, la intensidad de sus emociones. Yo no estoy segura de haber amado con esa intensidad, quizá sea algo que se borre de la memoria, porque los matices de las emociones no se pueden retener.

Siempre he sentido que Violeta no confía del todo en mí, dijo Dayana, después de una pausa. Confía en el mundo en general, incluso confía en su padre, pero no confía en mí. En cierto modo siempre ha estado un poco en contra de mí. Por una única razón: porque soy su madre, porque soy la persona a quien se tiene que oponer. Siempre he percibido su lejanía. En la adolescencia, se pasaba las horas en su cuarto y luego se iba directamente a la calle, me decía adiós con un gesto, sin apenas levantar la mano, no venía a darme un beso, eso nunca, jamás un beso, como si yo tampoco la hubiera besado a ella cuando era niña. Pero eso no es verdad, he tenido a Violeta siempre a mi lado, incluso a lo mejor la he abrazado y besado demasiado. Era una niña muy curiosa, miraba hacia fuera, su vida ha estado siempre fuera de casa.

Hubo una época en que Eugenio y yo estuvimos separados, dijo Dayana después de un silencio. Completamente separados, insistió. Me fui a vivir con unas amigas. Creía que todo había acabado entre Eugenio y yo. Aún no había nacido Violeta. Yo era muy joven y me horrorizaba sentirme atada. Le dije a Eugenio que me marchaba.

Tengo recuerdos confusos de esa época, dijo, pero sé que me divertí, y algo más, me ha quedado la impresión de haber indagado en muchos rincones secretos, vedados. No me refiero al sexo, sino a la mente. En lo relativo al

sexo, éramos algo puritanos. No por principio, sino porque siempre hemos pensado –Eugenio y yo y nuestro grupo de amigos– que el sexo era un asunto totalmente privado. Hablar de algo tan íntimo era como asaltar la privacidad, lo más íntimo. La gente que pregona sus proezas sexuales siempre me ha caído mal. La misma idea de proeza sexual me resulta absurda, equivocada. Pero no voy a decir que no viví una vida desordenada, no hice voto de castidad ni de fidelidad ni de nada.

Eugenio nunca me hizo preguntas concretas sobre esa época. Fue un largo año, quizá dos. Un día, me sentí muy cansada, muy sola. Le llamé y se lo dije. Volvimos a vivir juntos y me quedé embarazada de Violeta.

Yo creía que cuando dos personas deciden vivir juntas hablar era muy necesario, pero comprendí que hay cosas que, si llegaran a expresarse, alcanzarían una dimensión, un alcance, que podría ser dañino. Al principio, callar es doloroso. Porque las palabras te van vaciando, limpiando. En el mismo momento en que dices o cuentas algo, se convierte en otra cosa, te deja de pesar.

Pero cuando de verdad comprendes la necesidad del silencio es cuando te toca el papel del interlocutor y te dices que no has pedido que te contaran lo que te están contando, que deberían habérselo callado.

Sin embargo, Eugenio, que jamás me preguntó nada, que había preferido no indagar en los detalles de la vida que yo había llevado lejos de él, no supo callar. Me cogió completamente por sorpresa. ¿No se me había ocurrido pensar que Eugenio pudiera tener una aventura, que, incluso, pudiera volverse a enamorar? De golpe, caí en la cuenta de mi vanidad, de mi absurda seguridad respecto de él.

¿Cuántas veces fueron? Podría hacer un recuento exacto, aunque la vaguedad es más consoladora. ¿Cómo puedo llegar a conocer lo que él vivió? En tres ocasiones, me hizo una confesión. Acudió a una cita delante de mí. Se despidió y me lo dijo: No me esperes levantada, lo siento, no puedo hacer otra cosa, lo lamentaría toda mi vida, no quiero cargar con ese peso.

Las confesiones de Eugenio, siguió, me reafirmaron en mi silencio. Hay una parte de mi vida que se ha quedado guardada quién sabe dónde, una vida secreta que, sin embargo, he vivido yo, que es parte de mí. A partir de entonces, creo, siempre he tenido secretos. Aún los tengo. Quizá los necesite para vivir, para sentir los límites de la vida, ese núcleo de vida que sólo me pertenece a mí.

Por eso sigo trabajando como modelo de artistas, dijo, necesito palpar la entrega y la correspondencia, la unión total, no física, sino de otra clase, tampoco es algo enteramente espiritual, está ligada a los sentidos. Nunca he sentido la necesidad de decírselo a nadie. No es que sea del todo un secreto, ya ves que te lo he dicho a ti, pero creo que es algo que a los demás en el fondo no les interesa.

Nada más iniciarse el verano, Julio, tal como Violeta me había anunciado, regresó de París. De nuevo instalado en el ático, bajó a mi piso para darme noticias de ella. Era algo que le había pedido Violeta expresamente, me dijo, y me entregó un regalo de su parte, una pequeña torre Eiffel de bronce. Lo típico, dijo, disculpándose.

Tengo que reanudar mis contactos de trabajo, me comunicó, no quiero dejar pasar el tiempo. Más que andar de aquí para allá, me gustaría encontrar algo fijo. Violeta me habló de ti y del Centro de Rehabilitación al que acudes. Se le ocurrió que tal vez podrías ayudarme, hablarle de mí al director del centro, presentarle mi currículum, facilitarme una entrevista.

Mi currículum es muy bueno, puedes comprobarlo tú mismo, dijo Julio, tendiéndome una carpeta a la que hasta el momento yo no había prestado la menor atención. Te lo digo con franqueza, no creo que en este momento haya otra persona mejor preparada que yo para hacer este trabajo. Aparte de la preparación, está la habilidad, la capacidad. Eso lo tengo. Y también la seriedad, por supuesto. Tienes que tratar de ser siempre el mismo y el mismo para todos. Hay días en los que te sientes bien, en un estado óptimo, y verdaderamente disfrutas moldeando el cuerpo tendido en la camilla, lo haces tuyo de forma inmediata, y hay días en que todos los cuerpos te resultan ajenos y no acabas de entenderlos, los tocas, los recorres con las manos, pero no encuentras la clave, haces tu trabajo con ellos tratando de que no se perciba tu desconcierto, sigues las pautas que conoces de memoria, pero todo el tiempo sabes que falla lo esencial y que, si acaso aciertas, si el cuerpo al fin se entrega y se moldea, ha sido por azar, por algo que no ha dependido de ti.

Es preciso que el paciente no note nada, que confíe, dijo Julio, sentado ya en el sofá de mi cuarto de estar y sosteniendo entre las manos la copa de vino que yo le había ofrecido. No puedes hacerle dudar. A eso me refiero cuando hablo de seriedad. El paciente no acude a ti para que te lamentees tú o para que le regañes, sino para intentar resolver su problema, su rigidez. Por unos cuerpos sientes predilección enseguida, porque son facilísimos, muy dóciles, pero a veces notas una resistencia dentro de ti, un rechazo inexplicable, como

si supieras de antemano que el cuerpo tendido en la camilla es imposible de domar, que en el fondo no quiere ser domado, sólo ha venido a mostrarte su frustración, incluso a fastidiarte. No es algo que suceda a menudo, por fortuna. A lo largo de mi carrera me habré encontrado con dos, quizá tres casos así, no llegan a los dedos de una mano. Lo que hay que hacer entonces, y en otros casos, no tan agudos, pero de cierto rechazo, de cierta tensión, es iniciar la sesión con unos segundos de concentración, con mucha distancia interior entre ese cuerpo y el mío —en ese momento, mis manos son todo mi cuerpo—, es como si trasladaras el cuerpo tendido en la camilla a un lugar abstracto, un lugar en el que adopta el papel de ser un cuerpo cualquiera, sin identidad propia. Simplemente, está ahí, y requiere ayuda, no de mí en particular, sino de mis habilidades, de mi preparación. A diferencia de otros masajistas, yo nunca he rechazado a nadie, a ninguno de los cuerpos que se han tendido bajo mis ojos les he negado mi ayuda. No es que estos masajistas lo declaren abiertamente, pero se las arreglan para quitarse de encima a esta clase de clientes.

A los cuerpos dóciles te entregas de forma excepcional. Desde el mismo instante en que tu mano les toca, se produce un clima de naturalidad, una corriente de comunicación, que lo hace todo mucho más efectivo y fácil. Mientras trabajo con estos cuerpos, me gusta estar callado, vacío de todo pensamiento. Sólo existen mis manos. Es lo único vivo que hay en mí y van por su cuenta, están más cerca del otro que de mí mismo. El masaje es completamente silencioso. En ese ámbito no cabe la conversación, el diálogo, aunque es verdad que la voz, sin llegar a articularse en palabras, expresa sensaciones. Se escuchan gemidos, ruidos que salen de forma natural de la garganta cuando el cuerpo es estrujado, aplastado contra la camilla. Esos ruidos no interrumpen nada, no desentonan ni producen la menor extrañeza, están en consonancia con la laxitud y entrega del cuerpo.

Trabajar con esta clase de cuerpos es un regalo, por más que luego te quedas agotado, porque te has entregado completamente, sin reservas, y podrías caer dormido de golpe, aunque como por lo común sólo dispones de un breve descanso, no tienes más remedio que seguir, decir adiós a este paciente y darle la bienvenida a otro, sacar de no se sabe dónde las energías para tocar y moldear otro cuerpo.

Los cuerpos dóciles son un regalo, pero a la vez son agotadores, suspiró Julio. Si fueran todos así, no habría dinero suficiente para pagar los masajes,

porque es algo muy profundo lo que das, estableces una unión tan completa con esos cuerpos que luego, acabada, todo se te hace difícil, vacío. En realidad, se trata de cuerpos muy doloridos y necesitados, cuerpos que quieren confiar en tus manos porque en ello les va la vida. Se han defendido durante años y han acumulado muchas tensiones, pero están hartos de defenderse y saben que, si no se entregan, el dolor irá creciendo y acabará por vencerles. Estos cuerpos justifican mi oficio. Y aunque me dejen vacío y agotado, dame cuerpos de éstos.

Violeta se ha quedado en París, ha hecho muchos amigos, dijo después de una pausa. Dayana y el Piloto no me culpan de la marcha de Violeta. Bajé a saludarles, claro, y me recibieron con amabilidad.

Julio suspiró, miró sus manos, que ahora había dejado tendidas en el aire, como si quisiera recoger algo que cayera del cielo, declaró: Me fui huyendo de ella, ésa es la verdad.

Me enamoré de Violeta inmediatamente, declaró. No sé en qué momento, pero enseguida. Me mostró el ático como si me estuviera ofreciendo un regalo especialmente pensado para mí. No me preguntó si iba a quedarme a vivir allí. Lo dio por sentado. Eso también me gustó.

Pero esa historia se acabó, dijo Julio, mirando la copa vacía sobre la mesa. Nos hemos liberado de esa historia. Por eso Violeta se ha quedado en París.

Ahora, lo que quiero es tener mucho trabajo. Julio se puso en pie y me tendió la mano, que estrechó la mía con firmeza. Era una mano acostumbrada a tocar y moldear cuerpos. A la vez, como yo había comprendido mientras, poco antes, había sostenido la copa de vino, parecía una mano pensada para tener en ella objetos delicados, que lo único que pidieran fuese ser alzados, expuestos en el aire, con el exclusivo fin de que los demás nos fijáramos en ellos.

Mi teléfono móvil, que sólo se iluminaba cuando Teresa decidía enviarme breves noticias desde su retiro veraniego o cuando mi madre reclamaba mi presencia en su casa o simplemente quería saber, según declaraba, que yo seguía existiendo, sonó con su timbre de siempre, pero en la pequeña pantalla no aparecía ningún nombre.

Una voz femenina que me resultó extrañamente familiar pronunció el mío en tono de pregunta. Y añadió: Soy Selina.

Era su voz, sí, la voz de la amiga de Laura, su mejor amiga. Muchas veces habíamos salido los tres juntos, porque cuando yo había conocido a Laura, Selina y ella eran inseparables. Constituían una especie de unidad. Hablaban, se movían y vestían de forma parecida. Ropa cara, de marca, y atrevida, muy llamativa. Si no hubiera sido por el color del pelo, rubio el de Laura, castaño el de Selina, vistas de lejos, las podías confundir. Eso les divertía y a veces se vestían prácticamente igual, como si fueran gemelas.

La última vez que había visto a Selina había sido en el hospital. Pero apenas la había mirado. Los amigos de Laura habían entrado en mi cuarto con caras apesadumbradas y llorosas, pero mi mirada no se había enfocado en ninguna de ellas. No quería mirar. Todo me dolía.

Has cambiado de número de móvil, dijo. Has desaparecido, añadió.

Las palabras salían de mis labios torpemente. La voz de Selina me remitía de una manera tan física, tan rotunda, al pasado, que no encontraba dónde apoyarme. Sólo sentía una profunda extrañeza. Me había quedado sin recursos, sin esas mínimas e invisibles señales que se necesitan para el entendimiento entre las personas.

He pensado muchas veces en llamarte, seguía ella, tu madre me dio el nuevo número de tu móvil, pero no sabía cómo me ibas a recibir. Has cortado con todo. Me ha dicho tu madre que a ella aún le cuesta convencerte de que vayas a verles. En realidad, lo entiendo. Cuando sucede una cosa así, lo mejor es partir de cero. Pero ya ha pasado mucho tiempo, casi dos años, ¿no? Eso es mucho tiempo. Dicen que dos años es justo lo que dura el duelo. Tengo ganas de verte, no es necesario que hablemos de lo que pasó, pero siempre me caíste

bien, ya lo sabes. Para mí, no estás ligado a Laura. La muerte de Laura es algo que no tiene que ver contigo. Ya sé que te lo debería haber dicho mucho antes, pero aún quiero decírtelo. Fue algo que pasó, un accidente. Tú estabas allí. Podía haber sido yo. Cualquiera otro.

A pesar de haber declarado que dos años era mucho tiempo, Selina me hablaba como si el accidente acabara de suceder y los días del hospital estuvieran recientes. Yo no estaba preparado para escuchar esos comentarios. Escuchar, sobre todo, el nombre de Laura, que a mi alrededor nadie pronunciaba. Nadie la había conocido. Hacía sólo unos meses que yo había empezado a pensar en ella, revivía la última escena que nos había tocado trágicamente protagonizar una y otra vez, pero ése era un asunto exclusivamente mío y no hablaba de él con nadie. Con Teresa, nunca. Teresa no hubiera aceptado el drama ni las más pequeñas consideraciones sobre la culpabilidad, y, por mi parte, yo mismo estaba muy interesado en mantener ese territorio, el de Teresa, libre de sombras. Allí no cabían restos de mi vida anterior.

La voz de Selina, tan parecida a la Laura –¡ay, ese tono, esa forma de acentuar las palabras!–, irrumpía de pronto en mi nueva vida, y yo comprendía que esa vida ya estaba marcada por su propia rutina. Otras personas ocupaban el espacio que antes había pertenecido a Laura y a su grupo de amigos.

Creo que has hecho muchísimos progresos, que te vales perfectamente por ti mismo, dijo Selina.

Eso es mucho decir, objeté.

Siempre has sido así, se rió, con la misma risa de Laura, siempre quitándote méritos. ¿Quieres que quedemos a cenar?, preguntó inmediatamente. Si lo prefieres, te voy a recoger a tu casa.

Quedamos directamente, dije, dime dónde.

Me dio el nombre de un restaurante del viejo Madrid, una terraza al aire libre. Nunca había ido allí con Laura.

Pasé los días que me separaban de la cita inmerso en una constante inquietud. ¿Por qué precisamente surgía Selina ahora, al cabo de tanto tiempo, cuando aún no había terminado el verano, por lo que en realidad yo no tenía nada que hacer y estaba dispuesto a aceptar cualquier novedad? Desde que había iniciado una nueva vida, no había visto, ni de lejos, a ninguna de las

personas que antes habían pertenecido a mi mundo. Con la excepción de mis padres y mi hermano. En cierto modo, había sido más fácil de lo que hubiera podido imaginar.

En ningún momento se me había ocurrido pensar que pudiera incorporar a mi nueva vida algo de lo que había existido en mi vida anterior. Incluso la relación con mis padres y mi hermano era muy distinta. Me había separado íntimamente de ellos. Ya no veía a mis padres como a personas cuya principal, casi única, misión en la vida fuera resolver todos mis problemas, allanarme todos los caminos. No veía a mi hermano como a un chico a quien muy probablemente le aguardaba una vida parecida a la mía. La inesperada irrupción de Selina y la proximidad de la cita me decían que quizá yo había efectuado una separación demasiado tajante. Y por tanto falsa, irreal. Mis padres y mi hermano seguían ahí, pero yo les había situado en un lugar muy lejano, ¿no podían ser parte de mi nueva vida? Eso era algo que quedaba pendiente, que se me revelaba como una posibilidad completamente nueva.

Desde el mundo remoto de mi vida anterior al accidente, ahora se me pedía atención. Una persona que no tenía nada ver con mi familia había pensado en mí con cierta frecuencia. Precisamente Selina, la mejor amiga de Laura. Yo había empezado a pensar en Laura, pero ya no existía la posibilidad de volverla a ver. Laura estaba muerta. Por eso yo podía pensar en ella. Estaba muerta para todos. Tampoco ella pertenecía ya al mundo que yo había olvidado de forma tan radical. Laura era parte importantísima del error. El final que había tenido lo demostraba con aterradora claridad.

Pensé en cancelar la cita. Llamar a Selina e inventarme una excusa para no verla. No se iba a extrañar, ni siquiera se podía ofender. No había nada entre nosotros. Era fácil seguir negándolo, vivir de espaldas a esa realidad. Sin embargo, la seguridad con que ella me había hablado, ese tono de voz que tanto me recordaba a Laura, esa forma de acentuar las palabras, incluso de pronunciar mi nombre —decía Es-té-ban, prolongando mucho las dos primeras vocales—, parecía indicar lo contrario: había mucho entre nosotros, no éramos dos desconocidos, habíamos compartido experiencias y amigos. Habíamos compartido a Laura.

Si cancelaba la cita con Selina, una duda esencial sobre mí mismo iría creciendo en mi interior. Podía haberme alejado de ese mundo, pero no podía eliminarlo. Si alguien me llamaba desde allí, debía aventurarme. Al menos, una vez.

El mismo día de la cita, ante mi propio asombro, comprendí que estaba deseando ver a Selina, saber ya de una vez qué quería de mí, de qué íbamos a hablar, cómo me iba a sentir. Y recordé un momento lejano en que me había creído enamorado de ella pero, súbita e inesperadamente, Laura me había escogido. Todo había sucedido de forma tan rápida, que el recuerdo se me había borrado.

Nunca había estado a solas con Selina, no sabía cómo era cuando estaba sin Laura. Quizás a ella le pasara lo mismo conmigo. Quizá los dos tuviéramos, en el fondo, la misma clase de curiosidad. Me sorprendí pensando en esa posibilidad, la esperanza de poder compartir con Selina, a quien apenas conocía y en quien no había pensado durante largos meses, los sentimientos más íntimos y secretos.

Llegué con algo de tiempo al lugar de la cita. Quería prepararme para el encuentro, ir dominando mis nervios. Respiré el aire de la noche de verano, miré a mi alrededor. Había gente de todas clases, turistas y clientes de toda la vida, jóvenes y menos jóvenes. Nadie que usara muletas. Pero las muletas se apoyaban en la silla de al lado y yo estaba sentado.

No reconocí a Selina hasta que estuvo delante de mí. Me apresuré a coger las muletas y levantarme. Me dio dos besos. Ya no se parecía a Laura. No se parecía a nadie. Me asombraba tanto estar con ella, que no me atrevía a hablar, como si con cualquier gesto mío pudiera romperse el hechizo.

He pensado mucho en ti, dijo Selina, y se le ensombreció la voz, como si estuviera atravesando un túnel, tienes muy buen aspecto. No sé cómo esperaba que estuvieras, añadió. No tenía ni idea de cómo estabas, nadie tiene noticias tuyas. Tampoco sé qué me ha empujado a llamarte. No lo puedo explicar, pero necesitaba verte.

Sus ojos se deslizaron sobre mí, como pasándome revista, luego se posaron en los míos.

No imaginaba lo mucho que necesitaba verte, murmuré, y me sentí torpe y fuera de lugar.

Lo que nos ha pasado a nosotros no le pasa a todo el mundo, dijo Selina,

pero es algo que pasa. Ante una cosa tan horrible no se sabe cómo reaccionar. A todos nos sorprendió tu desaparición. Al mismo tiempo, lo comprendíamos, era lógico que no quisieras vernos. Eras amigo de Laura, no nuestro. De vez en cuando, alguien te mencionaba, nos preguntábamos qué harías, cómo te sentirías, cómo sería ahora tu vida. Sé que alguien llamó a tus padres, por eso sabíamos que ya no vivías con ellos.

En realidad, nosotros también nos dispersamos, siguió. El grupo se disolvió. Yo volví a la universidad. He descubierto que me encanta estudiar. Voy a ser veterinaria, siempre me han gustado mucho los animales, ¿recuerdas? Tengo novio. Es hermano de un profesor mío. Es mayor que yo, está separado de su mujer, tiene dos hijos adolescentes que viven con la madre. Quiere casarse conmigo. Por lo civil, desde luego. Nada de iglesias ni de ceremonias. De momento, paso temporadas en su casa. Es un hombre muy especial, muy culto, muy interesado por todo. Es coleccionista de arte, de objetos bonitos. Su casa es como un museo.

Ese hombre fantástico, Tomás, estaba ahora de viaje. Era un gran viajero. Lo sabía todo acerca de los países que visitaba, la historia, la cultura, los hoteles, los restaurantes. Es muy atento, dijo Selina, educadísimo, muy ameno, ingenioso, de manera que tiene muchísimos amigos, gente importante, influyente. La casa de Tomás, a partir de determinada hora de la tarde, más o menos hacia las ocho, era un lugar de reunión, de tertulia. Así que Selina estaba aprendiendo muchas cosas, se había convertido en una estupenda anfitriona, organizaba cenas y disfrutaba viendo cómo sus invitados se lo pasaban bien en casa de Tomás, en aquel momento también suya. Entre los estudios en la facultad, su cada vez más clara vocación de ser veterinaria y la vida social que Tomás le proporcionaba, Selina bien podía declarar que era feliz. ¿Me había llamado para decírmelo, para hacer el relato de su vida y ver el efecto que causaba en mí, una forma indirecta de escucharse a sí misma?

Ésa fue su conversación durante la cena. De vez en cuando, sus ojos se hundían en los míos, como a la espera de algo.

¿Estás enamorada de él?, le pregunté. ¿Era la pregunta que ella esperaba?

Selina se quedó pensativa. Me gusta mucho su mundo, dijo al fin. Es el mundo al que siempre me habría gustado pertenecer. A Tomás le atraigo precisamente por todo lo contrario. Es un educador, nada le gusta más que enseñar, que mostrar. Nos entendemos a la perfección. A veces, le tomo el pelo, pero eso le hace gracia. Tiene mucho sentido del humor, no es de esas

personas que se lo toman todo en serio o se creen superiores a los demás. Me gusta la sensación de haberle conquistado. Me da seguridad.

¿Para qué necesitas la seguridad?, le pregunté.

Me hace sentirme bien, dijo. Quiero ser una persona con quien se pueda hablar de cosas interesantes, que sabe estar en los sitios, una persona con la que los demás cuenten, con la que quieran estar, de la que luego hablen bien, ya sabes, que digan ¡Ay, qué estupenda es!

Los demás, dije. Selina se rió.

Por algo hay que empezar, dijo.

De pronto, la sentí infinitamente próxima, como si ella también hubiera sufrido un accidente. Hubiera querido extender la mano hacia ella, coger la suya, pasarle el brazo por los hombros, atraerla hacia mí, besarla. Miré sus manos, que permanecían inmóviles. Una, sobre su regazo. La otra, alrededor del vaso. Pedí un milagro, un pequeño gesto. ¡Ay!, que esas manos se movieran hacia mí.

¿Te gusta el jazz?, me preguntó. Conozco un local que siempre está abierto, ¿te apetece que tomemos una copa? Es un sitio muy pequeño, muy acogedor, Tomás y yo vamos muy a menudo.

No puedo creer lo bien que te manejas, dijo, ya en el coche, observando todos mis movimientos. ¡Qué buena idea ha sido llamarte, un golpe de inspiración!, exclamó, echando la cabeza hacia atrás, ¿crees en eso, en que a veces pasan las cosas que tienen que pasar y son precisamente las cosas que más deseas, con las que has soñado más, como si nuestros deseos tuvieran influencia en el curso del mundo?

Selina posó un momento su mano sobre la mía. Fue una caricia fugaz que me produjo un placentero estremecimiento.

El portero del bar saludó a Selina con familiaridad, luego me miró, extrañado. Lo mismo hicieron los camareros. Pero las muletas eran una especie de salvoconducto. Sentí que, de no haberlas tenido, la extrañeza de las miradas habría sido hostilidad. Selina les sonrió como si fueran sus mejores amigos.

Cuando la actuación empezó –una joven francesa que cantaba baladas acompañada de un pianista, todo muy suave, por fortuna–, se hizo el silencio. Yo miraba a Selina, que miraba a la cantante, y miraba también a los otros clientes, que de vez en cuando nos miraban. La pequeña dimensión del local nos hacía parecer a todos casi amigos, nos obligaba a aceptarnos unos a otros.

Sobre nuestras cabezas se elevaba la voz de la joven cantante, una voz un poco ronca, a pesar del timbre juvenil. A su manera, cada cual seguía el ritmo de las canciones con el movimiento más o menos leve, más o menos perceptible, de una mano, un pie, la cabeza.

No me quedaba otra opción que esperar ese deseado gesto suyo de acercamiento. Pero allí todos conocían a Selina, o eso parecía, y seguramente por eso nos encontrábamos en ese local y no en otro. Selina no podía traicionar a Tomás en un territorio que era del propio Tomás, por muy inválido que yo fuera. A la vista estaba. En ausencia de Tomás, Selina había llevado allí a un amigo suyo, tan joven como ella, un amigo que, como ella, no pertenecía al mundo de Tomás, pero era inválido y Selina quería ser atenta, incluso cariñosa, conmigo. Aunque sus manos permanecieran lejos de las mías —no lejos, en realidad, sino muy cerca, pero obviamente fuera de mi alcance—, nuestros cuerpos estaban casi juntos, a veces se tocaban y Selina no hacía ningún esfuerzo por separarse de mí, también las rodillas se rozaban de vez en cuando, y nuestros pies tropezaban, medio escondidos entre las patas de la pequeña mesa baja donde descansaban las bebidas. De forma que podía decirse que sí, que Selina me estaba comunicando algo, me ofrecía el calor y el latido de su cuerpo, a ratos pegado al mío. Y cada vez que sus ojos se detenían en los míos, yo me sentía envuelto en una especie de nube, de ambigua promesa.

¿Hay alguna mujer en tu vida?, me preguntó, y apartó enseguida la mirada de mí, como si la pregunta la avergonzara. Tengo amigas, le dije, diferentes clases de amigas. Selina asintió, no preguntó nada más.

En la calle, toda la magia se evaporó. La música, la bebida y la proximidad de la gente me habían ayudado. Ahora volvía a estar solo, inseguro.

Llevé a Selina hasta su casa, en pleno centro. Allí vivía siempre que Tomás se iba de viaje. No le gustaba quedarse sola en casa de Tomás, no era la suya todavía. Compartía ese piso con varios amigos, no verdaderos amigos, especificó, eran estudiantes, uno, como ella, de veterinaria, otros de otras facultades, pero no hacían planes ni salían juntos. No quería muchas confianzas con sus compañeros de piso.

Ha sido una noche estupenda, dijo. Me miró con aquella mirada suya que parecía querer penetrarme, saber algo muy especial de mí. Acercó su cara a la mía y mis manos se alzaron para sentir el calor y la suavidad de su piel. Nos besamos. Fue un largo beso, hubiera podido durar eternamente.

Quise salir del coche, pero Selina no me dejó. Yo estaba en inferioridad de condiciones, tenía que hacer un esfuerzo para salir, y ella se impuso.

Selina se me había escapado, pero no del todo. Mi ropa olía al perfume de Selina, muy distinto del de Teresa. Los perfumes de Teresa –como Violeta, Teresa no siempre usaba el mismo perfume– eran intensos, muy aromáticos, envolventes. El olor de Selina era suave, como si no quisiera desprenderse de ella, había que estar muy cerca para sentirlo. Ahora se extendía en el aire cálido de la noche, más allá de mi coche, y se quedó conmigo, adherido a mi ropa, a mi piel.

El tiempo volaba cuando Violeta venía al ático, me dijo Julio en El Mercurio, donde coincidíamos a la hora del desayuno. Yo aspiraba, saboreaba, el perfume siempre cambiante de Violeta, dijo, sus gestos imprevisibles, todos los movimientos de su cuerpo, distintos siempre, nuevos. Aquellos ratos se salían del discurrir lógico del tiempo. Eran largos, no tenían minutos ni horas, pero siempre tuve una intensa sensación de fugacidad, de perentoriedad, presentía que Violeta se me escaparía, porque Violeta no puede detenerse. Me enamoré precisamente de eso, del movimiento que había en ella, que era ella, de todo lo que se esfumaba nada más aparecer.

Cuando me dijo que se había enamorado de mí, no me lo creí. Por eso me fui. Me escapé. Tuve miedo y huí. No me fiaba. Violeta no se puede enamorar, su amor, si llega, será de otra clase, un amor con reglas muy distintas, quizá sin reglas, no sé, pero no el amor que puedo dar yo. No tuve valor para explicárselo y tampoco creo que estas cosas se puedan explicar, porque uno mismo no se las explica, las intuye, las sabe, nada más. Huí porque me vi a mí mismo atrapado en la red de todos los gestos de Violeta, anulado, a su capricho, y ella entrando y saliendo en mi cuarto, en mi vida, cuando le diera la gana, sin un solo proyecto ni plan ni meta alguna en la cabeza, entrando y saliendo porque es así como ella vive, sin detenerse a pensar. Si surge en ella un atisbo de pensamiento, de reflexión, se convierte inmediatamente en acto, en gesto.

Huí de Violeta y me marché sin despedirme. Se lo había avisado desde el principio, el trabajo que tengo me obliga a viajar mucho, me iré y volveré, no son viajes definitivos, le dije, no voy a estar todo el tiempo comunicándote mis planes, muchas veces, además, surgen cosas a última hora. Pero lo de París no había sido nada improvisado. Era un curso especial para masajistas deportivos, una especie de beca. No quise despedirme, no me atreví.

Llamé a Violeta desde París. Luego le escribí una larga carta. Le confesé que ni un solo día desde que me había marchado había dejado de pensar en ella. Sabía que hacer una declaración así era algo peligroso. Me temblaba el pulso al escribir estas palabras, una a una, pero no las taché, me atraía ese

peligro, no podía escapar de él. Ni siquiera cuando eché la carta al buzón me arrepentí. Estuve esperando día a día, hora a hora, minuto a minuto, noticias de Violeta. ¿Cómo me iba a arrepentir?, sólo deseaba volver a verla, volver a caer en la red de sus gestos, tocar, observar, retener el cuerpo que se me escapaba.

La recordaba dormida, tendida a mi lado, casi siempre de espaldas a mí. Yo me incorporaba con cuidado para mirar su cara, le apartaba el pelo que caía sobre sus ojos cerrados. Está dormida, me decía, quieta al fin, está a mi lado. Pero no podía engañarme, estaba lejos, quién podía saber cuáles eran sus sueños, quién podía decirme si yo aparecía en ellos.

No sé cuántos días o cuántas horas transcurrieron desde que envié a Violeta aquellas palabras de socorro y el momento en que ella apareció, a la puerta del piso, en París, con el pelo más rojo y más extrañamente cortado que nunca, las uñas pintadas de esmalte morado, y una pequeña mochila a sus pies. La vi y tuve que mirarla mucho rato porque ya no me fiaba de mis ojos, hasta que ella extendió la mano y me tocó, no sé si en el hombro o en pecho o en el brazo.

Luego supe que Violeta no había leído mi carta, que había decidido viajar a París quizás en el mismo momento en que yo la estaba escribiendo.

¿Es que no vas a invitarme a pasar?, me preguntó, y sus ojos sonrieron. Y me parece que entonces, al sentir su mano tan cerca de mí, la cogí, la atrapé, la abracé, todavía con la puerta abierta, la abracé en el mismo umbral de la puerta, cerré los ojos porque me daba miedo mirarla, volver a ejercitarme en retener todos sus gestos, y hasta creo que lloré, o lloró ella, no lo sé, sólo recuerdo que sentí un sabor amargo en la garganta, un dulce sabor amargo, un dulce dolor que no sabía si era mío o era de ella.

No sé el tiempo que permanecemos, otra vez encerrados, sin salir a la calle. Con la sensación de fugacidad más presente que nunca, sin embargo, la sensación de que esta vez iba en serio y la convicción de que esa historia tendría un final, porque alguna vez saldríamos del cuarto y saldríamos a la calle, no ese día, pero otro, y ya se presentía ese día, el final de la historia. Acepté el final que antes me asustaba tanto, sin dejar de sentir temor, desde luego, pero lo admití, a sabiendas de que no era posible esquivarlo, que cada minuto que pasaba era único y valioso y que yo no podía prescindir de él.

Ha venido a despedirse, me dije. De pronto, me di cuenta de su

padecimiento. Se había enamorado de mí, pero era una enfermedad y había venido a curarse. Los dos nos teníamos que curar.

No tuvimos que decirnos muchas cosas, apenas hablamos durante los largos días en los que Violeta permaneció a mi lado. Yo entraba y salía del cuarto y ella me esperaba o paseaba o me iba a buscar al término de mi jornada. A veces Violeta me esperaba en la calle, apoyada contra un árbol, o sentada en un banco, o en el bar de enfrente. Cuando de nuevo la veía, a unos metros de distancia, me daban ganas de llorar. Violeta, de lejos, parece parte de un cuadro, de la escena de una película, algo que tiene entidad por sí mismo, que nunca será tuyo y que es un privilegio poder contemplar.

Hablábamos poco, quizá porque los dos estábamos exhaustos y ya un poco vacíos, ya nos preparábamos para la despedida.

Con los ojos llenos de lágrimas, tendida a mi lado, Violeta me confesó que al fin había llegado a entender las frases melodramáticas de las canciones de su madre. No me gustaban esas canciones y no las entendía, y lo que menos entendía de todo, dijo, era el convencimiento, el desgarró, la pasión con que mi madre las lanzaba al aire, como si le salieran de muy adentro. Yo era una niña. Del amor no sabía nada en absoluto. Aquellas frases me parecían oscuras, incomprensibles, resbalaban sobre mi entendimiento como si estuvieran compuestas en un idioma desconocido, caían al vacío y yo no me molestaba en recogerlas. En el fondo, me irritaban, dijo Violeta, me parecían una especie de ofensa personal el que a mi madre le importaran tanto, que se entregara a ellas y las entregara luego a su público como si fueran algo esencial. Yo estaba fuera de eso, y supongo que casi llegaba a odiar a mi madre en esos momentos.

Los dos sabíamos, siguió Julio, que si ella hablaba así era porque ya había empezado a recuperar la razón. La emoción ya se estaba desvaneciendo, debilitando. Comprendí que había sufrido tanto como yo, y eso fue lo que me curó a mí. Los primeros días siempre había un momento en que Violeta lloraba, como si no pudiera más, y yo me dije: Habrá un día en que ya no llorará, y eso será el aviso, la señal. Quizás ella se decía lo mismo que yo, porque puede que yo también llorara, porque yo tampoco podía más.

Así se acabó todo. Cuando Violeta salió de mi cuarto de la pensión con la mochila colgada a la espalda, decidida de todos modos a quedarse en París, ya vacía de lágrimas, llena de planes porque en sus idas y venidas, en sus paseos y en sus esperas, había conocido a mucha gente, y otra vez era la

Violeta de siempre, inquieta, alegre, amable, curiosa, comunicativa, abierta al mundo, yo ya me había calmado, y le pude decir adiós con serenidad. La vi alejarse sin que nada se me rompiera por dentro, casi liberado, yo también abierto al mundo, porque el amor pesa, el amor, cuando es tan intenso, una pasión, te arrincona y no te deja respirar.

Me gustaría encontrar algo fijo, dijo, repentinamente serio, no andar siempre de un lado para otro. Me he cansado de viajar, me gustaría tener algo parecido a un hogar, estabilidad, calma. Ya entregué tu dossier al director del Centro de Rehabilitación, le dije.

Gracias, musitó. Luego levantó las manos, mostrándomelas, como si yo nunca las hubiera mirado.

Se puso de pie, retrocedió hasta situarse a mis espaldas, posó sus manos sobre mis hombros. Sentí un leve escalofrío, pero me quedé quieto, rígido, a la espera. Así podrás hablar por ti mismo, dijo.

La idea de que Julio me hiciera una demostración de sus habilidades de masajista junto a la barra de El Mercurio me resultaba absurda. Por fortuna, no había muchos clientes.

Las manos de Julio se apoderaron de golpe de mis hombros y de mi columna vertebral, y mi cuerpo dolorido y lleno de emociones intensas y contradictorias, porque el recuerdo de Selina se imponía a veces sobre la añoranza de Teresa, y ambos sentimientos me causaban un enorme desasosiego, fue recorrido por un escalofrío que, imprevisiblemente, estuvo a punto de convertirse en lágrimas.

La misma noche en que conocí al Portugués me perdí entre sus brazos con una seguridad y una confianza que no había experimentado jamás, dijo Dayana, fijando la mirada en las sombras de la plaza nocturna. Fue como llegar a un lugar que sabes que es de tu propiedad y de lo único que te extrañas un poco es de que sus habitantes te resulten desconocidos, siguió. Eso me pasaba con el Portugués. Sólo con rozarle con los dedos, ya me sentía en tierra firme y conocida. Cuando le veía de lejos, pensaba que bastaba con alargar la mano para sentir en mi piel el calor de su cuerpo y llenarme de alivio y seguridad, de deseos de perderme en él. Pero me asombraba y me extrañaba un poco el habitante del cuerpo, no sabía qué hacer con él, cómo tratarlo. Por eso sólo podía verlo un rato, nunca más de dos días seguidos, y por eso, finalmente, me tuve que alejar de él.

Sin embargo, he pensado mucho en el Portugués, sobre todo en los momentos de total desconcierto y desánimo, y me he dicho que debía haberme dejado llevar, que no tenía que haber recelado tanto, que quizás ése era el lugar que me correspondía, porque las dudas nunca se pueden eliminar del todo. El Portugués me daba certezas.

Era un hombre que llamaba la atención. No porque fuera muy guapo, sino porque emanaba fortaleza y generosidad, interés por los demás. Era alto y fibroso, el típico hombre que parece que hace deporte con regularidad. Tenía una mirada profunda y movía mucho las manos al hablar. Estaba lleno de energía. Y de tiempo. Cuando estaba contigo te hacía pensar que en ese momento no había otra cosa más importante para él que estar ahí. Las mujeres lo perseguían. Algo te decía que te ayudaría en caso de necesidad. En cierto modo, era como un sacerdote, pero de una religión particular, propia. Lo llamaban el Portugués porque había vivido algunos años en el sur de Portugal, se manejaba bien en ese idioma, también hablaba francés y algo de inglés. Tenía el don de lenguas, conocía a muchísima gente y de todos hablaba con cariño, con preocupación, todas sus historias eran historias de ayudar a los demás. Era iluminador, el responsable de las luces del escenario. También trabajaba en el cine, le habían ofrecido ir a Los Ángeles con una productora,

pero a él le gustaba la vida que llevaba. No era ambicioso. El dinero no le interesaba. Tenía algo de artista.

Creo que el Portugués se enamoró de mí, que estaba dispuesto a hacer lo que fuera por mí. Me lo decía y yo le creía, y, recordándolo, aún le creo. Podría encontrar un trabajo fijo en alguna ciudad, decía, donde yo quisiera, en Portugal, donde él conocía a tanta gente, o en Francia, donde también tenía muchos amigos, lo que me pareciera mejor. Por mí, decía, estaba dispuesto a cambiar, se establecería en alguna parte, donde yo quisiera. Si yo quería, decía, él mismo hablaría con Eugenio, le explicaría qué era lo que había pasado con la mayor calma, porque no se trataba de herir ni de menospreciar a nadie. Él lo solucionaría todo. Nos llevaríamos a Violeta con nosotros, desde luego.

Lo dejé pasar por delante de mí sin retenerlo, el hombre ideal, el lugar de la seguridad y la certeza. El Portugués entendía mi ambición. Me acompañó en algunas de mis giras y actuaciones. Se volcaba en los preparativos, trabajaba horas y horas hasta conseguir la iluminación perfecta, aunque él nunca se daba por satisfecho. Luego, se situaba muy cerca del escenario para darme ánimos, para disfrutar de mí más que nadie, decía, para sentirse privilegiado, escogido por mí.

Lo dejé pasar, Esteban, no sé bien por qué, ya no puedo recordar las razones. Lo dejé, quizá, porque yo no era paciente, porque me sentía demasiado inquieta, porque mi vida se había deshecho en fragmentos y ya no podía cambiar, no podía ponerme en sus manos ni fiarme enteramente de nadie. Pero si cierro los ojos aún puedo verlo, y siento la seguridad que irradia su cuerpo, los ojos que me miran como si siempre me estuvieran descubriendo, las manos que me tocan y me abarcan y me sostienen. Si supiera dónde está, le llamaría, y creo que no haría falta que nos dijésemos nada, que me apoyaría en su hombro como si tal cosa, como si el tiempo no contara. Eso pienso aún, Esteban, que yo hubiera podido vivir con el Portugués y todo sería distinto ahora, y a veces siento nostalgia de esa vida que dejé de lado, y a veces, aun sintiendo nostalgia, sé que no era la vida que yo tenía que vivir, no sé por qué, quizá no existen las razones.

Pero ¿qué vida es esta que tengo que vivir?, ¿no fue el miedo lo que me detuvo? El miedo o la ambición, no lo sé, porque aún necesitaba el escenario, aún creía que allí sucedería lo mejor, lo más esencial, lo más indiscutiblemente mío que me podía suceder, y todo eso me distrajo, por eso

no pensé demasiado en lo que sería mi vida al lado del Portugués, porque, al fin, la calma, la seguridad e incluso el amor me parecían poca cosa, o cosas que siempre van a la deriva, en las que no se debe poner ningún empeño, porque todas las fuerzas se reservan para lo principal, toda la atención se concentra en esa posibilidad, esa brecha, la aparición, el milagro.

Ya no sé qué ha sido de ella, de mi ambición. Todo se me complicó, Esteban, me fui debilitando, como la vela encendida que se consume lentamente.

Tuve noticias del Portugués durante un tiempo y al fin él también, como tantas otras personas, se esfumó, y yo no hice nada por encontrarle, porque eso era lo que pasaba con el Portugués: me buscaba siempre él.

Pasó mucho tiempo antes de que le volviera a ver. Yo ya lo había dado por perdido y precisamente por eso le echaba de menos más que nunca. Era, sobre todo, una idea, un sueño, más que una posibilidad real. Eso es algo que me ha ocurrido siempre. Una persona desaparece de mi vida y yo ya creo que ha entrado en otra realidad, que es prácticamente imposible que nuestros caminos se vuelvan a cruzar, porque ya pertenecen a mundos diferentes, mundos que nunca convergen. La mayoría de las veces es así. Las personas salen de tu vida y no vuelven, ni siquiera tienes noticias de ellas. Se van por otro lado, así que lo normal es no volver a verlas nunca más. A partir de ese punto, te rebelas, pides otra oportunidad, recuperar todo lo perdido.

De manera que me llevé una verdadera sorpresa cuando lo vi. Fue en Valencia. Yo actuaba en una especie de café concierto. Vi al Portugués sentado a una mesa, junto a una mujer joven, más joven que yo, eso me pareció. La chica abandonaba sus manos en las de él, esas manos grandes y poderosas que yo conocía tan bien. Fue tanta mi alegría que apenas sentí celos de aquella mujer. El Portugués se levantó casi de un salto, soltando las manos de la joven, que se quedaron en el aire, desconcertadas, y se me acercó con los brazos abiertos.

Se había enterado de mi actuación, dijo, estaba en Valencia por motivos de trabajo, y había venido a verme. El azar da esta clase de regalos. ¿Quién le iba a decir que yo me encontraba en Valencia, donde él estaba rodando una película? Al cabo de los años, nuestros caminos se volvían a cruzar, ¡no lo podía creer! Pero yo estaba igual que siempre, ¡más guapa!

Me miraba como si yo fuera una aparición, sus manos rodeaban mis brazos, como reteniéndome o confirmando mi existencia. La vida le había llevado de

aquí para allá, como de costumbre, dijo. Finalmente, había aceptado una oferta de trabajo en unos estudios de Hollywood, donde había vivido un par de años. Estaba con una amiga, una joven actriz, dijo en un tono que no supe interpretar. Me invitó a acercarme a su mesa y me presentó a la chica. No sé si se llamaba Elena o Isabel, uno de esos nombres que llevan las mujeres que aman el orden y la legalidad sobre todas las cosas, mujeres que te miran a los ojos abiertamente, dejando claro que no tienen necesidad de encubrir nada, que su vida es sumamente limpia y despejada, aunque no te miran más que un momento, porque tú no les interesas, a ellas sólo les interesa aquello que está claramente clasificado, y con muy buena puntuación, por supuesto, y tú no eres más una mancha oscura, una sombra incómoda. La chica me miró y luego abandonó sus manos entre las del Portugués. Fue un gesto de posesión, y a la vez natural, confiado, como si no se le pasara por la cabeza que el hombre que se encontraba a su lado pudiera desear a otra mujer.

Curiosamente, no sentí celos de esa mujer, insistió Dayana, pensativa. Como siempre me había sucedido con el Portugués, me entró una especie de felicidad, de calma. Otra vez palpé su amor, su entrega. Me lo decía con los ojos mientras mantenía sus manos enlazadas con las de Isabel. Aún tenía en mi piel el calor de su cuerpo, el amor de su cuerpo. Había habido algo tan indiscutible en su entrega, que anulaba toda duda.

Entonces ella se fue un momento, quizás a los aseos. Nos dejó solos. El Portugués me preguntó cómo me encontraba de verdad, cómo me sentía, quería saberlo todo sobre mí. Sus ojos me penetraban, alcanzando mi interior. Me hubiera echado, llorando, en sus brazos. No decirle nada, sólo apoyarme en él. Le dije, susurrando y muy deprisa, que me sentía sin fuerzas, que ese local no me gustaba nada, que me parecía un lugar casi tenebroso, como una gruta, un pozo. Pero, por encima de todo, le dije, no soportaba la compañía de Dani. Sigues con él, murmuró. No del todo, dije, no estoy del todo con nadie. Asintió. Luego dijo: Dime cómo te puedo ayudar.

Le pedí que no abandonara el local en cuanto terminara la actuación, que nos invitara a Dani y a mí a sentarnos a su mesa. En cuanto yo me apartara de los focos, Dani andaría pegado a mí. Sólo le pedía eso, pasar un rato tomando copas juntos. Pasar un rato a su lado, olvidarme de todo lo demás.

Muy bien, dijo, y apretó mi mano fugazmente. Y justo entonces volvió Isabel.

Así era el Portugués, sonrió Dayana, siempre dispuesto a darme lo que yo le

pidiera, generoso, obsequioso. Es verdad que nunca le pedí nada extraordinario, pero sabía que del mismo modo que, con toda seguridad, iba a invitarnos a Dani y a mí a su mesa al término de la actuación porque eso era lo que yo le había pedido, habría cumplido una demanda más caprichosa o arriesgada.

Sentí sus ojos clavados en los míos mientras cantaba, los ojos grises, envolventes y luminosos del Portugués. De vez en cuando, él le hacía una caricia a Isabel, una caricia mecánica, sin alma, y ella dejaba caer la cabeza sobre su hombro. Mientras cantaba y me perdía en sus ojos, mientras miraba al público con los mismos ojos de entrega con que lo miraba a él, me sentí colmada.

Pero esa clase de felicidad no se puede retener.

Dani me esperaba en el camerino. Le dije que me había encontrado con un viejo conocido que, justo antes de la actuación, me había propuesto que fuéramos a su mesa para celebrar el encuentro. Está con su novia, le dije, una chica muy guapa. Dani no puso ninguna objeción. Normalmente, no le gustaba que tomáramos una copa con más gente después de las actuaciones, pero aquella vez se encontraba de buen humor. Todo había salido muy bien, decía, el sitio era acogedor, yo había cantado muy bien y el público había guardado silencio. Lo conduje hasta la mesa del Portugués, y en cuanto las manos de unos y otros se cruzaron por encima de la mesa en los saludos y las presentaciones, y todos tomamos asiento, sentí sobre la rodilla la presión de la rodilla del Portugués, su pie rozó el mío. No sé cómo, se las arregló para decirme que no estaba casado con Isabel. No se había casado, me susurró, no tenía ninguna intención de casarse, siempre estaría disponible para mí, eso me dijo cuando nadie nos miraba, mientras su rodilla me transmitía fuerza y calor y sus pies tocaban los míos.

No puedo entender cómo nadie –ni esa mujer, Isabel, ni Dani– se dio cuenta de la historia subterránea que transcurría entre el Portugués y yo, cómo no pudieron interpretar –porque sinceramente eso es lo que creo, que ninguno de los dos se dio cuenta de nada– la agitación que nos embargaba a todos, porque no parábamos de hablar y de beber, como si nos hubiéramos reunido para celebrar algo los cuatro, cuando éramos sólo nosotros dos, el Portugués y yo, quienes conscientemente sí estábamos celebrando algo: la felicidad de volver a estar juntos, aunque fuese en esas condiciones, rodeados, quizá no espiados, pero rodeados.

El Portugués fue quien llevó el peso de la conversación, no cesó de relatar anécdotas de tiempos y países lejanos, historias largas y complicadas a las que no era muy fácil prestar atención, y de hecho yo ni me molestaba en seguir el hilo, estaba pendiente de la intensidad con que el Portugués se pegaba a mí por debajo de la mesa, pendiente de mi propia intensidad, porque yo también me pegaba a él, como si quisiera salir de mí misma, y hasta cerraba los ojos de vez en cuando para saborear ese contacto. Era asombroso cómo el Portugués podía desplegar esas historias mientras me enviaba aquellas oleadas de pasión. Era más que deseo, era, como siempre había sido con él, la promesa de la vida resuelta.

Nos despedimos de madrugada. Me dio un abrazo suave, un abrazo que era el polo opuesto de esa intensidad con que nuestros cuerpos habían estado hablándose, palpándose, bajo la mesa, y deslizó en el bolsillo de mi abrigo una tarjeta. Sentí la mirada de Dani sobre mi nuca, e incluso los ojos de Isabel, a un lado, por primera vez interrogantes. No me atreví a hablar, a dejar caer en su oído una sola palabra. Llámame, hubiera debido decirle. Sólo le miré a los ojos un instante y, mientras me abrazaba con tanta suavidad, los cerré otra vez, como los había cerrado tantas veces en el local.

Descubrí la tarjeta al día siguiente, ya en casa. Había anotadas muchas direcciones y muchos números de teléfono, porque el Portugués era un ser errante. Y la miré, miré muchas veces la tarjeta después de aquel encuentro, estuve muchas veces a punto de llamarle, de enviarle una nota. Imaginaba la carta que le enviaría, algo muy breve, muy contundente, que le hiciera venir a buscarme. Algo como: ¿Voy a vivir el resto de la vida lejos de ti? Sí, me habría gustado escribirle una frase así, una frase que le obligara a tomar una decisión.

Pero tuve miedo, porque podía suceder —eso era lo más probable, lo que podía esperarse de él si yo le enviaba ese mensaje— que él me buscara, que decidiera al fin intervenir en mi vida, y yo, luego, aún podría dudar, no sabría qué darle.

A pesar de todo, durante algún tiempo esperé algo. Una esperanza teñida de temor, la verdad. Cuando llegaba al buzón un sobre enigmático, que luego resultaba ser irrelevante, antes de abrirlo me preguntaba: ¿serán noticias del Portugués? Me decepcionaba un poco que no fuera él, que la carta no tuviera la menor importancia, pero a la vez sentía alivio, porque ya no estaba segura de necesitarlo y su aparición habría supuesto una complicación más.

Ese miedo me detenía cuando, en horas de profundo desánimo, de completa debilidad, me acordaba del Portugués y me preguntaba dónde habría guardado su tarjeta, que finalmente se extravió.

Tuve la oportunidad de volver a actuar mucho después, cuando ya había iniciado el retiro. Pagaban mal, eso fue determinante. No sé si todo habría sido distinto si la cantidad ofrecida hubiera sido más elevada, más justa, porque cualquier persona en su sano juicio hubiera rechazado aquella oferta, incluso el amigo que me la brindó lo hizo con la cabeza baja, casi como recomendándome que no aceptara, diciéndome con su actitud que eso era volver al escenario por la puerta de atrás, como a escondidas. Si yo rechazaba la oferta, lo comprendería, no iba a insistir.

No hacía ninguna falta ese comentario, esa voz y ese gesto de disculpa. Yo no estaba ciega, no había ninguna necesidad de que me lo hicieran notar, no estaba incapacitada para reconocer las ofensas. Ya suponía un ofensa que alguien que no fuera yo estuviera más interesado que yo misma en defender mi propio orgullo, mi propia dignidad. El dinero que me ofrecían era muy poco, lo sabía muy bien, pero sabía también que a fin de cuentas era algo, a mí no me sobraba el dinero, no podía rechazar ningún dinero. Ésa era la medida del valor que me daban, aun cuando yo no era una principiante que debe hacerse un nombre, que tiene todo el camino por delante y sabe que ha de superar muchos obstáculos. Llevaba un tiempo alejada de los escenarios y todos los artistas que se retiran sueñan con un regreso grandioso, pero cuando se desea volver, se vuelve de cualquier modo. Así que si yo hubiera estado verdaderamente empeñada en volver, lo habría hecho, con escasa grandeza, eso qué importa, ¿quién sabe lo que te pagan y lo que eso significa para ti?, eso no lo sabe en realidad nadie, uno se crea su propia grandeza, y por eso me irritaban los consejos de mis amigos, sobre todo de aquel que me tendía la mano para decirme inmediatamente que no aceptara, que me olvidara de todo el asunto porque era un mal asunto y él no habría debido planteármelo.

El verdadero problema era que ya no estaba segura de mi ambición. La ambición se había ido desdibujando y transformando en algo que no se podía definir con precisión, ¿tranquilidad?, ¿sosiego? El mundo del espectáculo había dejado de atraerme. Si volvía, incluso podría perder lo que tenía ahora, que no podía determinar lo que era, pero era lo que tenía, lo que yo era.

¡Si se pudiera cantar y actuar a solas y que todo el mundo te escuchara y te viera! Si me hubieran llegado a ofrecer por el regreso una cifra más elevada, una cifra más razonable, no sé si habría vuelto, quizá sí. No me atrevo a aventurar una respuesta negativa. En definitiva, eso fue lo que ocurrió: pude rechazar la oferta porque era mínima, pude hacer lo que quería de verdad. Es curioso, pero la razón de poder hacer lo que de verdad quería fue el escaso dinero que me ofrecieron. En ese momento me di cuenta de que no quería cambiar mi vida. Volver al escenario era como retroceder. El valor del escenario se había debilitado para mí, el escenario ya no era el lugar necesario.

No fue una renuncia dolorosa, no me costó ningún esfuerzo esa negativa, pero creo que en lo más hondo esperaba que, en compensación, sucediera algo después. Se renuncia a una cosa y se espera algo así como una recompensa, un premio. No sucedió nada. ¿Qué podía haber sucedido?, ¿acaso que me hicieran otra oferta mucho mejor?, ¿un reconocimiento especial que no supusiera volver al escenario, a la luz de los focos?, ¿que me tocara la lotería, a la que no juego?

Fue entonces cuando sentí la desilusión, cuando le vi la cara a ese sentimiento de ausencia, de espera inútil, que a veces se me instala muy adentro. Entonces empezó, inmediatamente después de aquella negativa. Supe que una parte de mí misma que siempre había considerado la más importante de todas, no volvería a expresarse. Y, ahora, ¿qué?, me preguntaba, y no veía nada, ninguna luz.

Como siempre que me he sentido dentro de un túnel, pensaba en el Portugués. En cierto modo, siempre había pensado que el Portugués podía salvarme, que podía hacerse cargo de mí, y por eso nunca he dejado de echarle de menos. Con él a mi lado, yo no habría tenido que hacer otra cosa que ponerme en sus manos, cerrar los ojos y dejar que él tomara todas las decisiones. Pero no he querido vivir así.

Cuando me incorporé a la rutina del centro, enseguida percibí un ambiente de novedad. Julio había sido contratado. Yo ya lo sabía, porque él me lo había comunicado inmediatamente y me había agradecido con efusión mis gestiones. Lo único que había hecho yo había sido entregar su dossier al director. Luego, según me contó Julio, había tenido lugar la entrevista y, por así decirlo, la exhibición. Julio les había conquistado.

Mi cuerpo ya había probado el efecto de sus manos, de forma que no me extrañé. Pero la conquista de Julio superó todas las expectativas. Si el director hubiera imaginado semejante resultado, habría contratado a Julio sin hacerle ninguna prueba.

Yo vivía pendiente de la llamada de Teresa. Le dejé algunos recados en el móvil, pero, como era habitual en ella, no los contestó. No me avisaría, un buen día aparecería por el centro y ya veríamos lo que sucedería después. Nuestros encuentros nunca habían estado asegurados, no existía ningún acuerdo explícito entre nosotros, ninguna promesa. Su ritmo siempre había dependido de ella. Yo me había esforzado por aceptar que una parte de mi vida quedaba en sus manos, pero muchas veces me preguntaba si alguna vez reuniría la seguridad suficiente para decirle que no podía vivir en esa constante espera.

El reencuentro con Selina había introducido una variante en mi vida. No la había vuelto a ver, pero nos comunicábamos a través de mensajes telefónicos y correos electrónicos. Había días en que pasábamos mucho rato hablando así. Selina no tenía tiempo para verme, decía, pero, mientras estudiaba, hacía una pausa y se dirigía a mí. Raramente me hablaba de Tomás. La sombra de Laura se había evaporado.

Selina me preguntaba por mis amigas del centro. Me halagaba pensar que sentía una especie de celos. Quería que se las describiera, ¿había alguna especialmente guapa o especialmente simpática? Era como si me estuviera empujando a hacer una declaración.

Pero yo me resistía a hacerle confidencias. Y cuando Teresa volvió al centro, antes de que septiembre finalizara, no se lo dije, no le hablé de ella.

Tenía la piel dorada por el sol y sonreía como si el verano no le hubiera dado más que dicha, ninguna decepción. Me dijo que no le había dado tiempo de llamarme, acababa de regresar, y se había venido al centro corriendo, ¿tenía yo algo que hacer por la tarde? Demasiado bien sabía ella que yo no tenía otra cosa que hacer que responder a su llamada.

Nuestro rito fue llevado a cabo lentamente. El tono dorado de su piel le daba un aspecto más juvenil, parecía una mujer joven y fuerte. Me hubiera gustado hablarle de Selina, pero instintivamente opté por el silencio. Teresa era generosa conmigo, era generosa con nuestro juego, ¿qué papel podía jugar Selina en él?

Se había fijado en Julio, naturalmente. No pasaba desapercibido. Además, quienes habían probado sus masajes, siempre andaban a su alrededor, pidiéndole consejos. Yo era el responsable del fichaje de Julio, le dije con orgullo.

Qué historia más romántica, dijo Teresa, cuando le expliqué cómo había llegado Julio a nuestra vecindad, y el amor que había suscitado en Violeta de forma inmediata, y el posterior regreso de él, mientras ella permanecía en París. Mi cabeza reposaba sobre su pecho y sentía el aliento de Teresa acariciando mi pelo.

¿Lo presentí en ese mismo momento?, ¿caí en la cuenta algo después, ya en casa?, ¿lo había sabido desde el instante en que entregué el dossier de Julio al director del centro? Tengo la impresión de que fue allí, con la cabeza abandonada entre los brazos de Teresa, cuando vi venir la historia. Creo que sentí el latido del corazón de Teresa en mis venas. Esa frase, «Qué historia más romántica», se quedó flotando entre nosotros, separándonos. En ella habitaba el deseo de vivirla, de hacerla suya, de que la frase, al fin, no la pronunciaran sus labios, sino los de los otros, los observadores de su vida. Esa historia romántica tenía que ser la suya.

Me convertí en un espía.

Más de una vez, sorprendí la mirada de Teresa detenida en el cuerpo de Julio. Pero Teresa no era la única que lo solicitaba. Todos los pacientes, en especial las mujeres, preferían sus manos a cualesquiera otras.

Julio era extremadamente discreto. No sostenía la mirada a nadie. Irradiaba

satisfacción. Su mirada feliz y luminosa bailaba por encima de nuestras cabezas. Si se había fijado en Teresa, disimulaba.

Pero yo les perseguía. Estaba acostumbrado a observar los más pequeños movimientos y gestos de los otros. Me había hecho un experto en esas miradas rápidas y sutiles que nadie suele advertir.

Los vi en el pasillo, apartados de todos, quién sabe lo que se estaban diciendo, pero era algo íntimo. La forma en que sus cuerpos se inclinaban uno hacia otro, ese espacio que creaban sólo para ellos, el rumor de sus voces medio ahogadas por la emoción, todo eso llegó hasta mí para corroborar lo que había intuido días atrás.

Cerré los ojos, como si con ese gesto pudiera borrar la escena que acababa de contemplar. La punzada de los celos fue tan aguda que tuve que recostarme en la pared. Había intentado prepararme, pero no estaba preparado. Desde el fondo del pasillo, Julio volvió la cabeza hacia mí y acudió a ayudarme, a sostenerme. Sin duda, pensó que me había mareado y que me habían fallado las fuerzas.

Teresa me lanzó una mirada perdida, desinteresada de mí. Probablemente, no me veía. No podía ver a nadie, seguía mirando a Julio, lo llevaba dentro de la mirada.

Julio me hizo entrar en la sala de relajación, me ofreció un vaso de agua.

Haz los ejercicios más despacio, dijo, te he estado observando y vas muy deprisa, no se trata de velocidad, recuérdalo, la velocidad, entre nosotros, carece de sentido.

Me lo decía con complicidad, a mi lado, «entre nosotros», perfectamente confiado, sabedor de mis buenas intenciones. Yo era el artífice de su trabajo en el centro, su vecino, su amigo.

No podía mirarle de frente. De haber podido, le habría dicho que me dejara solo, que por favor, por encima de todo, no me hablara nunca de Teresa, que prefería ignorarlo todo. Eso es lo que le diré, me dije, desviando la mirada, clavándola en el vaso de agua, cuando se me acerque para hablarme de Teresa. Lo cortaré de raíz. Ninguna confianza, ni la más remota posibilidad de apoyo o comprensión en este terreno.

Renuncia absoluta, no me queda más que esto, me dije.

Teresa nunca me diría nada, simplemente no volvería a llamarme. Ya podía quedarme a la espera de un nuevo encuentro durante años, ya podía pedirle a Teresa que me dijera algo, unas palabras de despedida. Tenía la certeza de que

ella actuaría así, de que no juzgaría necesario dirigirme las más breves frases de justificación, lo único que podía hacer era retirarme, también yo, en silencio, sólo dispuesto, también yo, a no escuchar. Sólo podía adelantarme en eso, en la determinación de no escuchar.

No sé si, mientras se habían producido nuestros encuentros y se habían sucedido nuestras citas, los otros pacientes del Centro de Rehabilitación habían tenido alguna sospecha. Creo que en el centro Teresa era más amable conmigo que con los otros. Sobre todo, al principio. Más adelante, me miraba de lejos y quizá me hablaba menos, pero no porque quisiera disimular, sino porque ya no necesitaba conquistarme, le bastaba con decirme dos palabras, el día y la hora de la cita. Recordando ahora mi propia experiencia, me convertí en un observador implacable.

El idilio con Julio empezó a desarrollarse a la vista de todos, aunque nadie lo comentaba, como quizá tampoco habían comentado su idilio conmigo, si es que había sido tan evidente. Pero yo era un observador muy especial, era el amante abandonado que, por si fuera poco, tiene ante los ojos las secuencias de la nueva aventura, de la sustitución. Veía mucho más de lo que veían los demás. Conocía perfectamente la razón del brillo en los ojos de Teresa, seguía la dirección de sus miradas, espiaba todos los roces y encuentros furtivos por los pasillos.

Ahora Teresa acudía al centro puntualmente, sin faltar ni un solo día, y se demoraba durante horas en el vestuario, de donde salía resplandeciente, vestida con ropa nueva, literalmente bañada en perfume –perfumes nuevos, que yo no podía reconocer–, muy maquillada, los ojos grises envueltos en sombras oscuras, la boca roja, destacando en la palidez enfermiza de la cara, el pelo castaño, suelto, peinado con cuidado en ondas que flotaban alrededor de su cara.

Así se alejaba de mí, con paso triunfal. No me evitaba, me sonreía, como si diera por sentado que yo no sólo lo sabía todo, sino que lo aprobaba y le mandaba silenciosamente ánimos. La contemplaba dolido, estupefacto, pero a la vez admirándola de nuevo, amándola, por su voluntad de vivir y de imponerse. No la perdía de vista, la espiaba continuamente, sólo eso mitigaba la sensación de abandono que se había apoderado de mí.

No sé si Julio, de haberlo yo propiciado, me habría convertido en su confidente, pero no le di esa oportunidad. También le espiaba a él, pero ese espionaje era mucho más distante, ese espionaje era en verdad secreto y nadie

podía advertirlo. No me importaba que Teresa se diera cuenta de que no podía dejar de mirarla. Como la conocía muy bien, sabía que, en cierto modo, eso no le importaba, que incluso le gustaba, pero no quería que Julio me reconociera como espía, no quería pasar por esa humillación.

Fue después de Navidad cuando se supo. Ya era público. Teresa besaba a Julio en los labios delante de todos, besos fugaces al saludarle, y dejaba la mano posada en su hombro, en su brazo. Julio no era tan efusivo como ella, pero no la esquivaba. Creo que no le gustaba la ostentación, pero, como antes me había sucedido a mí, y sin la menor duda no sólo a mí, ahora él estaba deslumbrado por Teresa, y cuando ella se le acercaba no podía sino mirarla, recibirla. Alguna vez le vi llevándose a los labios una de esas manos que Teresa dejaba sobre su cuerpo con tan premeditado descuido, y sentí, más que nunca, mientras mis ojos se clavaban en los dedos de Teresa y los labios de Julio, en ese confluir, borrando todo lo demás, el vértigo insoportable de los celos.

Yo estaba atento a la reacción del director del centro, pero en su cara no se traslucía ninguna emoción. No sé si llegó a decirle algo a Julio, pero tuve la sensación de que las efusiones de Teresa se hicieron más discretas y todos en el centro decidimos callar. Los comentarios, si se hacían, se formulaban en voz baja, en susurros. Quizá todos creíamos que la historia concluiría por sí sola, que se gastaría, como tantas otras pasiones. No sé si llegué a pensar que, cuando la historia finalizara, yo podría quizá recuperar el puesto del que, sin explicaciones, había sido expulsado.

Seguía viviendo pendiente de Teresa. Aún me lanzaba algunas miradas que contenían una especie de promesa. Me saludaba, cada vez que nos veíamos, de una forma especial. En cierto modo, era como si ya me lo hubiera dicho todo, ¿hacían falta las palabras entre nosotros?, ¿no habíamos sabido, a lo largo de nuestros encuentros, que nos ligaba, de forma casi definitiva y cada vez con mayor certeza, una profunda complicidad? Sí, habíamos pronunciado esas palabras: para siempre. Yo sabía que el significado de una frase tan intensa era metafórico. Nada dura para siempre, pero la complicidad que se había establecido entre nosotros se guardaría en nuestro interior, no debíamos traicionarla. Era una especie de unión mística, se salía de los cánones habituales de amistad o de amor. No podía censurar a Teresa que se hubiera enamorado de Julio, si es que aquello iba en serio. La ausencia de censura era parte ineludible en nuestro trato. No se podía poner límites a la felicidad.

A pesar de todo, necesitaba sus palabras. Teresa me conocía bien, y sabía que yo siempre esperaba algo más y, si estaba en su mano, me lo daba. Teresa hablaría conmigo. Repentinamente, me llené de esa esperanza. Un día se le cruzaría ese pensamiento entre los otros, y me buscaría.

Una mañana invernal me encontré con ella a la puerta del centro. Se apoyaba en la pared, sus dedos sostenían con desgana, hacia abajo, un cigarrillo, algo que se lleva en la mano por llevar, sin un uso concreto. Te estaba esperando, dijo, vamos a tomar una cerveza. Recorrimos la calle, en dirección al bar donde hacía tiempo mi vida había dado un vuelco.

Vamos a sentarnos, dijo, no puedo estar de pie. Lo dijo como si yo no lo supiera, como si ya me hubiera olvidado de todas sus costumbres. Era su forma de ser: pregonar lo que era y lo que necesitaba.

Estoy tramitando el divorcio, dijo. Voy a volverme a casar, declaró.

Nada de medias tintas, le dije.

Ya sabes cómo soy. He tenido que emplearme a fondo para convencer a Julio, afirmó y sonrió, desbordante de vida. Bueno, no ha sido para tanto... Lo que Julio no quiere de ningún modo es que vivamos en mi casa. La he puesto a la venta y supongo que no será difícil venderla, es una buena casa. Me da un

poco de pena dejarla. Pero entiendo muy bien a Julio, no puede emprenderse una nueva vida en un lugar que ya guarda, adherida a las paredes, una vida anterior que no se conoce, en la que no se ha participado, otra historia.

Me paso el día viendo pisos, suspiró, no con cansancio sino con felicidad. En realidad, siempre me ha gustado ver pisos, creo que sería una buena agente inmobiliaria. No lo digo en broma, Esteban, lo estoy pensando seriamente, tengo relaciones y quiero trabajar, no por necesidad, me las arreglo bien con lo que tengo, es que me apetece. Julio puede darme masajes en casa, ya no tendré que ir a ningún centro de rehabilitación... No voy a volver al centro, por eso quería despedirme de ti. Creo que si yo no ando por aquí, todo será más fácil para Julio. Nada de interferencias. Quiero dejarle el camino completamente libre. En el centro están encantados con él y mi presencia podría perjudicarlo.

Tengo muchos planes, siguió, mi cabeza está llena de planes. ¡Si vieras cuántas energías tengo de repente! He sufrido tanto que vivo este momento como una compensación, Esteban, un acto de justicia. Desde luego, me duele que mis hijos no vivan conmigo. Les veo muchos fines de semana y en vacaciones y sé que están bien con mi marido, es un buen padre. Quizá sea lo mejor para ellos. Yo no he podido ser una buena madre, he sufrido demasiado, suspiró, miró a lo lejos, quizás a todos esos sufrimientos.

Si no me hubiera casado una vez, dijo, no me casaría ahora. Es una cuestión de equidad. Quiero tener un hijo enseguida, no puedo permitirme el lujo de esperar. Julio y yo vamos a fundar una familia, eso es lo que vamos a hacer, y si quiero hacerlo es precisamente porque he fallado la primera vez. Me niego a sentirme culpable y a tener remordimientos, las cosas han salido así. Ahora sé lo que es vivir con dolor y cómo pueden ayudarte los demás. Julio es perfectamente consciente de todo eso, sabe por lo que he pasado, lo que pido, lo que espero. Lee en mi alma como si fuera un libro abierto. Y yo también me encuentro ahora en condiciones de ayudarlo a él, de darle algo, lo que soy, lo que está dentro de mí. Tenemos algo en las manos, no cada uno por nuestra cuenta, sino algo en común, y no lo podemos desaprovechar.

Ante mi silencio, dijo: Dime algo.

Tienes la capacidad de dejarme sin habla, dije.

Acarició mi mano. Nunca lo había hecho en un lugar público. Su piel me pareció extraordinariamente suave, más que nunca.

Eres muy guapo, dijo Teresa, el chico más guapo que he conocido en mi

vida.

El más inválido, dije.

Teresa se despidió de mí en la puerta del bar. Tenía que acudir a un par de citas para ver unos pisos.

Me encaminé hacia casa luchando contra el impulso, el deseo, de no regresar a ninguna parte. ¡Ojalá desaparecieran todas las metas de la vida! ¡Qué esfuerzo por buscar, por dar sentido, por llegar a un sitio, por alcanzar algo! ¿Qué se perdería si nos limitásemos a andar, a seguir sin rumbo, a seguir porque sí, sin razones, sin argumentos? Andar y dar vueltas, perderse. Si mis pasos no necesitaran de muletas, me dije, me pasaría horas, días, deambulando. No quiero encerrarme de nuevo, quiero estar aquí, donde suceden las cosas que he ido perdiendo.

Teresa no había hecho la menor referencia a nuestra historia, no había necesitado mencionar esos encuentros que se habían ido sucediendo a lo largo del año y que ya no volverían a repetirse. No me había dicho: No volveremos a vernos, nuestros juegos se han acabado. Jamás volvería a estar con ella, había sido expulsado del juego en silencio porque hay juegos que concluyen en silencio.

Me dije, tratando de convencerme a mí mismo, que ya era mucho lo que me acababa de dar como despedida, el tiempo que lleva beberse dos cervezas, el lugar, lleno de huellas de nuestra historia, donde me había comunicado su decisión. Allí me había hecho partícipe de los proyectos de un futuro en el que yo no estaba incluido. Eso me había dado: se había despedido de mí. Hubiera podido desaparecer sin decirme nada, mandarme recuerdos a través de Julio. No se había despedido de nadie, sólo del director del centro. Había pagado su cuota mensual y le había dicho que ya no iba a volver.

El mismo director me lo comentó días más tarde y me dijo que se sentía aliviado, que para él esa historia resultaba muy incómoda. El que los masajistas se líen con los pacientes no daba buena reputación a un centro de rehabilitación, dijo, como yo tenía que comprender. Para colmo, ¡el sujeto en cuestión era negro! No quisiera que yo le interpretara mal, Julio era un masajista excelente y él estaba encantado de haberlo contratado, y pensaba mantenerlo en el centro, pero había que andarse con cuidado, la gente parece tolerante y comprensiva y de repente estalla y te echa en cara esto y lo otro, se

agarra a cualquier cosa, cualquier detalle, la gente es así, se da la vuelta como un calcetín, había que andarse con pies de plomo. De manera que la marcha de Teresa le había quitado un peso de encima.

¡Vaya mujer!, susurró, muy guapa, impresionante, pero una mujer conflictiva, problemática, lo había sabido en el mismo momento de verla, esas cosas se olían de lejos, si no hubiera surgido ese asunto habría surgido otro, esa mujer andaba buscando guerra, bueno, mejor dejarlo, todo estaba ya solucionado, él no quería saber nada más, que cada uno haga lo que le parezca, pero sin molestar a los demás, eso era lo único que se podía pedir.

¿Por qué me decía todo eso a mí?, ¿es que no sabía que yo había sido amante de Teresa durante largos meses?, ¿no lo sabía él o no lo sabía nadie?

La posibilidad de esa ignorancia me llenó de rabia. Momentáneamente, me arrepentí de no haberlo pregonado. Ahora, al menos, tendría eso: todos me admirarían por mis encuentros secretos con Teresa. Ojalá los pudiera exhibir ahora a la vista de todos, tal como ella, antes de que nuestros cuerpos se fundieran, se exhibía ante mí. Pero ya era tarde. Mi historia con Teresa ya no interesaba a nadie, había dejado de existir.

Pero aquel día, camino de casa, no era el orgullo lo que más me dolía, sino el golpe contundente, letal, que mi ilusión acababa de recibir. ¿Acaso había esperado que mi historia con Teresa durara eternamente?, ¿había ido alimentando, involuntariamente, esa esperanza?, ¿había dado por hecho que el idilio con Julio finalizaría y ella volvería a mí? El idilio no sólo seguía, sino que sus protagonistas iban a casarse. Eso me sumía en una dolorosa perplejidad. A Teresa no se le había ocurrido que también conmigo hubiera podido iniciar una nueva vida por la sencilla razón de que nunca había estado enamorada de mí. Sólo en la comparación podemos cobrar conciencia de lo que significamos para los demás. Y a pesar de que nunca se me había pasado por la cabeza que Teresa quisiera casarse conmigo, porque la idea del matrimonio era algo sumamente remoto para mí, al saber que esa posibilidad se acababa de materializar y que Julio era, precisamente, el beneficiario de ella, me sentía rechazado. Mi amor, mi entrega, no tenían ningún valor. A Julio, en cambio, acababan de hacerle un gran regalo y a mí me parecía completamente inmerecido. Ya no le veía a Julio ninguna virtud.

Sin embargo, siempre lo había sentido. No era sorpresa lo que sentía, sino indignación. Un indignado dolor. Ahora recordaba que, de forma

instintiva, me había retrasado unos días en entregar al director del centro el currículum de Julio. Recordé también que, cuando, sentados los dos a la barra de El Mercurio, las manos de Julio se habían apoderado de mi cuerpo, había tenido una sensación muy extraña, una especie de premonición, como si algo desconocido e imprevisto estuviera a punto de suceder.

Puede que Selina, que siempre me preguntaba por las mujeres que se encontraban a mi alrededor, recibiera bien las noticias de mi ruptura con Teresa. No le había contado mi historia con ella, pero ahora que había terminado, podía darle a entender lo que había significado para mí. ¿Qué clase de mensaje enviarle?, ¿cómo decirle que había sido abandonado, sustituido por otro?, ¿cómo definir mi relación con Teresa?, ¿qué me había hecho descubrir?, ¿qué me había dado?

Los mensajes son necesariamente torpes, insuficientes. Ensayé muchos. Los fui guardando para poderlos comparar y al final, en lugar de borrarlos, se los envié todos. Y me dije, mientras los mensajes iban saliendo de mi ordenador, que esas fugas, esos pequeños ruidos que más bien parecían suspiros, se estaban llevando algo de mí, un peso, un dolor. Ahora sería Selina quien, a la vista de esa desmesura, se dirigiría a mí, hoy, mañana, pasado mañana, alguna vez. Sería Selina quien frunciría el ceño y se quedaría pensativa, quizá sin saber qué hacer ante esa lluvia de palabras, esa invasión. Podía decirme: Estás loco, no vuelvas a enviarme ningún mensaje. Sí, también podía decirme eso. Pero el hecho de que Selina estuviera ahora incluida en mi drama me hacía respirar con cierto alivio.

Cerré el ordenador.

Quizá Dayana esté en casa, me dije al cabo de un rato, porque sentí la necesidad de salir de mi cuarto, de mi piso, de mi vida. Debo ir a otro lado, borrar todo esto, me dije. No sé cómo –no había parado de servirme copas de vino–, me levanté y salí de casa. Me encaminé hacia el ascensor. Tenía la vaga conciencia de que algo me empujaba, alguien que no era yo y que andaba por mí, simplemente porque había decidido que era necesario andar, no quedarse inmóvil.

Debí de presionar el timbre de la puerta del piso de Dayana con mucha fuerza porque ella apareció enseguida con expresión de susto en los ojos. La seguí por el corto pasillo y, ya en la sala, me dejé caer en el sillón donde siempre me sentaba, junto a la ventana.

Cuando abrí los ojos, pensé que sería de madrugada. Me extrañó encontrarme vestido, y en un cuarto que no era el mío. Poco a poco, fui comprendiendo: era el cuarto de estar del piso de Dayana. Vi a las perras, que dormitaban sobre la alfombra. Y había cierta claridad. No era de noche.

¿Dayana?, pregunté. Estoy aquí, dijo. Una sombra fue encendiendo las luces y se convirtió, luego, en la figura de Dayana.

¿Qué hora es?, pregunté, alarmado. No es tan tarde, dijo, aún no son las diez. ¿Cuándo he venido aquí?, pregunté. No recuerdas nada, ¿verdad?, dijo, sonriendo.

Se sentó a mi lado. Llegaste a eso de las cuatro, susurró, no miré el reloj.

Por el peso que sentía en la cabeza, imaginé en qué estado había aparecido en el piso.

No parabas de hablar, dijo, era como un torrente desordenado de palabras, daba la impresión de que querías poner orden en ellas. Repetías, ibas hacia atrás, te atascabas, pero luego volvías a coger velocidad, como si estuvieras en una competición y no pudieras perderla.

¿Dije algo coherente?, pregunté.

Si juntas las piezas de todo lo que dijiste quizá saliera algo, no lo sé, sonrió. Pero a mí me alegró que hablaras. Nunca dices nada. Escuchas lo que yo te cuento y no cuentas nada. Yo creo que tenías necesidad de sacar todo eso de dentro de ti. De pronto, te quedaste callado y te agarraste el estómago. Te ayudé a levantarte y te acompañé al cuarto de baño.

Vomitó, dije.

Fue como otro torrente, sonrió, esta vez ya no de palabras. Luego, te dejaste caer en el sillón. Cerraste los ojos.

Lamento el espectáculo, dije.

¿Por qué?, preguntó. Yo he sido la única espectadora. ¿Te avergüenzas ante mí?

No, no me avergonzaba.

Dayana me miró un instante como si pudiera leer en mi mente. ¿Qué sabía ahora ella de mi vida?, ¿habría encontrado algún sentido en mis desordenadas palabras? Sin duda, habría pronunciado nombres, porque siempre se pronuncian nombres cuando estallan las emociones, como sucede en los sueños.

Luego su mirada se perdió, desinteresada de mí. Su repentina lejanía me

alivió. Quería sentirme a salvo de toda mirada, de toda inspección. Ausente. Inesperadamente, me miró. Clavó sus ojos en mí.

Por un momento, pensé: Va a proponerme algo. Y me estremecí. Lo cierto es que sentí un vago miedo. ¿No me había confesado, como quien revela un secreto, que aún posaba, de vez en cuando, como modelo? ¿Creí que se iba a desnudar? ¿Por qué habría de hacerlo? ¿Cómo se me podía pasar por la cabeza una cosa así? ¿Sería porque acababa de ser rechazado y ahora se me ocurría la idea de ser yo quien rechazara? ¿Eso quería, sentir rechazo hacia alguien? O quizás era que había soñado con eso, con Dayana desnuda, ¿le habría pedido, en sueños, que se desnudara para mí? El vago temor dio paso a un estremecimiento, algo muy breve, muy fugaz, pero intenso.

¿Quieres escuchar una maqueta que grabé en secreto?, me preguntó Dayana. Lo hice después de romper con Dani. No se lo dije a nadie. Grabé una canción que me gustaba mucho y que, por una u otra razón, nunca había llegado a grabar.

Asentí, aliviado, decepcionado conmigo mismo, pero a la vez asombrado, e inmensamente agradecido de que la vida no hubiera perdido la capacidad de sorprenderme.

Era invierno, dijo Dayana, evocadora, un día muy parecido al de hoy. Frío y soleado. Salí de casa después de comer, no sé adónde dije que iba, pero muchas veces salía así, sin dar explicaciones. Además, ¿a quién se lo podría haber dicho? Eugenio nunca estaba en casa, cuando salía de la redacción del periódico, quién sabe a qué hora, se metía en un bar. Violeta pasaba muchas tardes con sus amigas del instituto. Las casas de sus amigas le gustaban más que la suya, la nuestra.

Fui en metro. Me había puesto un traje de chaqueta marrón, entallado, el mejor que tenía, y un chal que me había regalado una amiga, porque necesitaba sentirme segura, pero mientras bajaba las escaleras hacia el metro, me dije que quizás iba demasiado elegante, que llamaba un poco la atención, así que, aunque no remediaba mucho las cosas, me quité el chal. Pero no pude desprenderme de la sensación de tener un aspecto sospechoso, como alguien que acude a una cita amorosa clandestina o algo peor, algo relacionado con un delito, un robo, hasta un crimen.

Algunas veces, la escucho, dijo. No sé hasta qué punto puedo reconocer mi

VOZ.

Dayana salió del cuarto y volvió con la casete, que introdujo en la ranura de un viejo reproductor. Las perras agitaban, felices, sus colas. Me pregunté cuántas veces habrían asistido a ese rito. Pero no tenía ningún aire de repetición. Los gestos de Dayana, la expresión ilusionada de sus ojos, decían que siempre sería un momento nuevo, pleno.

Una voz femenina algo arrastrada, un poco agónica, se fue desgranando a un ritmo lento, envolvente. ¿Era triste?, estaba más allá de la tristeza. Me recordó un poco a la cantante de jazz a quien Selina y yo, en pleno verano, habíamos escuchado juntos en el local que ella solía frecuentar con Tomás. La voz que llenaba el cuarto era una voz dolorida pero radiante. A mi lado, Dayana también empezó a cantar. Nunca había dejado de cantar. Nunca había dejado lo que le gustaba de verdad.

¿Cuántas veces escuchamos la canción?, ¿cuántas veces se elevó en el aire la voz de Dayana, acompañando a su propia voz secretamente grabada hacía tiempo? Repetimos la escena innumerables veces. Hay escenas que no son un eslabón del tiempo, sino una excepción, un símbolo, una singularidad. Yo mismo uní mi voz a la suya tratando de adivinar las palabras que la música envolvía.

Cuando viene hasta mí el recuerdo de esa noche, tengo la impresión de haber actuado, por una vez, al exacto dictado de mis sueños.

Edición en formato digital: julio de 2012

© Soledad Puértolas, 2012

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2012
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3395-9

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

SOLEDAD PUÉRTOLAS

Mi amor en vano



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas